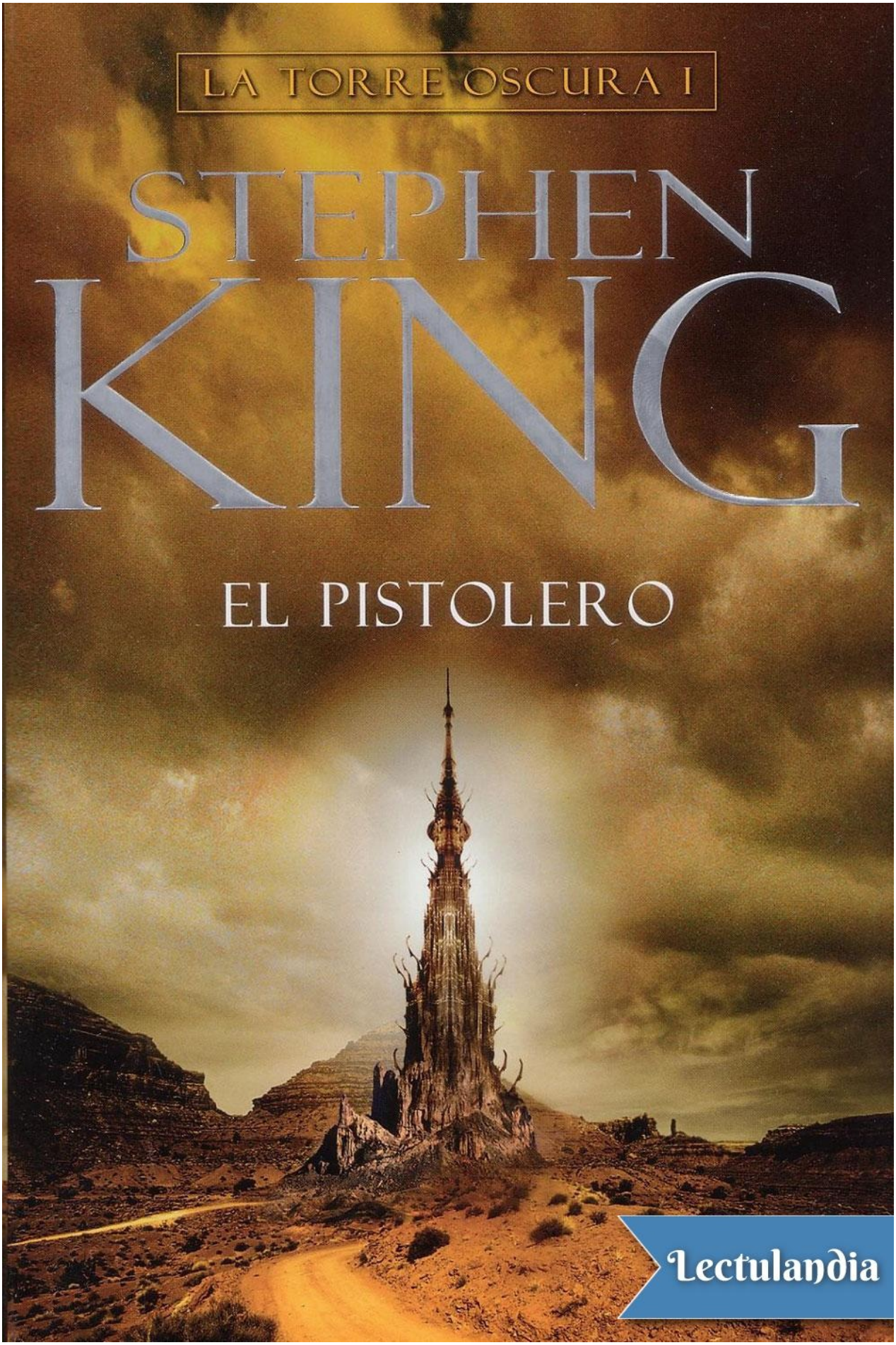
LA TORRE OSCURA I
STEPHEN
KING
EL PISTOLERO
Lectulandia

En la primera entrega de la extraordinaria serie "La Torre Oscura", "el pistolero" comienza su arduo viaje hacia la misteriosa torre. Roland de Gilead, uno de los héroes más enigmáticos del autor, debe perseguir al Hombre Negro por el desierto para que le revele los secretos de la Torre Oscura, un edificio mítico que se encuentra en el nexo de todos los universos. Tras correr innumerables peligros, "el pistolero" comienza a formar el equipo con el que viajará por distintos mundos.

Lectulandia

Stephen King

El pistolero

La torre oscura I

ePUB v1.2
OZN / deor67 20.06.12

más libros en lectulandia.com

A Ed Ferman
que se arriesgó con estos relatos, uno por uno.

EL PISTOLERO

1

El hombre de negro huía a través del desierto, y el pistolero iba en pos de él.

El desierto era inmenso, la apoteosis de todos los desiertos, y se extendía bajo el firmamento en todas direcciones en una distancia de tal vez varios parsecs. Blanco, cegador, reseco, desprovisto de cualquier rasgo distintivo salvo por la tenue silueta brumosa de las montañas recortadas en el horizonte y por la hierba del diablo, que producía dulces sueños, pesadillas y muerte. Alguna que otra lápida señalaba el camino, pues el borroso sendero que serpenteaba sobre la gruesa corteza alcalina otrora había sido una pista recorrida por diligencias. Desde entonces, el mundo había avanzado. El mundo se había vaciado.

El pistolero caminaba impasible, sin apresurarse ni entretenerse. De su cintura pendía un odre de cuero casi lleno de agua, como una salchicha inflada. En el transcurso de muchos años había ido avanzando en el khef hasta alcanzar el quinto nivel. De haber llegado al séptimo o al octavo no tendría sed; habría podido observar la deshidratación de su cuerpo con un desapegado interés clínico, enviando el agua a sus resquicios y oscuros huecos internos sólo cuando su lógica se lo indicara.

No estaba en el séptimo ni en el octavo nivel. Estaba en el quinto. Por lo tanto, tenía sed aunque no sintiera ningún anhelo especial de beber. De una manera vaga, todo aquello lo complacía. Era romántico.

Por debajo del odre de agua se hallaban las pistolas, cuyo peso se adaptaba a su mano con toda precisión. Las dos correas se cruzaban sobre su bajo vientre. Las fundas estaban tan bien engrasadas que ni siquiera aquel sol de justicia podría agrietarlas. Las culatas de los revólveres eran de sándalo, amarillas y de finísima textura. Las fundas iban sujetas a los muslos mediante cordones de cuero sin curtir, y oscilaban pesadamente contra las caderas. Las vainas de latón de los cartuchos embutidos en las cananas centelleaban y emitían destellos como un heliógrafo bajo el sol. El cuero crujía levemente. Las pistolas, en cambio, no producían el menor ruido. Habían vertido sangre. En la esterilidad del desierto sobraban los ruidos.

Su ropa era incolora como la lluvia o el polvo. Llevaba una camisa de cuello abierto, con una tirilla de cuero enlazada con holgura en los ojales perforados a mano. Los pantalones eran de tela basta y las costuras estaban desgastadas.

Superó la suave pendiente de una duna (aunque allí no había arena; el suelo del desierto era compacto, e incluso los duros vendavales que soplaban al caer la noche levantaban apenas una irritante polvareda, tan áspera como el polvo de fregar) y vio los pisoteados restos de una minúscula fogata en la vertiente umbría, allí donde el sol desaparecía primero. Aquellos pequeños signos, que reafirmaban la esencia humana del hombre de negro, siempre le habían complacido. Sus labios se extendieron sobre los marcados y descarnados restos de la cara. Se puso en cuclillas.

Había prendido la hierba del diablo, naturalmente. Era la única cosa que podía arder por aquellos parajes. Emitía una luz grasienta y mortecina, y se consumía lentamente. Los moradores de los confines le habían advertido que los diablos vivían

incluso en las llamas; aquéllos, aunque utilizaban la hierba como combustible, evitaban mirar su luz. Decían que los diablos hipnotizaban y hacían señas, y finalmente atraían al que fijara su vista en la hoguera. Y el siguiente hombre que fuera lo bastante incauto como para mirar el fuego tal vez viera entre las llamas el rostro del anterior.

La hierba quemada estaba dispuesta en el ya familiar diseño ideográfico, y se deshizo en una gris carencia de significado bajo la mano del pistolero. Entre las cenizas no había nada más que un fragmento de tocino chamuscado, y lo ingirió con aire pensativo. Siempre era lo mismo. El pistolero llevaba ya dos meses persiguiendo al hombre de negro a través del desierto, a través de aquella interminable desolación de purgatorio, monótona hasta la locura, y aún no había hallado más que los higiénicos y estériles ideogramas de las fogatas del hombre de negro. No había encontrado siquiera una lata, una botella o un odre de agua (el pistolero ya había dejado cuatro tras de sí, que parecían mudas de serpiente).

Puede que las fogatas sean un mensaje cuidadosamente deletreado, pensó. Date el piro. O bien El fin se aproxima. O quizás incluso Coma en Joe's. No le importaba. No comprendía los ideogramas, si de eso se trataba, y aquellas cenizas estaban tan frías como todas las demás. Sabía que estaba más cerca, pero ignoraba por qué lo sabía. Tampoco eso le importaba. Se puso en pie y se frotó las manos.

Ninguna otra pista, el viento, cortante como una cuchilla, habría borrado sin duda las escasas huellas que hubieran podido quedar en la dura corteza. El pistolero no logró siquiera encontrar los excrementos de su presa. Nada. Solamente aquellas cenizas frías a lo largo de la antigua pista y el implacable telémetro que llevaba en la cabeza.

Tomó asiento y se permitió un breve sorbo del odre. Escrutó el desierto y alzó la vista hacia el sol, que se deslizaba ya por el cuadrante más remoto del cielo. Se incorporó, sacó los guantes, que llevaba sujetos bajo el cinturón, y comenzó a arrancar manojos de hierba del diablo para su propia hoguera y a depositarlos sobre las cenizas que había dejado el hombre de negro. Esta ironía, como el romanticismo que hallaba en la sed, le resultó amargamente atractiva.

No utilizó el eslabón y el pedernal hasta que lo único que quedaba del día fue el fugitivo calor del suelo bajo sus pies y una sardónica línea naranja sobre el monocromo horizonte occidental. Observó hacia el sur con paciencia, en dirección a las montañas, no porque albergara la esperanza de divisar la línea de humo, fina y vertical, de una nueva fogata, sino sencillamente porque observar formaba parte de la persecución. No vio nada. Estaba cerca, pero sólo relativamente; no tanto como para distinguir el humo en el crepúsculo.

Hizo saltar chispas sobre la hierba seca y desmenuzada, y se tendió contra el viento, dejando que el ensoñador humo soplara hacia el erial. El viento, salvo por algún torbellino de polvo, permanecía constante.

En lo alto, las estrellas, también constantes, no parpadeaban. Soles y mundos a millones. Vertiginosas constelaciones, fuego helado en todos los tonos primarios. Mientras miraba, el cielo cambió de violeta a ébano. Un meteorito trazó un arco

fugaz y espectacular, y se desvaneció. El fuego dibujaba extrañas sombras a medida que la hierba del diablo iba ardiendo lentamente y se asentaba en nuevos diseños; no ideogramas, sino entramados aleatorios vagamente amenazadores por su propio aplomo pragmático. El pistolero había dispuesto el combustible no de forma intencionada, sino funcional. Le hablaba de blancos y negros. Le hablaba de un hombre que podía componer malas imágenes en extraños cuartos de hotel. La fogata ardía con llamas lentas y constantes, y en su núcleo incandescente danzaban espectros. El pistolero no lo veía. Estaba dormido. Los dos diseños, arte y habilidad, se fundieron. Gimió el viento. De vez en cuando, una perversa corriente descendente hacía que el humo se arremolinara y flotara hacia él, y esporádicas vaharadas llegaban a tocarlo. Éstas le producían sueños, del mismo modo en que un pequeño cuerpo extraño es capaz de producir una perla en una ostra. De vez en cuando el pistolero gemía con el viento. Las estrellas permanecían tan indiferentes a esto como lo eran a guerras, crucifixiones y resurrecciones. También eso lo habría complacido.

2

Había bajado por la ladera, de la última estribación llevando del ronzal a su acémila, cuyos ojos estaban ya muertos y abombados a causa del calor. Hacía ya tres semanas que había cruzado la última población y desde entonces sólo había visto la desierta ruta de las diligencias y algún que otro grupo de casuchas del, tepe arracimadas, donde habitaban los moradores de los confines. Los grupos de viviendas iban degenerando en chozas aisladas, ocupadas la mayoría por locos o leprosos. El pistolero descubrió que prefería la compañía de los locos. Uno de ellos le había entregado una brújula Silva de acero inoxidable, rogándole que se la diera a Jesús. El pistolero la aceptó solemnemente. Si alguna vez lo veía, le cedería la brújula. No creía que algo así fuera a ocurrir.

Cinco días habían transcurrido desde la última choza, y ya empezaba a sospechar que no encontraría ninguna otra cuando llegó a la cima de la última loma erosionada y divisó la forma familiar de un bajo techo de tepe.

El morador, un hombre de sorprendente juventud con una desgreñada mata de pelo de color fresa que le llegaba casi a la cintura, estaba desherbando una diminuta parcela de maíz con celoso abandono. La mula resolló asmáticamente y el morador alzó la vista, centrando al instante los brillantes ojos azules en la figura del pistolero. Levantó ambas manos en un brusco saludo y se inclinó de nuevo sobre el maíz para formar un caballón en la hilera más cercana a su choza, encorvado, arrojando por encima del hombro la hierba del diablo y alguna que otra planta de maíz atrofiada. Su cabellera ondulaba y flotaba al viento, que en aquellos momentos provenía directamente del desierto, sin que nada lo contuviera.

El pistolero descendió poco a poco por la ladera guiando a la acémila, sobre la que se bamboleaban los odres de agua con un ruido de chapoteo. Se detuvo al borde de la pedregosa parcela, tomó un sorbo de uno de los odres, para aumentar la salivación, y escupió al árido suelo.

—Vida para su cosecha.

—Vida para la suya —respondió el morador, incorporándose.

Se oyó cómo le crujía la espalda. Estudió al pistolero sin ningún temor. La poca cara visible entre la barba y los cabellos no parecía estar marcada por la putrefacción y sus ojos, aunque un tanto salvajes, parecían cuerdos.

—Sólo tengo maíz y judías —anunció—. El maíz es gratis, pero tendrá que darme algo por las judías. Un hombre viene a traérmelas de vez en cuando. Nunca se queda mucho tiempo. —El morador profirió una breve risa—. Tiene miedo a los espíritus.

—Supongo que lo toma por uno de ellos.

—Supongo.

Se miraron en silencio durante unos instantes. El morador extendió la mano.

—Me llamo Brown.

El pistolero se la estrechó. Mientras lo hacía, un cuervo descarnado graznó desde el aplastado techo de tepe. El morador lo señaló con un gesto fugaz.

—Ése es Zoltan.

Al escuchar su nombre el cuervo volvió a graznar y alzó el vuelo hacia Brown. Se posó en la cabeza del morador y se aseguró, hundiendo firmemente las garras en la enredada mata de pelo.

—Que te jodan —graznó jovialmente Zoltan—. Que te jodan a ti y al caballo en que viniste. El pistolero asintió amistosamente.

—Judías, judías, la fruta musical —recitó el cuervo, inspirado—. Cuantas más comes, más resuenas.

—¿Le enseña usted eso?

—Me parece que es lo único que le interesa aprender —explicó Brown—. Una vez traté de enseñarle el padrenuestro. —Sus ojos se desviaron por un instante más allá de la choza, hacia el yermo áspero y sin relieve—. Supongo que éste no es un país para padrenuestros. Usted es un pistolero, ¿verdad?

—Sí. —Se acuclilló y sacó papel y tabaco.

Zoltan se lanzó desde la cabeza de Brown y se posó, aleteando, en el hombro del pistolero.

—Va detrás del otro, supongo.

—Sí. —Sus labios formularon la inevitable pregunta—: ¿Cuánto hace que ha pasado por aquí? Brown se encogió de hombros.

—No lo sé. Aquí el tiempo es extraño. Más de dos semanas. Menos de dos meses. El hombre de las judías ha venido dos veces desde que lo vi. Diría que unas seis semanas. Es muy probable que me equivoque.

—Cuantas más comes, más resuenas —dijo Zoltan.

—¿Se detuvo aquí? Brown asintió.

—Se quedó a cenar, igual que hará usted, supongo. Pasamos el rato.

El pistolero se puso en pie y el ave revoloteó de vuelta al techo dando graznidos. Sentía un anhelo peculiar y tembloroso.

—¿De qué habló? Brown enarcó una ceja.

—No dijo gran cosa. Que si llovía alguna vez, que cuándo llegué aquí, que si había enterrado a mi esposa. Yo llevé el peso de la conversación, y no es lo corriente. —Hubo una pausa, y el único sonido fue el de la ventolera—. Es un hechicero, ¿verdad?

—Sí.

Brown asintió lentamente.

—Lo sabía. Y usted, ¿también lo es?

—Yo sólo soy un hombre.

—Nunca lo atrapará.

—Lo atraparé.

Se miraron el uno al otro y se estableció una súbita corriente de simpatía entre los dos hombres, el morador en su parcela reseca y polvorienta, el pistolero en la dura ladera que descendía gradualmente hacia el desierto. Este último alargó la mano para coger el pedernal.

—Tenga. —Brown sacó una cerilla con cabeza de azufre y la encendió frotándola

con una uña sucia de tierra. El pistolero acercó la punta del pitillo a la llamita y aspiró.

—Gracias.

—Querrá usted rellenar los pellejos —apuntó el morador, dándose la vuelta—. La fuente está bajo el alero de atrás. Empezaré a hacer la cena.

El pistolero avanzó cautelosamente entre las hileras de maíz y rodeó la parte de atrás de la vivienda. La fuente manaba al fondo de un pozo excavado a mano y revestido de piedras para impedir que se desmoronaran las paredes de tierra. Mientras descendía por la destartalada escalera, el pistolero calculó que aquellas piedras fácilmente podían representar dos años de trabajo: acarrearlas, arrastrarlas, colocarlas. El agua era clara pero fluía lentamente, y tardó un buen rato en llenar todos los odres.

Mientras subía el segundo odre, Zoltan se detuvo en el borde del pozo.

—Que te jodan a ti y al caballo en que viniste —comentó.

Sobresaltado, el pistolero alzó la vista. El pozo tenía unos cinco metros de profundidad: a Brown le resultaría muy fácil arrojarle una piedra, romperle la cabeza y robarle todo lo que poseía. Sólo un chiflado o un podrido no lo harían; Brown no era ninguna de las dos cosas. Sin embargo, Brown le gustaba, de modo que desechó la idea y siguió rellenando sus cueros. Lo que hubiera de ser sería.

Cuando cruzó el umbral de la choza y descendió los escalones (la cabaña en sí quedaba bajo el nivel del suelo, a fin de retener y aprovechar el frescor de las noches), Brown estaba removiendo unas mazorcas de maíz sobre las ascuas del pequeño fuego con ayuda de una espátula de madera dura. Había dispuesto dos platos descascarillados en los extremos opuestos de una manta parduzca. El agua para las judías comenzaba a hervir en un caldero suspendido sobre el fuego.

—Le pagaré también el agua. Brown no levantó la cabeza.

—El agua es un regalo de Dios. Las judías las trae Pappa Doc.

El pistolero emitió un gruñido que era una risa, se sentó con la espalda apoyada en una pared áspera, cruzó los brazos sobre el pecho y cerró los ojos. Al cabo de un rato le llegó hasta la nariz el olor a maíz tostado. Hubo un golpeteo como de guijarros cuando Brown vació un cucurucho de judías secas en el caldero. Un tak-tak-tak esporádico cuando Zoltan se paseaba inquieto por el techo. Estaba cansado; desde el horror que había ocurrido en Tull, la última aldea, venía haciendo jornadas de dieciséis y hasta dieciocho horas. Y los últimos doce días había ido andando; la mula estaba al límite de sus fuerzas.

Tak-tak-tak.

Dos semanas, le había dicho Brown, o quizá tantas como seis. No importaba. En Tull había calendarios, y la gente se acordaba del hombre de negro por el viejo que había curado al pasar. Tan sólo un viejo moribundo por culpa de la hierba. Un viejo de treinta y cinco años. Y, si Brown estaba en lo cierto, el hombre de negro había perdido terreno desde entonces. Pero a partir de ahí empezaba el desierto. Y el desierto sería un infierno.

Tak-tak-tak.

—Préstame tus alas, pájaro. Las desplegaré y planearé sobre las corrientes térmicas. Se dispuso a dormir.

3

Brown lo despertó cinco horas más tarde. Había oscurecido. La única luz era el apagado resplandor cereza de las brasas amontonadas.

—Se ha muerto la mula —dijo Brown—. La cena está lista.

—¿Cómo?

Brown se encogió de hombros.

—Tostada en las brasas y hervida, ¿cómo si no? ¿Tiene manías?

—No, la mula...

—Se ha tendido de lado y ya está. Parecía una mula vieja. —Y, con una nota de disculpa, añadió—: Zoltan se ha comido los ojos.

—Oh. —Como si no le sorprendiera—. Está bien. Cuando se acomodaron ante la manta que hacía las veces de mesa, Brown volvió a sorprenderle al pronunciar una breve bendición: lluvia, salud, expansión para el espíritu.

—¿Cree en una vida futura? —preguntó el pistolero mientras Brown dejaba en su plato tres mazorcas de maíz calientes.

Brown asintió: —Creo que es ésta.

4

Las judías eran como balas y el maíz estaba duro. En el exterior, el viento silbaba y gemía incesantemente en torno a los aleros del techo, casi al nivel del suelo. El pistolero comió ávidamente, deprisa, y bebió cuatro tazas de agua con la comida. Antes de terminar sonó un tableteo de ametralladora en la puerta. Brown se levantó y dejó entrar a Zoltan. El ave cruzó volando la habitación y se acurrucó pesarosamente en la esquina y masculló:

—Fruta musical.

Después de cenar, el pistolero ofreció su tabaco. Ahora. Ahora vendrán las preguntas.

Pero Brown no le preguntó nada. Se limitaba a fumar y a contemplar las moribundas ascuas del hogar. Dentro de la choza, la temperatura había descendido de manera perceptible.

—No nos dejes caer en la tentación —dijo de pronto Zoltan, apocalípticamente.

El pistolero se sobresaltó como si le hubieran disparado. De repente se sintió seguro de que todo aquello era una ilusión desde el principio (no un sueño: un encantamiento), de que el hombre de negro había urdido un ensalmo y estaba intentando decirle algo de una manera enloquecedoramente simbólica y oscura.

—¿Ha pasado por Tull? —inquirió de pronto. Brown asintió.

—Cuando vine hacia aquí, y otra vez antes para vender maíz. Ese año había llovido. Duró quizás unos quince minutos. Pareció como si la tierra se abriera para sorber el agua. Al cabo de una hora estaba tan blanca y reseca como siempre. Pero el maíz... Dios, el maíz. Se lo veía crecer. Pero eso no era lo malo; también se lo oía, como si la lluvia le hubiera dado una boca. No era un sonido agradable. Daba la impresión de suspirar y quejarse al salir hacia la superficie. —Hizo una pausa—. Tenía de sobras, así que me lo llevé y lo vendí. Pappa Doc se ofreció a venderlo por mí, pero me habría estafado. Fui yo.

—¿No le gusta el pueblo?

—No.

—Estuvieron a punto de matarme —añadió bruscamente el pistolero.

—¿Ah, sí?

—Maté a un hombre que había sido tocado por Dios —explicó—. Pero no había sido Dios sino el hombre de negro.

—Le tendió una trampa.

—Sí.

Se contemplaron a través de las sombras, y el instante adquirió matices de irrevocabilidad. Ahora vendrán las preguntas.

Pero Brown, al parecer, no tenía nada que decir. Su cigarrillo era una colilla humeante pero, cuando el pistolero dio unos golpecitos sobre su petaca, Brown movió la cabeza.

Zoltan se agitó con inquietud, pareció estar a punto de hablar, se quedó inmóvil.

—¿Puedo contárselo? —preguntó el pistolero.

—Claro.

El pistolero buscó palabras para empezar y no halló ninguna.

—Tengo que orinar —anunció. Brown asintió.

—Eso es el agua. ¿Lo hará en el maíz, por favor?

—Claro.

Subió los escalones y salió a la oscuridad. Las estrellas refulgían sobre su cabeza en una loca exhibición. El viento soplaba sin tregua. La orina del pistolero se arqueó sobre el polvoriento maizal en un tembloroso chorro. El hombre de negro lo había enviado allí. Quizás incluso Brown fuera el mismo hombre de negro. Quizá fuera...

Desechó estos pensamientos. La única contingencia que no había aprendido a afrontar era la posibilidad de su propia locura. Regresó al interior.

—¿Ha decidido ya si soy un encantamiento o no? —inquirió Brown, divertido.

El pistolero se detuvo en un minúsculo rellano, sobresaltado. Luego bajó pausadamente y se sentó. —Había empezado a hablarle de Tull.

—¿Ha crecido?

—Ha muerto —replicó el pistolero, y sus palabras flotaron en el aire. Brown asintió.

—El desierto. Creo que es capaz de estrangularlo todo, a la larga. ¿Sabía que en otro tiempo existió una ruta de diligencias que cruzaba el desierto?

El pistolero cerró los párpados. Su mente giraba en locos torbellinos.

—Me ha drogado —dijo con voz apagada. —No. No le he hecho nada. El pistolero abrió cautelosamente los ojos.

—No se sentirá a gusto hasta que yo se lo pregunte —observó Brown—, y lo haré: ¿Quiere hablarme de Tull?

El pistolero abrió la boca, vacilante, y le sorprendió descubrir que esta vez las palabras sí aparecían. Comenzó a hablar en ráfagas entrecortadas que poco a poco se convirtieron en un fluido relato ligeramente desprovisto de inflexiones. La sensación de estar drogado se desvaneció, y se sintió extrañamente excitado. Habló hasta bien entrada la noche. Brown no lo interrumpió para nada. Y tampoco el pájaro.

5

Compró la mula en Pricetown, y cuando llegó a Tull aún estaba fresca. El sol se había puesto una hora antes, pero el pistolero siguió viajando, orientándose primero por el resplandor del pueblo en el firmamento, luego por las notas asombrosamente nítidas de un piano de taberna en el que alguien tocaba Hey Jude. La carretera iba ensanchándose a medida que convergían en ella otros caminos.

Los bosques habían desaparecido mucho antes, sustituidos por la monótona planicie; interminables campos desolados invadidos de feo y matorrales, cabañas, espectrales fincas desiertas vigiladas por tristes y lóbregas mansiones en las que innegablemente vagaban los demonios; míseras chabolas desiertas, cuyos habitantes se habían marchado o bien voluntariamente o bien a la fuerza, y la casucha de algún morador ocasional, delatada únicamente por un punto de luz parpadeante en las tinieblas o por los hoscos clanes aislados que laboreaban los campos durante el día. El principal cultivo era el maíz pero también había alubias y unos pocos guisantes. De vez en cuando una vaca huesuda lo miraba estúpidamente entre descortezados postes de aliso. Cuatro veces se cruzó con diligencias, dos de ida y dos de vuelta, casi vacías cuando venían por detrás y los adelantaban a él y a la mula, y más llenas cuando regresaban hacia los bosques del norte.

Era un país horrible. Desde su salida de Pricetown habían caído un par de chubascos, como a regañadientes en ambas ocasiones. Incluso el fleo parecía amarillento y desalentado. Horrible. No había hallado ninguna huella del hombre de negro. Quizás hubiera tomado una diligencia.

La carretera describía una curva y, tras doblarla, el pistolero chascó la lengua para que se detuviera la mula y contempló Tull desde lo alto. El pueblo yacía en el fondo de una depresión circular en forma de plato, una gema falsa en un engaste barato. Había unas cuantas luces, casi todas apiñadas junto al lugar de la música. Parecía haber cuatro calles, tres de las cuales cortaban perpendicularmente la ruta de las diligencias, que era también la principal avenida del pueblo. Quizás hubiera un restaurante. Lo dudaba, pero era posible. Chascó la lengua a la mula.

Ahora eran más numerosas las casas que bordeaban la carretera esporádicamente, la mayoría aún deshabitadas. Pasó ante un exiguo cementerio con mohosas y torcidas lápidas de madera, rodeadas y casi cubiertas por la exuberante hierba del diablo. A unos ciento cincuenta metros encontró un deteriorado letrero que rezaba: TULL.

La pintura estaba gastada hasta el punto de resultar casi ilegible. Un poco más lejos había otro letrero, pero el pistolero fue incapaz de leer en él nada en absoluto.

Una algarabía de voces medio beodas acompañaba los últimos compases de Hey Jude —«Naa-naa-naa-naana-na-na... hey, Jude...»— cuando por fin entró en la población. Era un sonido muerto, como el del viento en el hueco de un árbol podrido. Sólo el prosaico fragor del piano de taberna le impidió considerar seriamente la posibilidad de que el hombre de negro hubiera conjurado fantasmas para poblar una aldea abandonada. Esta idea le hizo esbozar una sonrisa.

En las calles se cruzó con unas cuantas personas; no muchas, pero unas cuantas. Tres señoras ataviadas con pantalones negros e idéntica blusa marinera pasaron por la acera opuesta, sin mirarlo con abierta curiosidad. Los rostros parecían nadar sobre cuerpos, todo menos invisibles, como enormes y pálidas pelotas de béisbol con ojos. Un anciano solemne con un sombrero de paja firmemente encasquetado contempló al pistolero desde los peldaños de una tienda de comestibles clausurada. Un sastre larguirucho con un cliente de última hora hizo una pausa en su trabajo para verlo pasar; a fin de observar mejor, alzó la lámpara ante la ventana. El pistolero lo saludó con una inclinación de cabeza. Ni el sastre ni su cliente devolvieron el saludo. Ambos tenían la mirada fija en las bajas pistoleras que reposaban sobre sus caderas. Un adolescente, de unos trece años tal vez, cruzó la calle con su chica en la siguiente intersección e hizo una pausa casi imperceptible. Sus pisadas levantaban remolonas nubecillas de polvo. Algunas de las farolas funcionaban, pero los cristales estaban sucios de petróleo congelado; la mayoría estaba destrozada. Había una caballeriza, cuya supervivencia dependía seguramente de la línea de diligencias. Tres muchachos agazapados en torno a un anillo de jugar a canicas dibujado en el polvo junto a las abiertas fauces del establo fumaban cigarrillos de hollejos de maíz. Las sombras que proyectaban en el patio eran muy alargadas.

El pistolero pasó ante ellos sin detenerse, conduciendo su mula, y atisbó hacia el lóbrego interior del establo. Un candil brillaba con luz tenue y una sombra saltaba y se agitaba mientras un anciano enflaquecido con un pantalón de peto trasladaba un montón de heno de fleo al henil con grandes y esforzados golpes de horca.

—¡Hola! —gritó el pistolero.

La horca vaciló y el mozo de cuadra se volvió con expresión colérica.

—¡Hola, usted!

—Tengo aquí una mula.

—Mejor para usted.

El pistolero arrojó una pesada moneda de oro, acordonada de forma irregular hacia la penumbra. El metal resonó sobre los viejos tablones, sucios de paja desmenuzada, y quedó brillando en el suelo. El mozo de cuadra se acercó, se agachó, la recogió y contempló al pistolero con los párpados entornados. Luego bajó la vista hacia sus cananas y asintió adustamente.

—¿Cuánto tiempo quiere dejarla?

—Una noche, tal vez dos. Quizá más.

—No tengo cambio para una moneda de oro.

—Ni yo se lo pido.

—Dinero de sangre —masculló el mozo.

—¿Cómo?

—Nada. —El mozo de cuadra asió el ronzal de la mula y la condujo al interior.

—¡Almohácela bien! —gritó el pistolero. El viejo no se dio la vuelta.

El pistolero se dirigió hacia los muchachos acuclillados ante sus canicas. Los tres habían seguido la conversación con desdeñoso interés.

—¿Qué tal va todo? —preguntó el pistolero amigablemente. No hubo respuesta.

—¿Vivís en el pueblo? No hubo respuesta.

Uno de los muchachos se quitó de la boca un retorcido hollejo de maíz, cogió una canica de vidrio verde y la lanzó hacia el círculo de tierra. Acertó a la de un contrario, que salió proyectada al exterior. Recogió la bolita de vidrio verde y se dispuso a tirar de nuevo.

—¿Hay algún restaurante en este pueblo? —inquirió el pistolero.

Uno de los chicos, el más joven, levantó la cabeza. Tenía un enorme sabañón junto a la comisura de los labios, pero sus ojos todavía eran ingenuos. Contempló al pistolero con una admiración disimulada que resultaba a la vez conmovedora y alarmante.

—Puede que en el bar de Sheb le hagan una hamburguesa.

—¿Donde el piano?

El muchacho asintió en silencio. Los ojos de sus compañeros de juego se habían vuelto fríos y hostiles. El pistolero se tocó el ala del sombrero.

—Muchas gracias. Me alegra comprobar que en este pueblo hay alguien lo suficientemente inteligente como para saber hablar.

Echó a andar, subió a la acera de tablas y se encaminó hacia el bar de Sheb, oyendo a sus espaldas la clara y despectiva voz de otro de los muchachos, poco más que un chillido infantil:

—¡Mascahierba! ¿Cuánto hace que te tiras a tu hermana, Charlie? ¡Eres un mascahierba!

Ante la puerta del bar había tres refulgentes lámparas de queroseno, una a cada lado y otra suspendida sobre las mal encajadas puertas de vaivén. El coro de Hey Jude había terminado ya, y en el piano tintineaba alguna otra balada antigua. Murmullo de voces como hilos rotos. El pistolero se detuvo unos instantes bajo el dintel, contemplando el interior. Serrín en el suelo, escupideras junto a las mesas de patas torcidas. Una barra de tablones sostenidos por caballetes de madera. Detrás, un mugriento espejo donde se reflejaba el pianista, sentado con aire indolente en el inevitable taburete. La parte delantera del piano había sido desmontada de tal forma que se veían subir y bajar los martillos de madera a cada pulsación de las teclas. La camarera que atendía la barra era una mujer de cabello pajizo enfundada en un sucio vestido azul. Uno de los tirantes se aguantaba con un imperdible. Al fondo de la sala había seis ciudadanos que bebían y jugaban apáticamente a

«Miradme». Otra media docena formaba un grupito disperso alrededor del piano. Cuatro o cinco en la barra. Y un anciano de pelo gris derrumbado sobre una mesa junto a las puertas. El pistolero entró.

Las cabezas se giraron para examinarlo, a él y a sus pistolas. Hubo un momento de casi completo silencio, salvo por el retintín de la música que el pianista seguía interpretando, ajeno a todo. Entonces, la mujer pasó un paño sobre la barra y las cosas volvieron a la normalidad.

—Miradme —dijo uno de los jugadores del rincón, al tiempo que emparejaba tres corazones con cuatro picas y se quedaba sin naipes en la mano.

El de los corazones blasfemó y pagó su apuesta. Comenzaron a repartir la

siguiente mano. El pistolero se acercó a la barra.

—¿Tiene hamburguesas? —preguntó.

—Desde luego. —La mujer lo miró a los ojos, y quizás hubiera sido bonita cuando empezó, pero ahora su rostro estaba lleno de bultos, y una lívida cicatriz retorcida le cruzaba la frente. Había aplicado sobre ella una abundante capa de polvos, pero más que disimularla lo que hacía era resaltarla—. Pero son caras.

—Lo suponía. Déme tres hamburguesas y una cerveza.

De nuevo aquel sutil cambio de tono. Tres hamburguesas. Las bocas se hacían agua y las lenguas se relamían de gula lentamente. Tres hamburguesas.

—Eso le costaría cinco pavos. Con la cerveza.

El pistolero puso una pieza de oro sobre la barra. Muchas miradas la siguieron.

Tras la barra, a la izquierda del espejo, había un brasero de carbón lleno de rescoldos que humeaban perezosamente sin llama. La mujer desapareció hacia un cuartito que había detrás y regresó con un montón de carne picada sobre una hoja de papel. Amasó tres círculos y los colocó sobre las brasas. Emanaban un olor exasperante. El pistolero esperó con imperturbable indiferencia, apenas consciente de las vacilaciones del piano, la demora en la partida de cartas, las miradas de soslayo de los habituales de la barra.

El hombre que iba hacia él estaba ya a mitad de camino cuando el pistolero lo vio reflejado en el espejo. Era un hombre casi completamente calvo, y su mano estaba cerrada sobre el mango de un gigantesco cuchillo de caza, asegurado en su cinturón como una pistolera.

—Vuelva a sentarse —dijo él sosegadamente.

El hombre se detuvo. Su labio superior se contrajo involuntariamente como el de un perro, y hubo un momento de silencio. Luego, el hombre regresó a su mesa y la atmósfera volvió de nuevo a la normalidad.

La cerveza llegó en un enorme vaso agrietado. —No tengo cambio para el oro —anunció la mujer con aire truculento.

—Tampoco lo quiero.

Ella asintió con irritación, como si aquella ostentación de riqueza, aunque fuera en su beneficio, le resultara ofensiva. Pero se guardó el oro y, al cabo de unos instantes, le sirvió las hamburguesas en una plancha humeante con los bordes todavía al rojo.

—¿Tiene sal?

La sacó de debajo de la barra.

—¿Pan?

—No. —El pistolero comprendió que le mentía, pero no quiso insistir.

El hombre calvo le miraba con ojos cianóticos, abriendo y cerrando los puños sobre la astillada superficie de la mesa. Las aletas de su nariz se ensanchaban con palpitante regularidad.

El pistolero empezó a comer tranquilamente, casi con languidez, cortando trozos de carne con el borde del tenedor y llevándoselos a la boca mientras trataba de no pensar en qué habrían añadido a la carne de buey para cortarla.

Casi había terminado y se disponía ya a pedir otra cerveza y a liar un cigarrillo, cuando la mano se posó en su hombro.

De pronto el pistolero advirtió que la sala estaba de nuevo en silencio, y saboreó la densa tensión del aire. Volvió la cabeza y descubrió el rostro del hombre que a su llegada estaba durmiendo junto a la puerta. Era un rostro espantoso. El olor de la hierba del diablo era como un miasma pútrido. Los ojos eran abominables, con la feroz e intensa mirada de los ojos que ven pero no ven, vueltos para siempre hacia el interior, hacia el estéril infierno de unos sueños sin control, sueños desencadenados, surgidos de las hediondas ciénagas del inconsciente. La mujer de la barra profirió un gritito quejumbroso.

Los agrietados labios se torcieron y se separaron, dejando al descubierto unos verdes y musgosos dientes, y el pistolero pensó: «Ya ni siquiera la fuma. La masca. Realmente la masca.»

E inmediatamente después: «Está muerto. Debería haber muerto hace un año.»

E inmediatamente después: «El hombre de negro.» Sus miradas se encontraron: la del pistolero y la del hombre que había bordeado los límites de la locura. El hombre habló y el pistolero, desconcertado, le oyó interpelarlo en la Alta Lengua:

—El oro, por favor, pistolero. ¿Una sola pieza? Como un regalo.

La Alta Lengua. Por un instante, su mente se negó a interpretarla. Habían pasado años —

¡Santo Dios!—, siglos, milenios; ya no existía la Alta Lengua, él era el último, el último pistolero. Los demás habían...

Estupefacto, hurgó en el bolsillo de la pechera y extrajo una moneda de oro. La deforme zarpa del hombre se cerró sobre ella, la acarició, la sostuvo en alto para que refulgiera con el grasiento resplandor del queroseno. El oro despedía su propio brillo, orgulloso y civilizado; dorado, rojizo, sangriento...

—Ahhhh... —Un inarticulado ruido de placer. El viejo se tambaleó para dar media vuelta y echó a andar hacia su mesa sosteniendo la moneda a la altura de los ojos, volteándola entre los dedos, arrancándole destellos.

La sala comenzó a vaciarse rápidamente, y las puertas de vaivén oscilaban frenéticamente de un lado a otro. El pianista cerró con un golpe la tapa del instrumento y salió en pos de los demás a grandes zancadas de opereta.

—¡Sheb! —gritó la mujer a sus espaldas, con una extraña mezcla de miedo y astucia en la voz—. ¡Vuelve aquí, Sheb! ¡Maldita sea!

El viejo, entre tanto, llegó a su mesa e hizo girar la moneda sobre la maltratada madera como si se tratara de una peonza, mientras sus ojos muertos en vida le seguían con vacua fascinación. Por segunda vez la hizo girar, y por tercera, y sus párpados se entrecerraron. La cuarta vez apoyó la cabeza en la mesa antes de que la moneda se detuviera.

—Ya está —dijo la enfurecida mujer, suavemente—. Ya me ha dejado sin clientela. ¿Está satisfecho? —Volverán —respondió el pistolero.

—No, esta noche ya no volverán.

—¿Quién es ése? —hizo un ademán hacia el mascahierba.

—Vaya a... —Completó la frase describiendo un imposible acto de masturbación.

—Debo saberlo —explicó el pistolero con paciencia—. Él ...

—Le ha hablado de una forma extraña —le interrumpió la mujer—. Nort no había hablado así en toda su vida.

—Busco a un hombre. Si lo ha visto, no puede haberlo olvidado.

La mujer se lo quedó mirando, apaciguada su ira. Ésta fue sustituida por el cálculo y luego por un vívido brillo húmedo que él ya había visto antes. El desvencijado edificio latía pensativamente para sí mismo. A lo lejos, un perro lanzó un ladrido ronco. El pistolero esperaba. Ella vio que lo sabía y el brillo fue reemplazado por la desesperanza, por una muda necesidad inefable. —Ya conoce mi precio —dijo al fin.

El hombre la contempló con detenimiento. A oscuras, la cicatriz no se vería. Su cuerpo era bastante enjuto, de modo que el desierto, el esfuerzo y el abatimiento no habían logrado aflojar sus formas. Y en otro tiempo había sido guapa, quizás incluso hermosa. Tampoco tenía demasiada importancia. No la habría tenido aunque los escarabajos de las tumbas hubieran anidado en la árida negrura de su matriz. Todo estaba escrito de antemano.

La mujer se llevó las manos al rostro. Todavía quedaba algo de jugo en ella; el suficiente para llorar. —¡No me mire! ¡No quiero que me mire con tanta dureza!

—Lo siento —se disculpó el pistolero—. No pretendía mostrarme duro.

—¡Ninguno de ustedes lo pretende! —sollozó. Siguió llorando con las manos en la cara. Al pistolero le complació que se cubriera la cara. No por la cicatriz, sino porque aquello le devolvía la juventud, si bien no la doncellez. El imperdible que sujetaba el tirante del vestido brilló a la mortecina luz.

—Apague las luces y cierre. ¿Cree que el viejo puede robarle algo?

—No —susurró ella. —Pues apague las luces.

No apartó las manos del rostro hasta que se halló de espaldas a él y comenzó a apagar los quinqués uno por uno, bajando las mechas y soplando luego para extinguir la llama. Luego tomó la mano del pistolero y la encontró caliente. Lo condujo escaleras arriba. Ninguna luz hubiera ocultado sus actos

6

Lió un par de cigarrillos en la oscuridad, los encendió y le pasó uno a ella. La habitación conservaba el patético perfume a lilas frescas de ella. El olor del desierto lo cubría y lo desfiguraba. Era como el olor del mar. El pistolero se dio cuenta de que temía al desierto que se extendía ante él.

—Se llama Nort —comenzó ella. Su voz no había perdido ninguna aspereza—. Sólo Nort. Murió.

El pistolero esperó.

—Fue tocado por Dios.

—Nunca he visto a Dios —contestó el pistolero. —Ha estado siempre aquí hasta donde alcanza mi memoria. Nort, quiero decir, no Dios. —Se rió en la oscuridad con una risa mellada—. Hubo un tiempo en que tenía un carro de panales. Empezó a beber. Empezó a olfatear la hierba. Luego a fumársela. Los niños comenzaron a seguirlo por todas partes y le azuzaban los perros. Llevaba unos pantalones verdes viejos y apestosos. ¿Me entiendes?

—Sí.

—Empezó a mascarla. Acabó quedándose todo el día sentado ahí, sin comer nada. Quizás imaginaba ser un rey. Y que los niños eran sus bufones y los perros, sus príncipes.

—Sí.

—Murió justo delante de esta casa —prosiguió—. Venía por la acera, pisando fuerte (sus botas no se gastaban nunca, eran botas de mecánico), con los niños y los perros detrás de él. Parecía un amasijo de perchas de alambre retorcidas y entrelazadas. En sus ojos se veían todas las luces del infierno, pero venía sonriendo, con una sonrisa como la que tallan los chicos en sus calabazas la víspera de Todos los Santos. Despedía olor a mugre, a podredumbre y a hierba. El jugo le rezumaba por las comisuras de los labios como una sangre verdosa. Creo que tenía intención de entrar para oír tocar a Sheb. Y justo en la puerta se detuvo y ladeó la cabeza. Yo lo estaba mirando y pensé que había oído una diligencia, aunque no se esperaba ninguna. Entonces vomitó un vómito negro y lleno de sangre. El chorro pasó a través de su sonrisa como el agua de letrina por un enrejado. El hedor ya era suficiente para volverla a una loca. Levantó los brazos y vomitó, nada más. Eso fue todo. Se murió con la sonrisa en la cara, sobre su propio vómito.

La mujer temblaba junto a él. Fuera, el viento mantenía su constante gemido y, en algún sitio remoto, una puerta se abría y se cerraba con violencia, como un sonido oído en un sueño. Por las paredes corrían ratones. En su fuero interno el pistolero pensó que aquél era probablemente el único lugar de la población lo bastante próspero como para albergar ratones. Colocó una mano sobre el vientre de la mujer, y ella se agitó sobresaltada antes de relajarse.

—El hombre de negro —dijo él. —No pararás hasta saberlo, ¿verdad?

—Así es.

—Muy bien. Te lo diré. —Tomó la mano del pistolero entre las suyas y comenzó a hablar.

7

Llegó al caer la tarde el día que murió Nort, cuando el viento arreciaba, arrastrando tierra suelta y levantando polvaredas de arena y plantas de maíz desarraigadas. Kennerly había cerrado con llave la caballeriza y los demás comerciantes del pueblo, muy escasos, habían cerrado las ventanas y asegurado los postigos con tablas. El cielo era del amarillento color del queso rancio y las nubes lo cruzaban con aire huidizo, como si hubieran visto algo horripilante en los desiertos yermos de donde acababan de llegar.

Llegó en un destartalado carromato con la plataforma cubierta por una lona ondulante. Le vieron llegar y el viejo Kennerly, tendido ante la ventana con una botella en una mano y la blanda y cálida carne del pecho izquierdo de su segunda hija en la otra, decidió no estar en casa si llamaba a su puerta.

Pero el hombre de negro pasó sin detener el caballo bayo que tiraba del carromato, y el girar de las ruedas alzó nubecillas de polvo prestamente arrebatadas por el viento. Su figura habría podido ser la de un monje o un sacerdote; llevaba una túnica negra moteada de polvo, y una amplia capucha le cubría la cabeza y ocultaba sus facciones. Se ondulaba y aleteaba. Bajo el dobladillo de la prenda, pesadas botas de hebilla con la puntera cuadrada.

Paró delante del bar de Sheb y amarró el caballo, que agachó la cabeza y relinchó hacia el suelo. El hombre desató un faldón de la parte de atrás del carro, sacó una vieja y gastada alforja, se la echó al hombro y entró por las puertas de vaivén.

Alice lo contempló con curiosidad, pero nadie más advirtió su llegada. Todos estaban borrachos como una cuba. Sheb interpretaba himnos metodistas a ritmo sincopado y los grisáceos haraganes que habían acudido temprano para evitar la tempestad y asistir al velatorio de Nort ya estaban roncos de tanto cantar. Sheb, ebrio hasta el límite de la inconsciencia, intoxicado y enervado por la continuidad de su propia existencia, tocaba rápidamente, con frenesí, haciendo volar los dedos como la lanzadera de un telar.

La gente vociferaba y hablaba a gritos, sin imponerse en ningún momento al vendaval pero, a veces, casi desafiándolo. En un rincón, Zachary le había levantado las faldas a Amy Feldon y estaba pintándole signos zodiacales en las rodillas. Algunas mujeres más, no muchas, circulaban entre el público. Todos los rostros parecían resplandecer de fervor. Con todo, la mortecina luz de la tormenta, que se filtraba a través de las puertas de vaivén, daba la impresión de burlarse de ellos.

Nort yacía sobre dos mesas juntas en el centro del salón. Las botas configuraban una mística V. Tenía la boca abierta en una sonrisa laxa pero alguien le había cerrado los ojos y colocado balas sobre ellos. También le habían cruzado las manos sobre el pecho y sostenía una ramita de hierba del diablo. El muerto olía a veneno.

El hombre de negro se echó el capuz hacia atrás y anduvo hasta la barra. Alice lo contempló, sintiendo nacer en ella una ansiedad mezclada con la familiar necesidad que ocultaba en su interior. El hombre no ostentaba ningún símbolo religioso, pero

aquello, de por sí, no significaba nada.

—Whisky —pidió él. Su voz era suave y agradable—. Whisky del bueno.

La mujer metió la mano bajo el mostrador y sacó una botella de Star. Habría podido endosarle el matarratas local como si fuese lo mejor que tenía, pero no lo hizo. Le sirvió un vaso mientras el hombre de negro la observaba con sus ojos grandes y luminosos. La penumbra del local no permitía determinar con exactitud de qué color eran. La necesidad se le intensificó. En el salón continuaban la algarabía y los chillidos, sin debilitarse. Sheb, el inútil eunuco, interpretaba un himno sobre los Soldados de Cristo y alguien había persuadido a la tía Mill para que cantase. Su voz, áspera y desafinada, cortó el parloteo como haría un hacha embotada con los sesos de un ternero.

—¡Eh, Alice!

Acudió a la llamada, resentida con el silencio del forastero; resentida con sus ojos de ningún color y con su propia ingle impaciente. Sus necesidades la atemorizaban. Eran caprichosas y no podía dominarlas. Quizá fueran la señal del cambio, que a su vez señalaría el comienzo de la vejez. Y en Tull la vejez solía ser tan breve y cruda como el crepúsculo en invierno.

Sirvió cerveza hasta que el cuñete estuvo vacío, y entonces espitó otro. En ningún momento se le ocurrió pedirle a Sheb que lo hiciera; la obedecería con su mejor voluntad, como el perro que era, y se aplastaría los dedos con el mazo o lo regaría todo con espuma de cerveza. Mientras ella misma lo hacía los ojos del forastero no se apartaron de ella; podía sentir su mirada.

—Mucha gente —comentó el hombre, cuando ella regresó. No había tocado su bebida, limitándose a hacer rodar el vaso entre las palmas para calentarlo.

—Un velatorio.

—Ya he visto el difunto.

—Son unos borrachos —exclamó ella, con un odio repentino—. Son todos unos borrachos.

—La situación los excita. Está muerto y ellos no.

—Cuando vivía era el blanco de todas las burlas. No está bien que sigan burlándose ahora. Era... —no llegó a completar la frase, incapaz de expresar qué era, o hasta qué punto era obsceno.

—¿Un mascahierba?

—¡Sí! ¿Qué otra cosa le quedaba? —Respondió en tono acusador, pero el hombre no bajó la vista y ella sintió que le subía la sangre a la cara—. Lo siento. ¿Es usted un sacerdote? Todo esto debe parecerle repugnante.

—Ni lo soy, ni me lo parece. —Engulló limpiamente el whisky, sin una mueca—. Otro, por favor.

—Antes tendré que ver el color de su dinero. Lo siento.

—No hace falta que lo sienta.

Depositó sobre el mostrador una mal acuñada moneda de plata, gruesa por un lado, fina por el otro, y ella le advirtió, como volvería a hacer más tarde:

—No tengo cambio.

El hombre de negro meneó la cabeza restándole importancia al asunto y contempló con aire ausente cómo le volvía a llenar el vaso.

—¿Está de paso por aquí? —inquirió ella. Permaneció un buen rato sin responder y la mujer ya iba a repetir la pregunta cuando él sacudió la cabeza con impaciencia.

—No hable de banalidades. Está en presencia de la muerte.

Ella retrocedió, dolida y asombrada, y lo primero que pensó fue que el hombre había mentido acerca de su condición sacerdotal para ponerla a prueba.

—Usted le tenía cariño —añadió llanamente—. ¿No es cierto?

—¿Quién, yo? ¿A Nort? —Se echó a reír, afectando enojo para ocultar su confusión—. Me parece que más le vale...

—Tiene el corazón blando y un poco de miedo —prosiguió él—, y el viejo estaba enganchado a la hierba, atisbando por la puerta de atrás del infierno. Y allí está ahora, y ya han cerrado la puerta, y usted cree que no volverán a abrirla hasta que a usted le llegue la hora de pasar por ella, ¿no es eso?

—¿Qué le pasa? ¿Está bebido?

—¡El señor Norton está muerto! —exclamó irónicamente el hombre de negro—. Tan muerto como cualquiera. Tan muerto como usted, o cualquier otro.

—Váyase de mi casa. —La mujer sintió nacer en su interior una temblorosa aversión, pero su vientre seguía irradiando la misma calidez.

—Está bien —dijo él con suavidad—. Está bien. Espere. Espere un poco.

Tenía los ojos azules. De pronto, ella notó que le invadía una sensación de sosiego, como si hubiera tomado alguna droga.

—¿Lo ve? —apuntó él—. ¿Se da cuenta?

Ella asintió torpemente y él se echó a reír con una carcajada fuerte, pura, agradable, que hizo que todas las cabezas se girasen. El hombre de negro dio media vuelta y afrontó las miradas, repentinamente convertido en el centro de la atención por una alquimia inexplicable. La tía Mill vaciló y se detuvo, dejando que un agudo desafinado se desangrara en el aire. Sheb tocó un acorde disonante y se interrumpió. Todos contemplaban al forastero con inquietud. La arena arañaba las paredes del edificio.

El silencio se prolongó sin consumirse. La mujer retenía el aliento en la garganta y, al bajar la vista, descubrió que tenía ambas manos apretadas contra el vientre por debajo de la barra. Todos miraban al desconocido, y él los miraba a todos. Entonces surgió de nuevo la risa, potente, rica, innegable. Pero nadie sintió ganas de reír con él.

—¡Os mostraré un prodigio! —les gritó.

Ellos se limitaron a seguir mirando, como niños obedientes a quienes se lleva a ver a un mago, a pesar de que ya sean demasiado mayores para creer en él.

El hombre de negro se adelantó y la tía Mill se apartó de su camino. Él sonrió ferozmente y le palmeó el abultado abdomen. La mujer emitió un breve cloqueo involuntario, y el hombre de negro echó hacia atrás la cabeza.

—Mejor así, ¿verdad?

La tía Mill cloqueó otra vez; de repente, empezó a sollozar, y huyó ciegamente hacia las puertas. Los demás la vieron partir en silencio. Estaba desencadenándose la

tempestad; las sombras se sucedían una a otra, alzándose y cayendo en el blanco ciclorama del firmamento. Cerca del piano, un hombre con una olvidada cerveza en la mano sonrió rasposamente.

El hombre de negro se irguió sobre el cuerpo de Nort y le sonrió. El viento aullaba, gemía, rugía monótonamente. Algún objeto grande chocó contra un costado del edificio y rebotó arrastrado por el vendaval. Uno de los hombres acodados en la barra logró liberarse y salió del salón bamboleándose en grotescas zancadas. El fragor del trueno estalló secamente en bruscas descargas.

—Muy bien. —El hombre de negro seguía sonriendo—. Vamos a poner manos a la obra. Comenzó a escupir sobre la cara de Nort, apuntando cuidadosamente. La saliva brilló sobre su frente y se deslizó por el pico pelado de su nariz corva.

Bajo la barra, las manos de la mujer trabajaban deprisa.

Sheb soltó una risa boba y se inclinó. Comenzó a toser y expectorar grandes y pegajosos esputos de flema. El hombre de negro rugió aprobadoramente y le palmeó la espalda. Sheb sonrió, dejando al descubierto un diente de oro.

Unos cuantos se escaparon. Otros se congregaron formando un corro alrededor de Nort. Su rostro y las arrugas de la papada resplandecían de líquido, un líquido precioso en aquel reseco país. Y de pronto se detuvo, como ante una señal. Su respiración era pesada y jadeante.

El hombre de negro se lanzó repentinamente por encima del muerto, describiendo un salto de carpa en el aire. Fue algo hermoso, como un destello de agua. Cayó sobre las manos, se enderezó al instante, giró en redondo con el mismo impulso del rebote, sonrió y repitió la pirueta. Uno de los espectadores, sin saber lo que hacía, comenzó a aplaudir; de pronto, se echó hacia atrás con los ojos nublados de pavor y, enjugándose los labios con el dorso de la mano, se dirigió hacia la puerta.

La tercera vez que el hombre de negro pasó sobre Nort, éste contrajo el rostro.

De los espectadores brotó una especie de gruñido y otra vez quedaron en silencio. El hombre de negro echó la cabeza hacia atrás y aulló. Al inspirar, su pecho se movió a un ritmo rápido y poco profundo. Comenzó a saltar de un lado a otro con mayor velocidad, arqueándose sobre el cuerpo de Nort como se arquea el agua al ser vertida de un vaso a otro. Lo único que se oía en el salón era el ruido de sus roncos jadeos y el palpitar de la tormenta.

North hizo una inspiración honda y seca. Sus manos temblaron y se movieron al azar sobre la mesa.

Sheb soltó un chillido y se marchó. Una de las mujeres se fue tras él.

El hombre de negro saltó una vez más, y otra, y una tercera. Ahora, todo el cuerpo de Nort vibraba, temblaba, se agitaba y se contorsionaba. El fétido olor a podredumbre, a excrementos y a moho se alzó en sofocantes oleadas. Abrió los ojos.

Alice sintió que los pies la llevaban hacia atrás. Chocó contra el espejo, haciéndolo temblar, y un pánico ciego se apoderó de ella. Salió disparada como un novillo.

—Le he hecho un regalo —gritó el hombre de negro a sus espaldas, todavía jadeando—. Ahora podrá dormir tranquila. Ni siquiera esto es irreversible. Pero,

¡maldita sea!, es... tan... ¡divertido! —Y se echó a reír de nuevo.

Ella corrió escaleras arriba seguida de la carcajada y no se detuvo hasta haber cerrado con llave la puerta que comunicaba con las tres habitaciones de encima del bar.

Entonces, detrás de la puerta, empezó a reír nerviosamente y a sacudir las caderas de un lado a otro. El sonido se convirtió en un fúnebre plañido que se confundía con el viento.

Abajo, Nort salió con aire ausente a la tormenta, para arrancar un poco de hierba. El hombre de negro, único cliente del bar, lo vio salir sin perder la sonrisa.

Cuando, ya anochecido, la mujer se obligó a sí misma a bajar de nuevo, con un quinqué en una mano y un pesado bastón para desfondar barriles en la otra, el hombre de negro ya se había ido, llevándose su carromato. Pero Nort estaba allí, sentado a la mesa más cercana a la puerta como si nunca la hubiera dejado. Seguía oliendo a hierba, pero no tan intensamente como ella hubiera podido suponer.

Al oírla bajar levantó la vista y le sonrió dubitativamente.

—Hola, Alice.

—Hola, Nort. —Dejó el bastón y empezó a encender las lámparas, sin volverle la espalda.

—He sido tocado por Dios —explicó él—. Ya no volveré a morir. Me lo ha dicho él. Me lo ha prometido.

—Qué suerte, Nort. —La astilla que utilizaba para encender los quinqués resbaló de entre sus dedos temblorosos y se agachó a recogerla.

—Me gustaría dejar de mascar hierba —comentó Nort—. Ya no lo disfruto como antes. No me parece bien que un hombre tocado por Dios siga mascando hierba.

—Entonces, ¿por qué no lo dejas?

En medio de su exasperación, se sorprendió a sí misma mirando a Nort de nuevo como un hombre, más que como un milagro infernal. Lo que vio fue un individuo apesadumbrado, drogado sólo a medias, con aspecto avergonzado, y desdichado. Era imposible seguir teniéndole miedo.

—Tiemblo —respondió él—. Y la quiero. No puedo parar. Alice, tú siempre has sido buena conmigo... —Comenzó a sollozar—. Ni siquiera puedo aguantarme los meados.

Alice se acercó a la mesa y se quedó allí, vacilante.

—Habría podido hacer que ya no la quisiera —se lamentó entre lágrimas—. Si ha podido resucitarme, también habría podido hacer eso por mí. No me quejo... No quiero quejarme... —Miró en torno con inquietud y susurró—: Podría hacerme caer muerto si me quejo. —Quizá sea una broma. Parecía tener gran sentido del humor.

Nort extrajo la bolsa que guardaba bajo la camisa y cogió un puñado de hierba. Irreflexivamente, la mujer la hizo caer de un manotazo y al instante, horrorizada, retiró la mano.

—No puedo evitarlo, Alice, no puedo... —Se abalanzó torpemente hacia la bolsa. Ella habría podido detenerlo, pero no lo intentó. Siguió encendiendo las lámparas, cansada ya aunque la noche apenas acababa de empezar. Pero aquella noche el único

cliente que acudió fue el viejo Kennerly, que no se había enterado de nada. La presencia de Nort no pareció sorprenderle. Pidió cerveza, preguntó dónde estaba Sheb y manoseó un poco a la dueña. Al día siguiente las cosas fueron casi normales, si bien ninguno de los niños siguió a Nort por la calle. Al otro día, se reanudaron las burlas. La vida volvió a seguir su curso. Los chiquillos recogieron el maíz desarraigado y, una semana después de la resurrección de Nort, lo quemaron en mitad de la calle. El fuego ardió con viveza durante algún tiempo y la mayoría de los asiduos del bar salió o se tambaleó hasta la puerta para contemplarlo. Tenían un aspecto primitivo. Sus caras parecían flotar entre las llamas y el helado resplandor del cielo. Alice los miró y sintió una punzada de pasajera desesperación por la tristeza del mundo. Las cosas se habían desunido. Ya no existía ningún pegamento en el centro de las cosas. Nunca había visto el océano, y nunca lo vería.

—Si tuviera agallas —murmuró—. Si tuviera agallas, agallas, agallas...

Nort alzó la cabeza al oír su voz y le dirigió una vacua sonrisa desde el infierno. Alice no tenía agallas. Sólo un bar y una cicatriz.

La fogata se consumió rápidamente y los clientes volvieron al interior. Alice comenzó a anestesiarse con whisky Star y, hacia medianoche, estaba completamente borracha.

8

La mujer dio fin a su relato y, viendo que él no hacía ningún comentario, creyó que la historia lo había adormecido. Empezaba ya a dormitar, a su vez, cuando el pistolero preguntó:

—¿Eso es todo?

—Sí. Eso es todo. Ya es muy tarde.

—Hum. —Estaba liando otro cigarrillo.

—No vayas a echarme briznas de tabaco en la cama —dijo ella, más bruscamente de lo que pretendía.

—No.

Silencio de nuevo. La punta del cigarrillo refulgía intermitentemente.

—Te irás por la mañana —comentó ella con voz apagada.

—Debería irme. Creo que me dejó preparada una trampa.

—No te vayas —le rogó la mujer.

—Ya veremos.

El pistolero se volvió de espaldas, pero ella ya estaba tranquila. Se quedaría. La mujer cerró los ojos.

A punto de dormirse, Allie pensó de nuevo en la forma en que Nort se había dirigido al pistolero, en su extraña manera de hablar. En ningún otro momento, ni antes ni después, había visto al pistolero expresar alguna emoción. Incluso haciendo el amor había permanecido silencioso; apenas hacia el final, su respiración se volvió más áspera y luego se detuvo unos instantes. Aquel hombre era como algo salido de un cuento de hadas o de un mito: el último de su casta en un mundo que estaba escribiendo la última página de su libro. No importaba. Se quedaría por algún tiempo. Ya tendría tiempo para pensar al día siguiente, o al otro. Se adormeció.

9

Por la mañana Allie preparó sémola de maíz y el pistolero la comió sin ningún comentario. Se llevaba las cucharadas a la boca sin pensar en la mujer, sin verla apenas. Sabía que debía partir. A cada minuto que él permanecía sentado allí, el hombre de negro se encontraba un poco más lejos; a aquellas alturas ya habría llegado al desierto. Avanzaba en dirección sur.

—¿Tienes un mapa? —preguntó de repente, levantando la cabeza.

—¿Del pueblo? —Ella se echó a reír—. No es lo bastante grande para que haga falta un mapa.

—No. De lo que hay al sur de aquí. La sonrisa de la mujer se desvaneció.

—El desierto. Solamente el desierto. Pensaba que te quedarías unos días.

—¿Qué hay al sur del desierto?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Nadie lo cruza. Desde que estoy aquí, no lo ha intentado nadie.

—Se enjugó las manos, cogió un par de agarradores y vació la olla de agua que tenía al fuego en el fregadero, con un chapoteo humeante. El pistolero se levantó.

—¿Adónde vas? —La mujer percibió el chirriante temor que impregnaba su voz, y se detestó por ello.

—A la caballeriza. Si hay alguien que lo sepa, será el mozo de cuadra. —Le puso las manos sobre los hombros. Eran manos cálidas—. Y he de pensar en mi mula. Si me quedo, alguien tendrá que cuidar de ella. Para cuando me marche.

Pero todavía no. Alzó la vista hacia él.

—No te fíes de ese Kennerly. Si no sabe algo, se lo inventa.

Cuando el pistolero se hubo marchado ella se volvió hacia el fregadero, sintiendo en las mejillas un ardiente fluir de lágrimas de agradecimiento.

10

Kennerly era desdentado, desagradable y cargado de hijas. Dos de ellas, a medio crecer, espiaban al pistolero desde la polvorienta penumbra del establo. Una niña pequeña, todavía un bebé, babeaba felizmente en el suelo de tierra. Una muchacha ya desarrollada, rubia, sucia, sensual, lo contemplaba con especulativa curiosidad mientras accionaba la rechinante bomba de agua situada junto al edificio.

El mozo de cuadra salió a recibirle a mitad de camino entre la puerta de su establecimiento y la calle. Su actitud oscilaba entre la hostilidad y un pusilánime servilismo, como un perro callejero que ha recibido demasiadas patadas.

—Está bien atendida —le aseguró y, antes de que el pistolero pudiera responder, Kennerly se volvió hacia su hija—. ¡A casa, Soobie! ¡Ya te estás metiendo en casa ahora mismo!

Soobie, con expresión hosca, comenzó a arrastrar el cubo lleno hacia la choza adyacente al establo. —Quiere decir la mula —observó el pistolero.

—Sí, señor. Hacía tiempo que no veía una mula. Antes había hasta mulas salvajes, pero el mundo ha cambiado. Sólo veo algunos bueyes, los caballos de la diligencia y... ¡Soobie! ¡Te juro que te daré una tunda!

—No muerdo, ¿sabe? —comentó apaciblemente el pistolero. Kennerly se encogió un poco.

—No es por usted. No, señor; no es por usted. —Esbozó una sonrisa torcida—. La chica es torpe de por sí. Lleva un diablo en el cuerpo. Es una salvaje.

—Sus ojos se oscurecieron—. Se acercan los últimos Tiempos, señor. Ya sabe lo que dice el Libro. Los hijos no obedecerán a sus padres y una plaga descenderá sobre las multitudes.

El pistolero asintió y luego señaló hacia el sur.

—¿Qué hay por allí?

Kennerly volvió a sonreír, mostrando las encías y unos pocos dientes amarillentos.

—Moradores. Hierba. Desierto. ¿Qué otra cosa? —Cloqueó con regocijo, y sus ojos escrutaron fríamente al pistolero.

—¿Cómo es de grande el desierto?

—Es grande. —Kennerly se esforzaba por mostrarse serio—. Puede que quinientos kilómetros. Puede que mil quinientos. No lo sé, señor. Allá sólo hay hierba del diablo y, quizá, demonios. Por ahí se fue el otro tipo, el que curó a Nort cuando estaba enfermo.

—¿Enfermo? He oído decir que estaba muerto. Kennerly seguía sonriendo.

—Bueno, bueno. Puede ser. Pero ya somos grandecitos, ¿verdad?

—Pero usted cree en los demonios. Kennerly puso cara de ofendido.

—Eso es muy diferente.

El pistolero se quitó el sombrero y se enjugó el sudor de la frente. El sol ardía implacable. Kennerly parecía no advertirlo. En la menguada sombra de la caballeriza,

la niñita se embadurnaba el rostro de tierra con toda seriedad.

—¿Sabe qué hay más allá del desierto? Kennerly se encogió de hombros.

—Quizás haya quien lo sepa. Hace cincuenta años la diligencia cruzaba una parte. Eso decía mi padre. Solía decir que había montañas. Otros dicen que hay un océano..., un océano verde lleno de monstruos. Y hay quien dice que ahí se acaba el mundo. Que sólo hay unas luces capaces de cegar a los hombres y el rostro de Dios con la boca abierta, dispuesto a devorarlos.

—Basura —dijo secamente el pistolero.

—Desde luego —asintió rápidamente Kennerly. Se encogió de nuevo, lleno de odio y de temor, y deseoso de agradar.

—Ocúpese de que mi mula esté bien atendida. –Le echó otra moneda, que Kennerly atrapó al vuelo.

—No se preocupe. ¿Se quedará unos días?

—No lo sé, pero es posible.

—Esa Allie sabe ser agradable cuando quiere, ¿eh?

—¿Ha dicho algo? —preguntó el pistolero con aire ausente.

En los ojos de Kennerly amaneció un terror súbito, como dos lunas gemelas que se alzaran sobre el horizonte.

—No, señor, ni una palabra. Y si la he dicho, lo siento. —Por el rabillo del ojo vio a Soobie asomada a una ventana, y se volvió bruscamente hacia ella—. ¡Ahora sí que te daré una tunda, cara de puta! ¡Te lo juro! ¡Voy a...!

El pistolero se alejó, sabiendo que Kennerly se había vuelto a mirarle y que podía girar en redondo y sorprender al mozo de cuadra con alguna emoción auténtica reflejada en el rostro. Lo dejó estar. Hacía calor. Lo único seguro acerca del desierto era su enorme extensión. Y aún no estaba todo dicho en el pueblo. Todavía no.

11

Estaban en la cama cuando Sheb abrió la puerta de un puntapié y entró con el cuchillo.

Habían pasado cuatro días en un brumoso abrir y cerrar de ojos. Comía. Dormía. Se acostaba con Allie. Descubrió que sabía tocar el violín, y le hizo tocar para él. Ella se sentaba junto a la ventana a la lechosa claridad del alba; era sólo un perfil e interpretaba con vacilación algo que habría podido ser bueno si ella hubiera practicado más. El cariño que el pistolero sentía por ella iba en aumento (aunque de forma extraña, distraída) y a veces pensaba que quizá fuera ésa la trampa que el hombre de negro le había tendido. Leía viejas y deterioradas revistas con imágenes descoloridas. Apenas pensaba en nada.

No oyó subir al pequeño pianista; sus reflejos se habían entorpecido. Tampoco esto parecía tener ninguna importancia, aunque en otro momento y lugar le hubiera producido una gran inquietud.

Allie estaba desnuda, con la sábana bajo el pecho, y se disponían a hacer el amor.

—Por favor —estaba diciendo ella—, hazlo como antes, quiero que hagas lo de antes, quiero...

La puerta se abrió con estrépito y el pianista emprendió una carrera ridícula y patituerta hacia la luz. Allie no chilló, aunque Sheb blandía un cuchillo de trinchar de veinticinco centímetros. Sheb iba emitiendo un ruido, un balbuceo inarticulado. Sonaba como un hombre que estuviera ahogándose en un cubo de cieno. De su boca brotaban gotitas de saliva. Bajó el cuchillo con ambas manos y el pistolero le cogió las muñecas y se las retorció. El cuchillo salió despedido. Sheb profirió un grito agudo y rechinante, como un gozne oxidado. Sus manos, rotas ambas muñecas, se agitaron como las de una marioneta. El viento arañaba la ventana. En la pared, el espejo de Allie reflejaba una habitación vagamente nublada y distorsionada.

—¡Era mía! —sollozó—. ¡Antes era mía! ¡Mía!

Allie lo miró y salió de la cama. Se cubrió con una bata, y el pistolero sintió una momentánea identificación con aquel hombre que debía de verse cercano al final de lo que otrora había sido. No era más que un hombrecillo castrado.

—Fue por ti —se lamentó Sheb, aún llorando—. Fue solamente por ti, Allie. Todo por ti... —Las palabras se disolvieron en un paroxismo ininteligible y, finalmente, en lágrimas. El pianista oscilaba hacia adelante y hacia atrás sosteniendo las muñecas rotas contra el abdomen.

—Shhh. Shhh. Déjame ver. —Allie se arrodilló a su lado—. Rotas. Pero, Sheb, bobo. ¿No sabías que nunca has sido fuerte? —Le ayudó a ponerse en pie. Sheb trató de llevarse las manos a la cara pero éstas no le obedecieron, y sollozó abiertamente —. Vamos a la mesa y déjame ver qué puedo hacer.

Lo condujo hasta la mesa y le entablilló las muñecas con unos maderos rectos de la caja de la leña. Él lloraba débilmente y sin voluntad, y se marchó sin mirar atrás. Allie regresó a la cama.

—¿Por dónde íbamos?

—No —dijo él.

Ella respondió con paciencia:

—Ya sabías cómo estaban las cosas. No se puede hacer nada. ¿Qué más quieres hacer? —Le palpó el hombro—. En cualquier caso, me alegro de que seas tan fuerte.

—Ahora no —repitió en voz apagada.

—Puedo hacerte fuerte...

—No —la interrumpió—. No puedes hacerlo.

12

A la noche siguiente permaneció cerrada la taberna: era el día que en Tull equivalía al Sabbath. El pistolero acudió a la minúscula iglesia de paredes alabeadas que se alzaba junto al cementerio, mientras Allie limpiaba las mesas con un poderoso desinfectante y enjuagaba los tubos de vidrio de los quinqués con agua jabonosa.

La luz del crepúsculo era extrañamente violácea y, vista desde la carretera, la iglesia con el interior iluminado casi parecía un horno incandescente.

—Yo no voy —le había anunciado escuetamente Allie—. La religión de la mujer que predica es veneno. Que vayan los respetables.

El pistolero se detuvo en el vestíbulo, oculto en la sombra, y atisbó el interior. No había bancos y los fieles de la congregación permanecían de pie. Allí estaban Kennerly y su prole, Castner, propietario de la escuálida mercería-emporio del pueblo, y su encorsetada esposa, unos cuantos habituales del bar, algunas aldeanas que no había visto nunca y, para su sorpresa, Sheb, entonando todos a cappella un himno discordante. Contempló con curiosidad a la enorme mujer que ocupaba el púlpito. Allie le había dicho: «Vive sola y apenas ve a nadie. Sale únicamente los domingos, para esparcir los fuegos del infierno. Se llama Sylvia Pittston. Está loca, pero los tiene aojados a todos. A ellos les gusta. Es lo que les cuadra.»

El tamaño de la mujer era indescriptible. Pechos como terraplenes. Una inmensa columna por cuello, rematada por una cara que era una luna blanca donde parpadeaban unos ojos tan grandes y oscuros que sugerían lagunas sin fondo. La cabellera era de un hermoso color castaño y la llevaba recogida en un amasijo lunático y fortuito, sujeto por un alfiler lo bastante grande como para ser un espetón para la carne. Iba ataviada con un vestido que parecía hecho de arpillera. Los brazos que sostenían el himnario eran troncos. Su tez, cremosa, su mácula encantadora. El pistolero calculó que debía de pesar más de ciento cincuenta kilos. De repente se despertó en él un ansia indominable de poseerla, una lascivia que le hizo temblar; giró la cabeza y desvió la mirada.

Nos reuniremos junto al río, el hermoso, el hermoso ríííííío.
Nos reuniremos junto al río que fluye por el Reino del Señor.

La última nota del último coro se desvaneció en el aire y hubo unos instantes de carraspeos y arrastrar de pies.

La mujer esperaba. Cuando de nuevo se tranquilizaron, alzó las manos sobre ellos como en una bendición. Fue un ademán evocador.

—Mis queridos hermanitos y hermanitas en Cristo. La frase poseía resonancias inquietantes. Por un instante, en el pistolero se entremezclaron sentimientos de nostalgia y de miedo, junto con una perturbadora sensación de dejavu. Pensó: «Esto lo he soñado. ¿Cuándo?» Pero en seguida desechó tales pensamientos. Los asistentes —unos veinticinco, en total— guardaban el más profundo silencio.

—El tema de nuestra meditación de esta noche será el del Intruso. —Su voz era dulce y melodiosa, la voz con que hablaría una soprano bien preparada.

Un ligero estremecimiento recorrió a los asistentes.

—Tengo la sensación —prosiguió Sylvia Pittston con aire reflexivo—, tengo la sensación de haber conocido personalmente a todos los personajes del Libro. En los últimos cinco años he dejado inservibles cinco Biblias de tanto leerlas y, antes, muchísimas más. Adoro la narración y adoro a los personajes que en ella aparecen. He entrado en el foso de los leones del brazo de Daniel. Estaba con David cuando Betsabé, que se bañaba en el estanque, lo tentó. He estado en el horno flamígero con Shadrach, Meshach y Abednego. Maté a dos mil con Sansón y fui deslumbrada junto con san Pablo en el camino de Damasco. Lloré con María en el Gólgota.

El público suspiró suavemente.

—Los he conocido y los he amado. Sólo hay uno... Uno... —levantó un dedo y prosiguió—: solamente hay un actor al que no conozco, en el mayor de todos los dramas. Solamente uno se mantiene al margen con el rostro en las tinieblas. Solamente uno hace que mi cuerpo tiemble y mi espíritu desfallezca. Le temo. No sé lo que piensa y le temo. Temo al Intruso.

Otro suspiro. Una de las mujeres se había llevado una mano a la boca, como para contener un grito, y se mecía, y se mecía.

—El Intruso que se presentó a Eva como una serpiente en su vientre, sonriendo y retorciéndose. El Intruso que caminaba entre los hijos de Israel mientras Moisés se hallaba en la cima del monte, el que los impulsó a construir un ídolo de oro y a adorarlo con obscenidades y fornicación.

Gemidos, gestos de asentimiento.

—¡El Intruso! Estaba en el balcón con Jezabel cuando el rey Ajaz caía aullando hacia su muerte, y él y ella sonrieron cuando los perros acudieron a lamer su sangre. ¡Oh, hermanitos y hermanitas! ¡Precaveos del Intruso!

—Sí, ¡oh, Jesús! —Era el primer hombre que el pistolero había visto al llegar a la población, el del sombrero de paja.

—Siempre ha estado ahí, hermanos y hermanas. Pero no conozco sus pensamientos. Y vosotros tampoco los conocéis. ¿Quién podría comprender la espantosa oscuridad que allí se arremolina, el monumental orgullo, la titánica blasfemia, el impío regocijo? ¿Y su vesania? ¡La balbuciente y ciclópea vesanía que camina, se arrastra y da origen a las más horribles necesidades y deseos de los hombres!

—¡Oh, Jesús Salvador!

—Fue él quien llevó a Nuestro Señor a lo alto de la montaña...

—Sí...

—Fue él quien lo tentó y le mostró el mundo entero, y todos los placeres del mundo...

—Síííí...

—Es él quien volverá cuando el mundo llegue a los últimos Tiempos..., y están llegando, hermanos y hermanas. ¿No lo advertís?

—Síííí...

La congregación, meciéndose y sollozando, se convirtió en un mar; la mujer parecía señalar a cada individuo, a ninguno de ellos.

—Él es el Anticristo que vendrá para conducir a los hombres a las ardientes entrañas de la perdición y al sangriento fin de la perversidad, cuando la estrella Wormword luzca refulgente en el cielo, cuando la hiel devore los órganos de los niños, cuando las matrices de las mujeres den a luz monstruosidades, cuando las obras de los hombres se conviertan en sangre...

—Ahhh...

—Oh, Dios... Grrrrrrr...

Una mujer se desplomó al suelo, agitando inconteniblemente las piernas. Uno de sus zapatos salió despedido.

—Él es quien se esconde tras todos los placeres carnales... ¡Él! ¡El Intruso!

—¡Sí, Señor!

Un hombre cayó de rodillas, sujetándose la cabeza y mugiendo.

—Cuando tomáis una bebida, ¿quién sostiene la botella?

—¡El Intruso!

—Cuando os sentáis a una mesa de faraón o de «miradme», ¿quién reparte las cartas?

—¡El Intruso!

—Cuando os agitáis en la carne de otro cuerpo, cuando vosotros mismos os ensuciáis, ¿a quién estáis vendiendo vuestra alma?

—In ...

—El ...

—Oh, Jesús... Oh...

—...truso...

—Agg... Agg... Agg...

—¿Y quién es él? —Gritaba, pero permanecía interiormente serena; el pistolero podía percibir su calma, su maestría, su control, su dominio. De pronto supo, con absoluta certidumbre y lleno de terror, que la mujer llevaba un demonio dentro de ella. Estaba poseída. Y, a través de su temor, volvió a sentir que surgía el ardiente desasosiego del deseo sexual.

El hombre que se sujetaba la cabeza se derrumbó y avanzó a trompicones.

—¡Estoy condenado! —aulló, con el rostro tan desfigurado y contraído como si hubiera serpientes retorciéndose bajo su piel—. ¡Me he entregado a fornicaciones! ¡Me he entregado al juego! ¡Me he entregado a la hierba! ¡Me he entregado al pecado! ¡Me he...!

Pero su voz se elevó hacia el cielo en un horrible gemido histérico e inarticulado, y volvió a apretarse la cabeza como si se tratara de un melón excesivamente maduro que pudiera estallar en cualquier momento.

Los asistentes guardaron silencio como ante una señal y se quedaron inmóviles en semieróticas posturas de éxtasis.

Sylvia Pittston extendió una mano hacia el hombre y la posó en su cabeza. Los

gemidos fueron cesando mientras los dedos de la mujer, blancos y fuertes, inmaculados y suaves, se hundían entre sus cabellos. Finalmente, alzó la vista hacia ella y la contempló con expresión inane.

—¿Quién te acompañó en el pecado? —inquirió ella. Sus ojos, tan profundos, tan suaves y tan fríos como para ahogarse en ellos, se clavaron en los del hombre.

—El... El Intruso.

—¿Y cómo se llama?

—Se llama Satán. —Un susurro crudo y supurante.

—¿Renunciarás a él? Anhelante:

—¡Sí! ¡Sí! ¡Oh, Jesús, Salvador mío!

Ella le acunó la cabeza; él la contempló con la vacua y brillante mirada del fanático.

—Si ahora entrara por esa puerta —prosiguió, blandiendo un dedo hacia las sombras del vestíbulo, hacia donde se hallaba el pistolero—, ¿renunciarías a él en su propia cara?

—¡Por el nombre de mi madre!

—¿Crees en el eterno amor de Jesús? El hombre comenzó a llorar. —¡Joder si creo...!

—Él te perdona lo que has dicho, Jonson. —Alabado sea Dios —respondió Jonson, sin dejar de llorar.

—Sé que te perdona, como sé también que expulsará de sus palacios a los impenitentes y los arrojará al lugar de ardientes tinieblas.

—¡Alabado sea Dios! —La congregación, extenuada, adoptó un tono solemne.

—Como sé también —añadió la mujer— que este Intruso, este Satán, este Señor de las Moscas y de las Serpientes será derribado y aplastado... ¿Lo aplastarás tú si lo ves, Jonson?

—¡Sí, y alabado sea Dios! —sollozó Jonson.

—¿Lo aplastaréis vosotros si lo veis, hermanos y hermanas?

—Síííí...

—Saciados.

—¿Si lo vierais mañana, pavoneándose por la calle Mayor?

—Alabado sea Dios...

El pistolero, perturbado, abandonó su lugar en la iglesia y regresó a la población. El aire transportaba un vívido olor a desierto. Ya casi había llegado la hora de ponerse en marcha. Casi.

13

De nuevo en la cama.

—No te recibirá —le advirtió Allie. Parecía atemorizada—. Nunca recibe a nadie. Solamente sale los domingos por la tarde, para matarlos de miedo a todos.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Unos doce años, más o menos. No hablemos más de ella.

—¿De dónde vino? ¿Por dónde?

—No lo sé.

—Mentira.

—¿Allie?

—¡No lo sé!

—¿Allie?

—¡Está bien! ¡Está bien! ¡Vino de los moradores! ¡Del desierto!

—Lo suponía. —Se relajó un poco—. ¿Dónde vive? La voz de la mujer se hizo más grave.

—Si te lo digo, ¿haremos el amor?

—Ya sabes cuál va a ser mi respuesta.

Ella suspiró. Fue un sonido antiguo y amarillento, como el de volver las páginas de un libro viejo. —Tiene una casa en la loma que hay detrás de la iglesia. Una choza, mejor. Es donde vivía el... el verdadero ministro, hasta que se fue. ¿Te basta con eso? ¿Estás satisfecho?

—No. Todavía no. —Se inclinó sobre ella.

14

Era el último día, y él lo sabía bien.

El firmamento tenía un desagradable color amoratado y, desde lo alto, los primeros dedos del alba lo iluminaban espectralmente. Allie iba de un lado para otro como un alma en pena, encendiendo quinqués y vigilando los buñuelos de maíz que se freían en la sartén. En cuanto le hubo dicho lo que él quería saber, el pistolero le había hecho el amor ferozmente, y ella, presintiendo la proximidad del final, había dado más de lo que nunca había dado, desesperada por la llegada de la aurora, con la infatigable energía de los dieciséis años. Pero por la mañana estaba pálida, de nuevo al borde de la menopausia.

Le sirvió el desayuno sin decir palabra. Él lo ingirió rápidamente, masticando, engullendo, acompañando cada bocado con un sorbo de café caliente.

Allie se acercó a las puertas de vaivén y se detuvo a contemplar la mañana, los batallones silenciosos de lentos nubarrones.

—Hoy tendremos tormenta de polvo.

—No me sorprende.

—¿Te sorprende algo alguna vez? —preguntó irónicamente, y se volvió a tiempo de verle recoger su sombrero.

El pistolero se lo encasquetó y pasó rozándola.

—A veces —contestó. Sólo volvería a verla una vez con vida.

15

Cuando llegó a la choza de Sylvia Pittston el viento había cesado por completo y el mundo parecía en trance de esperar. El pistolero conocía el desierto lo suficiente como para saber que cuanto más duradero fuera el murmullo, más fuerte sería el vendaval cuando finalmente se desencadenara. Una extraña luz uniforme lo envolvía todo.

En la puerta de la cabaña había clavada una gran cruz de madera, decrépita y cansada. Llamó con los nudillos y esperó. No hubo respuesta. Volvió a llamar. No hubo respuesta. Retrocedió un paso y golpeó violentamente la puerta con su bota derecha. El pequeño pestillo saltó. La puerta giró sobre sus goznes hasta chocar estrepitosamente contra una pared de tablas clavadas de cualquier modo, ahuyentando a unos ratones. Sylvia Pittston estaba sentada en la entrada, acomodada en una descomunal mecedora de madera oscura, y lo miró serenamente con sus grandes ojos oscuros. La tormentosa luz caía sobre sus mejillas en impresionantes medias tintas. Se cubría con un mantón. La mecedora rechinaba levemente.

Se estudiaron mutuamente el uno al otro durante unos momentos interminables.

—Nunca lo atraparás —dijo ella—. Andas por el camino del mal.

—Estuvo contigo —dijo el pistolero.

—Y en mi cama. Me habló en la Lengua. Me...

—Te jodió.

La mujer no se arredró.

—Andas por el camino del mal, pistolero. Te ocultas en las sombras. Anoche estuviste oculto en las sombras del santo lugar. ¿Acaso creíste que no te veía? —¿Por qué curó al mascahierba?

—Era un ángel del Señor. Así me lo dijo.

—Supongo que sonreiría al decirlo.

Ella descubrió sus dientes en un inconsciente gesto de fiera.

—Me advirtió que vendrías. Me dijo qué debía hacer. Dijo que tú eres el Anticristo. El pistolero meneó la cabeza.

—Eso no lo dijo él.

La mujer le sonrió perezosamente.

—Dijo que desearías acostarte conmigo. ¿Es eso cierto?

—Sí.

—El precio es tu vida, pistolero. Me dejó un hijo... el hijo de un ángel. Si me invades... — Dejó que una sonrisa perezosa concluyera la frase. Al mismo tiempo, movió los enormes y montañosos muslos, que se extendieron bajo su vestidura como columnas de puro mármol.

El pistolero se quedó aturdido.

Llevó las manos a las culatas de los revólveres.

—Llevas un demonio dentro, mujer. Yo puedo expulsarlo.

El efecto fue instantáneo. La mujer se aplastó contra el respaldo y por su rostro

cruzó una expresión de comadreja.

—¡No me toques! ¡No te me acerques! ¡No tocarás a la Desposada del Señor!

—¿Qué te apuestas? —replicó el pistolero, sonriente. Avanzó hacia ella.

La carne que recubría el inmenso armazón empezó a temblar. Su rostro se había convertido en una caricatura de loco terror y su mano se alzó hacia él con los dedos extendidos en el signo del Ojo.

—El desierto —dijo el pistolero—. ¿Qué hay más allá del desierto?

—¡Nunca lo atraparás! ¡Nunca! ¡Nunca! ¡Arderás! ¡Él me lo dijo!

—Lo atraparé —le aseguró el pistolero—. Ambos lo sabemos. ¿Qué hay más allá del desierto?

—¡No! —¡Contéstame! —¡No!

Avanzó un paso más, se arrodilló y aferró sus muslos. Las piernas de la mujer se apretaron como una prensa de tornillo. Comenzó a plañir de forma extraña y lasciva.

—El demonio, entonces —dijo él. —No...

La forzó a separar las piernas y sacó un revólver de su pistolera.

—¡No! ¡No! ¡No! —Expulsaba el aliento en estallidos breves y feroces.

—Contéstame.

Se meció en la silla y el suelo tembló. De sus labios brotaban oraciones y fragmentos de jerga. Empujó el cañón de la pistola hacia adelante. Más que oírlo, pudo sentir el aire que aspiraban los pulmones de la aterrorizada mujer. Las manazas le golpeaban en la cabeza; las piernas redoblaban contra el suelo. Y, al mismo tiempo, el inmenso cuerpo trataba de absorber a su invasor e invaginarlo. Desde el exterior, sólo les observaba el cielo amoratado.

Ella chilló algo agudo e inarticulado.

—¿Qué?

—¡Montañas!

—¿Qué hay con ellas?

—Él se detiene... al otro lado... ¡D-d-d-dulce Jesús...! para cobrar f-fuerzas. Me-m-meditación, ¿entiendes? Oh... Yo... Yo...

De pronto, la enorme mole de carne se proyectó hacia adelante y hacia arriba, aunque él se guardó bien de dejar que su carne secreta lo tocara.

Luego la mujer pareció marchitarse y disminuir, y sollozó con las manos sobre su regazo.

—Bien —dijo él, poniéndose en pie—. El demonio ha quedado servido, ¿eh?

—Vete. Has matado al niño. Vete. Vete.

El pistolero se detuvo en el umbral y volvió la cabeza hacia ella.

—No hay niño —observó él secamente—. No hay ángel, ni demonio.

—Déjame sola. Así lo hizo.

16

Para cuando llegó a la caballeriza de Kennerly, una peculiar oscuridad cubría el horizonte septentrional, y comprendió que era polvo. En la atmósfera de Tull flotaba una quietud mortal.

Kennerly lo esperaba en el entarimado sucio de paja que constituía el suelo de su establo.

—¿Se va? —Esbozó una sonrisa abyecta.

—Sí.

—¿Antes de la tormenta?

—Por delante de ella.

—El viento es más veloz que un hombre con una mula. En campo abierto podría matarlo.

—Quiero la mula ahora mismo —respondió simplemente el pistolero.

—Desde luego. —Pero Kennerly no hizo ademán de ir en su busca, sino que permaneció inmóvil, con una sonrisa vil y odiosa y los ojos mirando más allá del hombro del pistolero, como si estuviera pensando en añadir algo más.

El pistolero se echó a un lado y se dio la vuelta simultáneamente, y el pesado garrote que la joven Soobie sostenía rasgó el aire con un siseo, apenas rozándole el codo. La propia fuerza del golpe le hizo soltar el garrote, que cayó ruidosamente al suelo. Unas golondrinas emprendieron el vuelo en las sombrías alturas del henil. La muchacha se lo quedó mirando con aire bovino. Su descolorida camisa ponía de manifiesto la magnificencia de los senos maduros. Con lentitud de ensueño, un pulgar buscó refugio en su boca.

El pistolero se volvió hacia Kennerly, cuya sonrisa iba de oreja a oreja. Su tez era de un amarillo céreo. Tenía los ojos desorbitados.

—Yo... —comenzó, en un susurro flemoso. No pudo continuar.

—La mula —insistió suavemente el pistolero.

—Sí, sí, claro —farfulló Kennerly, yendo en busca del animal. La sonrisa tenía un tinte de incredulidad. El pistolero se movió para no perder de vista a Kennerly. El mozo de cuadra regresó con la mula y le tendió el ronzal.

—Vete a casa y cuida a tu hermana —le dijo a Soobie. Soobie ladeó la cabeza y permaneció inmóvil.

El pistolero los dejó allí, mirándose el uno al otro sobre el polvoriento suelo cubierto de excrementos, él con su enfermiza sonrisa, ella con su mudo inane desafío. En el exterior, el calor seguía golpeando como un martillo.

17

Conducía la mula por el centro de la calle, alzando salpicaduras de polvo con las botas. Los odres iban atados sobre el lomo del animal.

Se detuvo en la taberna pero Allie no estaba allí. El establecimiento estaba vacío, asegurado todo en previsión de la tormenta, pero aún sucio de la noche anterior. Allie no había empezado a limpiar, y el lugar olía tan mal como un perro mojado.

Llenó su bolsa con harina de maíz, maíz seco y tostado y la mitad de la carne picada que había en la despensa. Dejó cuatro monedas de oro apiladas sobre el mostrador. Allie seguía sin bajar. El piano de Sheb le dedicó una silenciosa despedida con su amarillenta dentadura. Salió a la calle y aseguró la bolsa sobre el lomo de la mula. Tenía un nudo en la garganta. Quizás aún le fuera posible evitar la trampa, pero las posibilidades eran mínimas. Después de todo, él era el Intruso.

Anduvo ante los cerrados y acechantes edificios, percibiendo los ojos que atisbaban por rendijas y hendeduras. El hombre de negro había jugado a ser Dios en Tull. ¿Se debía acaso a un sentido de la comicidad cósmica o solamente a la desesperación? El asunto tenía cierta importancia.

A sus espaldas sonó un aullido hostil y penetrante, y las puertas se abrieron de pronto. Surgieron figuras. La trampa estaba lista, pues. Hombres con ropa de vestir y hombres con sucios monos de trabajo. Mujeres con pantalones y con vestidos descoloridos. Incluso niños, siguiendo los pasos de sus padres. Y en cada mano había un cuchillo o una estaca de madera.

Su reacción fue instantánea, automática, innata. Giró sobre sus talones mientras ambas manos extraían los revólveres de las fundas, las cachas pesadas y seguras en sus manos. Era Allie, por supuesto, tenía que ser Allie; avanzaba hacia él con el rostro contraído, con la cicatriz en un infernal tono cerúleo bajo la luz oblicua. Vio que la llevaban como rehén; la cara torcida de Sheb asomaba sobre su hombro haciendo muecas, como el pariente de una bruja. La mujer era su escudo y su sacrificio. Lo vio todo, claro y sin sombras bajo la helada luz inmortal de aquella calma estéril, y oyó la voz de Allie:

—Me tiene cogida, oh, Jesús, no dispares, no, no, no...

Pero sus manos estaban entrenadas. Era el último de su casta, y no sólo su boca dominaba la Alta Lengua. Las pistolas descargaron en el aire una pesada música átona. La mujer entreabrió la boca, las piernas dejaron de sostenerla, y las pistolas dispararon de nuevo. La cabeza de Sheb cayó hacia atrás. Ambos se desplomaron sobre el polvo.

El aire se llenó de estacas que llovían sobre él. Se movió haciendo eses para esquivarlas. Una de ellas, con un largo clavo atravesado en la punta, le arañó el brazo e hizo brotar sangre. Un hombre con barba de varios días y manchas de sudor en las axilas se abalanzó sobre él con un mellado cuchillo de cocida en sus zarpas. El pistolero lo mató de un tiro y el hombre cayó por tierra. Los dientes se cerraron con un chasquido audible cuando su mandíbula chocó contra el suelo.

—¡SATÁN! —Empezó a gritar alguien—: ¡EL MALDITO! ¡ACABEMOS CON ÉL!

—¡EL INTRUSO! —gritó otra voz. Seguían lloviendo estacas sobre él—. ¡EL INTRUSO!

¡EL ANTICRISTO!

Se abrió paso a disparos por entre la multitud, corriendo mientras los cuerpos caían y él elegía sus blancos con terrible precisión. Dos hombres y una mujer se vinieron abajo, y huyó por la abertura que habían dejado.

Condujo a sus perseguidores a un febril desfile a lo largo de la calle, en dirección al destartalado colmado barbería que se hallaba ante la taberna. Subió a la acera, se volvió de nuevo y disparó el resto de los cartuchos contra la muchedumbre enardecida. Tras ellos, Sheb, Allie y los demás yacían en el polvo con los brazos en cruz.

La turba no vacilaba ni se arredraba en ningún momento, a pesar de que todos sus disparos habían alcanzado puntos vitales y de que, probablemente, no habían visto jamás un revólver salvo en los grabados de antiguas revistas.

Se retiró moviendo su cuerpo como un bailarín para evitar los improvisados proyectiles. Volvió a cargar las armas mientras corría, con una rapidez para la que también estaban entrenados sus dedos. Las manos se afanaban velozmente entre las cananas y los tambores. La multitud llegó a la acera y él se refugió en el colmado, cerrando la puerta a sus espaldas. El gran escaparate de la derecha saltó hecho añicos y tres hombres entraron por el hueco, con expresiones vacuamente fanáticas, y los ojos llenos de un fuego justiciero. Los mató a los tres, y a otros dos que entraron tras ellos. Cayeron en el mismo escaparate, empalándose en las astillas de vidrio y cegando la apertura.

La puerta crujía y se estremecía bajo los embates de los asaltantes, y a sus oídos llegó la voz de ella: —¡ASESINO! ¡POR VUESTRAS ALMAS! ¡LA PATA HENDIDA!

La puerta, desgoznada, cayó de plano hacia el interior con un ruido seco, como una palmada. Del suelo se alzó una nube de polvo. Hombres, mujeres y niños cargaron contra él. El aire se llenó de saliva y astillas de madera. Disparó hasta vaciar los tambores y los atacantes cayeron como bolos. Se retiró, derribó un barril de harina, lo hizo rodar hacia ellos y pasó a la barbería, arrojándoles un cazo de agua hirviendo que contenía dos melladas navajas de hoja recta. Siguieron persiguiéndole con frenética incoherencia. Sylvia Pittston seguía arengándolos desde algún lugar, y su voz ascendía y descendía en atronadoras inflexiones. Embutió nuevos cartuchos en las ardientes recámaras, olfateando los olores del afeitado y la tonsura, olfateando su propia carne al chamuscarse las callosidades de las yemas de los dedos.

Salió por la puerta posterior y se encontró en un porche. El llano chaparral quedaba ahora a su espalda, y negaba por completo el pueblo que se agazapaba sobre sus inmensos flancos. Tres hombres surgieron por detrás de la esquina, con amplias sonrisas traicioneras en sus rostros. Le vieron, vieron que él los veía, y las sonrisas se coagularon un segundo antes de que las balas los segaran. Una mujer los había

seguido, chillando. Era corpulenta y obesa, y los habituales de la taberna de Sheb la conocían como la tía Mill. El balazo del pistolero la hizo salir despedida hacia atrás y aterrizó con las piernas separadas en una actitud putesca, arremangada la falda sobre los muslos.

Él bajó los escalones y anduvo hacia el desierto diez pasos, veinte pasos, de espaldas. La puerta trasera de la barbería se abrió violentamente y el hueco se llenó de una hirviente turba. El pistolero divisó fugazmente a Sylvia Pittston. Abrió fuego. Cayeron agazapados, hacia atrás, se desplomaron sobre la barandilla y cayeron al polvo. No proyectaban sombra alguna bajo la violácea luz inmortal de aquella mañana. Fue entonces cuando él se dio cuenta de que estaba gritando. Había estado gritando desde el principio. Sentía sus ojos como agrietados cojinetes de acero. Tenía los testículos encogidos contra el vientre. Sus piernas eran de madera. Sus oídos, de hierro.

Los revólveres estaban descargados y ardían en las manos del pistolero, transfigurado en un Ojo y una Mano; y él se detuvo a gritar y recargar, ausente, con la mente en algún lugar remoto, dejando que sus manos se encargaran de la tarea. ¿Podía alzar una mano y explicarles que se había pasado veinticinco años perfeccionando este truco y otros más, hablarles de las pistolas y de la sangre con que habían sido bendecidas? No con palabras. Pero sus manos eran capaces de explicar su propio relato.

Cuando terminó de cargar se hallaba ya al alcance de sus proyectiles y un bastón que le dio en la frente hizo saltar la sangre en avaras gotas. En un par de segundos estaría al alcance de sus puños. En primera línea vio a Kennerly, a una de sus hijas, de unos once años de edad, a Soobie, a dos hombres que solían frecuentar el bar y a una habitual de la taberna llamada Amy Feldon. Les tocó a todos recibir y a los que venían detrás también. Los cuerpos cayeron derribados como si fueran espantapájaros. En todas direcciones volaban chorros de sangre y fragmentos de cerebro.

Se detuvieron por un instante, acoquinados, y el rostro de la turba se descompuso en múltiples rostros individuales, temblorosos y desconcertados. Un hombre echó a correr describiendo un gran círculo aullador. Una mujer con ampollas en las manos alzó la cabeza y cloqueó febrilmente hacia el cielo. Otro hombre, al que había visto antes gravemente sentado en los peldaños de la tienda, se ensució bruscamente en los pantalones.

Tuvo tiempo de recargar una pistola.

Y entonces vio a Sylvia Pittston correr hacia él, agitando en cada mano sendos crucifijos de madera. —¡DIABLO! ¡DIABLO! ¡DIABLO! ¡ASESINO DE NIÑOS! ¡MONSTRUO!

¡DESTRUIDLO, HERMANOS Y HERMANAS! ¡DESTRUID AL INTRUSO ASESINO DE NIÑOS!

Envió una bala a cada una de las cruces, que se convirtieron en astillas, y cuatro más a la cabeza de la mujer. Ésta pareció plegarse sobre sí misma como un acordeón, y vacilar como un vaho de calor.

Todas las cabezas se volvieron hacia ella por un instante, mientras los dedos del pistolero ejecutaban el truco de la recarga. Las yemas de sus dedos crepitaron al quemarse y quedaron señaladas con unos círculos perfectos.

Sus enemigos eran cada vez menos; había pasado por ellos como la guadaña de un segador. Supuso que tras la muerte de la mujer se desbandarían, pero alguien le arrojó un cuchillo. El mango le golpeó exactamente entre los ojos y le hizo caer por tierra. Todos corrieron hacia él como un coágulo maligno y decidido. Volvió a vaciar las recámaras, tendido sobre las vainas de los cartuchos gastados. Le dolía la cabeza y veía grandes círculos marrones ante sus ojos. Falló un tiro, derribó a once.

Pero los que quedaban en pie estaban ya sobre él. Disparó las cuatro balas que había logrado cargar antes de que se le echaran encima para pegarle y asestarle puñaladas. Consiguió desasirse de un par de ellos, que sujetaban su brazo izquierdo, y rodó por el suelo para alejarse. Sus manos comenzaron a efectuar el truco infalible. Alguien le clavó un cuchillo en el hombro. Alguien le clavó un cuchillo en la espalda. Le pegaron en las costillas. Le hundieron un puñal en las nalgas. Un chiquillo se escurrió hasta su lado y le produjo el único corte profundo, en la parte carnosa de la pantorrilla. El pistolero le voló la cabeza.

Comenzaron a dispersarse, y él siguió disparando sobre ellos. Los pocos que quedaban huyeron hacia los desvencijados edificios de color arena, mientras las manos seguían con su truco, como perros anhelantes que desean ir a recoger el bastón no una ni dos veces, sino toda la noche, y las manos los exterminaban en plena carrera. El último llegó hasta los escalones del porche trasero de la barbería, y entonces la bala del pistolero se hundió en su nuca.

De nuevo reinó el silencie llenando espacios quebrados.

El pistolero sangraba por quizá veinte heridas distintas, superficiales todas, salvo el corte en la pantorrilla. Lo vendó con una tira arrancada de la camisa y luego se irguió y examinó a las víctimas.

Estaban esparcidas formando un retorcido y zigzagueante sendero desde la puerta trasera de la barbería hasta el lugar donde se hallaba. Yacían en toda clase de posturas. Ninguno daba la impresión de estar durmiendo.

Regresó al punto de partida, contando según andaba. En el colmado yacía un hombre abrazado amorosamente en torno al agrietado bote de caramelos que había arrastrado en su caída.

Terminó donde había empezado, en mitad de la desierta calle principal. Había matado a treinta y nueve hombres, catorce mujeres y cinco niños. Había matado a todos los habitantes de Tull.

Las primeras ráfagas de viento trajeron consigo un olor dulzón y enfermizo. Lo siguió, alzó la mirada y asintió para sí. En la taberna de Sheb yacía el deteriorado cuerpo de Nort, con los miembros extendidos, crucificado con estaquillas de madera. Sobre la piel de su frente mugrienta se destacaba la huella, grande y amoratada, de una pata hendida.

Abandonó la población. La mula le esperaba entre unos matojos, a unos cuarenta metros de distancia en lo que antes había sido la ruta de las diligencias. El pistolero la

condujo de vuelta al establo de Kennerly. Fuera, el viento interpretaba una melodía dentada. Acomodó la mula y volvió a la taberna. En el cobertizo de atrás encontró una escala de mano, la apoyó en la fachada y desclavó el cuerpo de Nort. Pesaba menos que una bolsa de astillas. Lo dejó caer en el suelo, entre la gente común. Luego pasó al interior, comió hamburguesas y bebió tres cervezas mientras se debilitaba la luz y comenzaba a volar la arena. Aquella noche durmió en la cama donde había yacido con Allie. No tuvo sueños. A la mañana siguiente el viento había amainado y el sol brillaba de nuevo con su acostumbrado resplandor. El viento había arrastrado los cuerpos hacia el sur, como resecas plantas rodadoras. A media mañana, después de vendarse todas las heridas, también él se puso en movimiento.

18

El pistolero pensó que Brown se había quedado dormido. El fuego era apenas una chispa y el pájaro, Zoltan, había ocultado la cabeza bajo el ala.

Estaba a punto de levantarse y de extender un jergón en una esquina cuando Brown rompió el silencio:

—Ya está. Ya lo ha contado. ¿Se siente mejor? El pistolero se sobresaltó.

—¿Por qué habría de sentirme mal?

—Me ha dicho que era usted humano, no un demonio. ¿O acaso me mentía?

—No mentía. —A regañadientes, tuvo que admitir el hecho: Brown le gustaba. Sinceramente, era así. Y no había mentido al morador sobre ningún aspecto—. ¿Quién es usted, Brown? Realmente, , quiero decir.

—Sólo yo —respondió, imperturbable—. ¿Por qué se cree usted tan misterioso? El pistolero encendió un cigarrillo sin contestar.

—Me parece que está usted muy cerca de su hombre de negro —observó Brown —. ¿Está él desesperado?

—No lo sé.

—¿Y usted?

—Todavía no —dijo el pistolero. Luego, mirando a Brown con una pizca de desafío, añadió—: Hago lo que tengo que hacer.

—Entonces ya va bien —asintió Brown. Se dio la vuelta y se dispuso a dormir.

19

Por la mañana Brown le dio de comer y salió a despedirlo. A la luz del día era una figura sorprendente, con el pecho huesudo y atezado, las clavículas como lápices y una ensortijada mata de pelo rojo. El ave estaba posada en su hombro.

—¿Y la mula? —preguntó el pistolero. —Me la comeré —dijo Brown. —Muy bien.

Brown le tendió la mano y el pistolero se la estrechó. El morador señaló hacia el sur con la cabeza. —Vaya con calma.

—Ya lo sabe.

Se saludaron con sendas inclinaciones de cabeza y el pistolero echó a andar, festoneado con odres de agua y pistolas. Una sola vez volvió la vista atrás. Brown escarbaba furiosamente en su pequeño maizal. El cuervo permanecía sobre el bajo techo de la vivienda, como una gárgola.

20

El fuego estaba casi consumido y las estrellas comenzaban a palidecer. El viento se paseaba inquietamente. El pistolero, dormido, se revolvió y se aquietó de nuevo. Tuvo un sueño sediento. En la oscuridad era invisible la forma de las montañas. Se habían desvanecido los remordimientos. El calor del desierto los había resecado. En cambio, descubrió que sus pensamientos giraban cada vez más en torno a Cort, que le había enseñado a disparar. Cort sabía distinguir lo blanco de lo negro.

Nuevamente se agitó y abrió los ojos. Parpadeó varias veces, contemplando el fuego muerto cuya forma se superponía a la más geométrica del fuego anterior. Era un romántico, lo sabía, pero lo guardaba celosamente para sí.

Esto, desde luego, le hizo pensar otra vez en Cort. No sabía dónde se hallaba Cort. El mundo había cambiado.

El pistolero se echó la bolsa al hombro y empezó a moverse.

LA ESTACIÓN DE PASO

1

Llevaba todo el día tarareando para sí una canción infantil, una de esas exasperantes melodías que se niegan a desaparecer, que se yerguen ante el ábside de la mente consciente y le hacen muecas burlonas al ser racional que allí reside. La letra decía:

The rain in Spain falls mainly on the plain.
There is joy and also pain
but the rain in Spain falls mainly on the plain.

Pretty plain, loony-sane.
The ways of the world all will change
and all the ways remain the same
but if you're mad or only sane
the rain in Spain falls mainly on the plain.

We walk in love but fly in chains
And the planes in Spain fall mainly in the rain[1].

Sabía por qué le habían venido estos versos a la cabeza. Era aquel sueño recurrente de su habitación en un castillo y de su madre, que se la cantaba mientras él yacía solemnemente en una cama diminuta, junto al ventanal de muchos colores. No se los cantaba a la hora de acostarse, porque todos los niños nacidos para la Alta Lengua debían afrontar solos la oscuridad, sino a la hora de la siesta; el pistolero recordaba el denso resplandor gris de lluvia que titilaba en los colores del ventanal, recordaba el frescor de la habitación y la cálida pesadez de las mantas, el amor que sentía por su madre y sus rojos labios, la pegadiza melodía que acompañaba aquellas palabras sin sentido y, sobre todo, su voz.

Una vez más volvió a acosarle la insistente canción, como un calor pegajoso, y repiqueteaba en su mente mientras él seguía caminando. Se le había terminado toda el agua y sabía que, probablemente, iba a ser hombre muerto. Nunca había imaginado que las cosas llegarían a tal extremo, y lo lamentaba. Desde el mediodía se miraba los pies, más que el camino ante él. Allí, en el desierto, la hierba del diablo se veía marchita y amarillenta. La compacta corteza se había desmenuzado aquí y allí hasta convertirse en simple gravilla. Las montañas no parecían más cercanas, a pesar de que habían transcurrido ya dieciséis días desde que abandonara la choza del último colono, un joven entre chiflado y cuerdo que vivía al borde del desierto. El pistolero recordaba que era dueño de un cuervo, pero no recordaba el nombre del cuervo.

Contempló sus propios pies, que se movían arriba y abajo, sin dejar de escuchar la absurda cancioncilla que se repetía hasta convertirse en una lamentable algarabía y se preguntó cuándo caería por primera vez. No quería caer, aunque no hubiese nadie para verlo. Era una cuestión de orgullo. Un pistolero conoce el orgullo, hueso invisible que hace que la cabeza se mantenga erguida.

De pronto se detuvo y alzó la mirada, lo que provocó que la cabeza le diera vueltas, y, por un momento, tuvo la impresión de que su cuerpo flotaba. Las montañas soñaban sobre el remoto horizonte. Pero ante él se destacaba otra cosa, algo mucho más cercano. A no más de siete u ocho kilómetros, quizá. Lo miró con los párpados entornados, pero sus ojos estaban enrojecidos por la arena y el resplandor los cegaba. Meneó la cabeza y echó a andar de nuevo. La canción seguía zumbando una y otra vez. A cosa de una hora más tarde cayó al suelo y se despellejó las manos. Contempló con incredulidad las minúsculas perlas de sangre en su piel descamada. La sangre no parecía más débil; al contrario, parecía silenciosamente segura. Se le antojó casi tan pagada de sí como el desierto. Se sacudió las gotas de la mano, odiándolas ciegamente. ¿Pagada de sí? ¿Por qué no? La sangre no estaba sedienta. La sangre estaba bien servida. Se le ofrecía un sacrificio. Un sacrificio cruento. Lo único que debía hacer la sangre era correr... y correr... y correr.

Observó las salpicaduras que habían caído sobre la parrilla del suelo y vio cómo eran absorbidas a una velocidad asombrosa. ¿Qué te parece eso, sangre? ¿Cómo te sienta?

Oh, Dios, has perdido el juicio.

Se levantó y se llevó las manos al pecho; la cosa que había visto antes, prácticamente justo delante de él, le arrancó una exclamación de sorpresa, un graznido de cuervo sofocado por el polvo. Era un edificio. No, dos edificios, rodeados por una cerca caída. La madera parecía vieja y casi tan frágil como para ser obra de duendes, era madera a punto de transustanciarse en arena. Una de las construcciones era un establo, la forma era clara e inconfundible. La otra era una casa o una posada. Una estación de paso para las diligencias. La ruinosa casa de arena (pues el viento había ido incrustando granos en las paredes hasta darle el aspecto de un castillo de arena, que el sol hubiera cocido y endurecido durante la marea baja, lo suficientemente como para servir de morada temporal) proyectaba una sombra, y sobre ella había alguien sentado, apoyado contra el edificio. Y el edificio parecía inclinarse bajo la carga de su peso.

Era él, pues. Al fin. El hombre de negro.

El pistolero siguió en pie con las manos sobre el pecho, sin darse cuenta de que estaba en una postura declamatoria, y lo miró, boquiabierto. En lugar de la tremenda excitación aleteante (o, tal vez, temor, o un pasmo reverencial) que esperaba sentir no hubo nada más que oscuros y atávicos remordimientos por el odio furioso que acababa de experimentar, de repente, contra su propia sangre, y la interminable ronda de la canción infantil.

... the rain in Spain...

Avanzó hacia la casa, desenfundando una pistola. ... falls mainly in the plain...

Cubrió los últimos centenares de metros corriendo, sin tratar de ocultarse; no había nada tras lo que ocultarse. Su propia sombra menguada competía con él en la carrera. Ignoraba que el agotamiento hubiera convertido su rostro en una mascarilla mortuoria gris y sonriente, no se daba cuenta de nada, salvo de aquella figura en la sombra. No se le ocurrió hasta más tarde que la figura habría podido incluso estar muerta.

Pateó una de las tablas de la deteriorada valla (que se partió en dos sin el menor sonido, casi como disculpándose) y se abalanzó a través del deslumbrado y silencioso patio del establo, empuñando la pistola.

—¡Estás atrapado! ¡Estás atrapado! ¡Estás...!

La figura se removió inquietamente y se puso en pie. El pistolero pensó: «¡Dios mío! ¡Qué consumido está! ¿Qué le ha pasado?» Porque el hombre de negro se había encogido más de medio metro y sus cabellos se habían vuelto blancos.

Se detuvo, perplejo, con un zumbido átono en la cabeza. El corazón le palpitaba a un ritmo demencial, y pensó: «Voy a morirme aquí mismo...»

Aspiró el aire ardiente e inclinó la cabeza unos instantes. Al levantarla de nuevo vio que no era el hombre de negro, sino tan sólo un niño de cabello descolorido por el sol, que lo contemplaba con ojos que ni siquiera parecían interesados. El pistolero lo miró fijamente, con expresión vacua, y sacudió la cabeza en un gesto de rechazo. Pero el chico superó su negativa a creer en él; seguía estando ahí, enfundado en unos tejanos con un remiendo en la rodilla y una sencilla camisa de burda tela marrón.

El pistolero volvió a sacudir la cabeza y siguió avanzando hacia el establo con la frente inclinada y la pistola todavía en la mano. Aún no podía pensar. Tenía la cabeza llena de puntitos; comenzaba a incubar una terrible jaqueca palpitante.

El interior del establo era oscuro y silencioso, y estallaba de calor. El pistolero miró a su alrededor con enormes ojos incoloros, indecisamente. Giró en redondo como un beodo y en el ruinoso umbral distinguió al chico mirándolo a su vez. Un inmenso escalpelo de dolor se introdujo como una ensoñación en su cabeza, sajándola de sien a sien, dividiendo su cerebro como una naranja. Enfundó la pistola, se tambaleó, extendió las manos como para ahuyentar fantasmas y cayó de bruces.

Cuando despertó estaba tendido boca arriba y tenía un montón de heno bajo la cabeza. El chico no había podido moverlo de sitio, pero había hecho lo posible para que estuviera más cómodo, y lo había conseguido. Dirigió la vista hacia su propio cuerpo y observó que en su camisa había manchas de humedad. Se pasó la lengua por los labios y saboreó el agua. Parpadeó.

El chico estaba acuclillado junto a él. Al ver que el pistolero abría los ojos bajó una mano hacia el suelo y le tendió una lata abollada llena de agua. Él la recogió con manos temblorosas y se permitió beber un poco; sólo un poco. Cuando hubo tragado ese poco y lo sintió en el estómago, bebió un poco más. A continuación derramó el resto del agua sobre su cara y emitió unos resoplidos de sorpresa. Los labios bien dibujados del muchacho se curvaron en una grave sonrisa.

—¿Quiere comer algo?

—Todavía no —respondió el pistolero. Aún sentía el mareante dolor de cabeza de

la insolación. El agua se movía inciertamente en su estómago como si no supiera muy bien hacia dónde ir—. ¿Quién eres tú?

—Me llamo John Chambers. Puede llamarme Jake.

El pistolero se sentó en el suelo e inmediatamente las náuseas fueron más intensas. Se inclinó hacia adelante y perdió una breve lucha con su estómago.

—Hay más —dijo Jake. Cogió la lata y se dirigió al fondo del establo. A los pocos pasos se detuvo y, con incertidumbre, le devolvió la sonrisa al pistolero.

El pistolero asintió y, enseguida, agachó la cabeza y la sostuvo entre ambas manos. El chico era bien parecido y fuerte; unos nueve años de edad. Una sombra le cubría el rostro, cierto, pero, a la sazón, todos los rostros tenían sombras.

Un extraño ruido sordo comenzó a resonar desde el fondo del establo y el pistolero levantó la cabeza alarmado y se llevó las manos a las culatas. El ruido duró quizás unos quince segundos y después cesó. El chico regresó con la lata, de nuevo llena.

El pistolero volvió a beber con parsimonia, y esta vez le sentó algo mejor. El dolor de cabeza empezaba a menguar.

—No sabía qué hacer con usted cuando se cayó —comentó Jake—. Por unos instantes creí que iba a pegarme un tiro.

—Te había confundido con otra persona.

—¿Con el sacerdote?

El pistolero le dirigió una mirada penetrante.

—¿Qué sacerdote?

El chico frunció levemente el ceño.

—El sacerdote. Acampó en el patio. Yo estaba en la casa de allá. No me gustó, así que me quedé dentro. Vino al anochecer y se marchó al día siguiente. También me habría escondido de usted, pero estaba durmiendo cuando llegó. —Alzó la cabeza con aire hosco, mirando más allá del pistolero—. No me gusta la gente. Me joden.

—¿Qué aspecto tenía el sacerdote? El chico se encogió de hombros.

—Aspecto de sacerdote. Llevaba ropa negra.

—¿Una caperuza y una sotana?

—¿Qué es una sotana?

—Como una túnica. El chico asintió:

—Una túnica y una capucha.

El pistolero se inclinó hacia adelante, y el chico vio algo en su rostro que le hizo retroceder un poco.

—¿Cuánto hace?

—Yo... Yo...

—No te haré daño —le aseguró el pistolero, con paciencia.

—No lo sé. No me acuerdo del tiempo. Todos los días son lo mismo.

Por vez primera el pistolero se preguntó conscientemente cómo habría llegado el chico hasta

aquel lugar, rodeado por leguas y leguas de reseco y mortífero desierto. Pero decidió no preocuparse por eso, al menos de momento.

—Aproximadamente. ¿Hace mucho?

—No. No mucho. No llevo mucho tiempo aquí. Sintió que otra vez ardía por dentro. Cogió la lata y bebió con manos que temblaban apenas imperceptiblemente. Volvió a oír un fragmento de la canción de cuna pero, esta vez, en lugar de la cara de su madre vio la cara cortada de Allie, que había sido su mujer en el extinto pueblo de Tull.

—¿Cuánto dirías? ¿Una semana? ¿Dos? ¿Tres? El chico lo miró con aire abstraído.

—Sí.

—Sí, ¿qué?

—Una semana. O dos. No salí. Él ni siquiera bebía. Pensé que quizá fuese el fantasma de un sacerdote. Tenía miedo. He tenido miedo casi todo el tiempo. —Su rostro vibró como un cristal al borde del agudo definitivo y destructor—. Ni siquiera encendió fuego. Lo único que hizo fue sentarse en el patio. Ni siquiera sé si durmió.

¡Cerca! Nunca había estado tan cerca de él. A pesar de la fuerte deshidratación, se le humedecieron las manos y se le pusieron grasientas.

—Hay un poco de carne seca —señaló el chico. —Está bien —asintió el pistolero —. Ahora ya sí.

El chico se levantó para ir a buscarla, y sus rodillas crujieron ligeramente. Erguido, presentaba una hermosa figura. El desierto aún no lo había debilitado. Tenía los brazos delgados pero la piel, aunque bronceada, no estaba seca ni arrugada. Tiene jugo, pensó el pistolero. Bebió otro sorbo de la lata. Tiene jugo, y no es de este lugar.

Jake regresó con un buen pedazo de cecina sobre lo que parecía un cesto para el pan estropajoso por el sol. La carne era dura, correosa y lo bastante salada como para hacer que al pistolero le ardiera el llagado interior de la boca. Comió y bebió hasta sentirse ahíto, y volvió a sosegarse. El chico apenas tomó unos bocados.

El pistolero lo contemplaba fijamente y el chico le devolvía la mirada.

—¿De dónde vienes, Jake? —inquirió al fin.

—No lo sé. —El chico frunció las cejas—. Lo sabía. Cuando llegué aquí lo sabía, pero ahora se ha vuelto todo borroso, como una pesadilla al despertarte. Tengo muchas pesadillas.

—¿Te trajo alguien?

—No —contestó el chico—. Me encontré aquí.

—Lo que dices no tiene sentido —dijo llanamente el pistolero. De pronto, el chico pareció a punto de echarse a llorar.

—No puedo evitarlo. Me encontré aquí. Y ahora usted se irá y me moriré de hambre porque se me lo ha comido casi todo. Yo no pedí venir aquí. No me gusta. Me da miedo.

—No te tengas tanta lástima. Confórmate.

—Yo no pedí venir aquí —repitió con un desconcierto desafiante.

El pistolero se llevó a la boca otro pedazo de carne, masticándolo hasta disolver toda la sal antes de engullirlo. El chico se había convertido en parte del asunto, y el pistolero estaba convencido de que decía la verdad: no le) había pedido. Mala suerte.

En cuanto a él... Él sí que lo había pedido. Pero no había pedido que el juego resultara tan sucio. No pidió tener ocasión de apuntar sus revólveres contra el populacho desarmado de Tull; no pidió disparar contra Allie y su rostro, marcado por aquella extraña y brillante cicatriz; no pidió tener que elegir entre la obsesión por el cumplimiento del deber y la amoralidad criminal. Desesperado, el hombre de negro había comenzado a mover los hilos de una manera indigna, si en verdad era el hombre de negro quien movía los hilos en este caso concreto. No era justo implicar a inocentes desconocidos y hacerles pronunciar frases que no comprendían, sobre un escenario extraño. Por lo menos, pensó, Allie había vivido algo, aunque fuera ilusoriamente. Pero este chico... este maldito chico...

—Cuéntame lo que recuerdes —le pidió.

—Es muy poco. Y ya no parece tener ningún sentido.

—Cuéntamelo. Quizá yo pueda encontrar el sentido.

—Había un lugar... el que había antes de éste. Un sitio alto, con muchas habitaciones y un patio desde el que se veían edificios enormes y agua. En medio del agua había una estatua.

—¿Una estatua en el agua?

—Sí. Una dama con una corona y una antorcha.

—¿No estarás inventándote todo esto?

—Puede ser —admitió el chico, desesperanzado—. Había cosas para viajar por las calles, cosas grandes y cosas pequeñas. Cosas amarillas. De las amarillas había muchas. Yo iba andando hacia la escuela. Había caminos de cemento junto a las calles. Escaparates para mirar, con estatuas vestidas de ropa. Las estatuas vendían la ropa. Ya sé que parece una locura, pero las estatuas vendían la ropa.

El pistolero meneó la cabeza y examinó el rostro del chico para descubrir sus mentiras. No las había.

—Yo iba andando hacia la escuela —repitió el chico con insistencia—. Y tenía una... —cerró los párpados y los labios se movieron dubitativamente—. Una... cartera... marrón. Llevaba el almuerzo. Y tenía... —Nuevamente la duda, una duda agónica—. Tenía una corbata.

—¿Una qué?

—No lo sé. —Los dedos del chico ejecutaron un lento ademán inconsciente ante su cuello, un ademán que el pistolero relacionó con un ahorcamiento—. No sé. Se ha perdido todo. —Desvió la mirada.

—¿Me dejas que te haga dormir? —preguntó el pistolero.

—No tengo sueño.

—Puedo hacer que tengas sueño, y puedo hacer que te acuerdes. Jake, dudoso, quiso saber: —¿Cómo lo haría? —Con esto.

El pistolero extrajo uno de los cartuchos de su canana y le dio vueltas entre los dedos. Era un movimiento diestro, tan fluido como el aceite. El cartucho rodó sin esfuerzo entre el pulgar y el índice, el índice y el medio, el medio y el anular, el anular y el meñique. Se perdió de vista y reapareció; casi como si flotara empezó a viajar en sentido contrario. El cartucho se paseaba entre los dedos del pistolero. Los

mismos dedos se movían como una cortina de cuentas bajo la brisa. El chico miraba, sustituida su duda inicial por un evidente deleite, más tarde por una especie de trance, y luego por una naciente vacuidad muda. Cerró los ojos. El cartucho siguió danzando de un lado a otro. Jake volvió a abrir los ojos, contempló un rato más la danza límpida y regular por entre los dedos del pistolero, y cerró los ojos de nuevo. El pistolero continuó, pero los ojos de Jake ya no volvieron a abrirse. El muchacho respiraba pausadamente, con calma bovina. ¿También aquello era parte del juego?

Sí. Había una cierta belleza, una cierta lógica, como las filigranas que suelen festonear las banquisas de duro hielo azul. Le pareció escuchar un tintineo de campanillas agitadas por el viento.

No era la primera vez que el pistolero percibía el amargo sabor rasposo de las náuseas del alma. De pronto, el cartucho que sostenía entre los dedos y manipulaba con tal gracia inaudita se le antojó vivo, horripilante como la huella de un monstruo. Lo recogió en la palma y se forzó dolorosamente a cerrar. En el mundo existían cosas como la violación. Violación y asesinato y prácticas inconfesables, y todo era en nombre del bien, el maldito bien, en nombre del mito, del grial, de la Torre. Ah, en algún lugar la Torre y sus negros muros se alzaban hacia el firmamento, y el pistolero, con sus oídos purgados por el desierto, oía un dulce tintineo de campanillas.

—¿Dónde estás? —preguntó.

Jake Chambers baja las escaleras con una cartera. Hay un libro de Ciencias Naturales, hay una Geografía Económica, hay una libreta, un lápiz, un almuerzo que la cocinera de su madre, la señora Greta Shaw, le ha preparado en la cocina de cromados y Jormica donde un extractor murmura eternamente y absorbe olores extraños. En la bolsa del almuerzo lleva un bocadillo de jalea con manteca de maní, un bocadillo de salchicha con cebolla y lechuga, y cuatro galletitas Oreo. Sus padres no lo detestan, pero parece que lo tienen bastante olvidado. Han abdicado y lo han puesto al cuidado de la señora Greta Shaw, de institutrices, de un tutor durante el verano y de la Escuela (que es Privada y Buena, y, sobre todo, Blanca) durante el resto del año. Ninguna de estas personas ha pretendido ser jamás nada que no sean: profesionales, los mejores en sus respectivos campos. Ninguna lo ha acogido en su cálido seno, como suele ocurrir en las novelas históricas que lee la madre, y que Jake a veces hojea, buscando los trozos «verdes». Novelas histéricas, las llama su padre a veces. Mira quién habla, dice su madre con infinito desdén tras una puerta cerrada ante la que Jake está escuchando. Su padre trabaja para la Red, y... probablemente... Jake podría reconocerlo en una rueda de identificación.

Jake ignora que odia a todos los profesionales, pero así es. La gente siempre lo ha desconcertado. Le gustan las escaleras y no quiere utilizar el ascensor del edificio. Su madre, delgaducha pero sexy, se acuesta a menudo con amigos enfermizos.

Ahora está en la calle, Jake Chambers está en la calle, ha salido ya al camino. Es pulcro y bien educado, apuesto, sensible. No tiene amigos, sólo conocidos. No se ha parado nunca a pensar en ello pero le duele. No sabe ni comprende que su larga relación con profesionales le ha hecho adoptar muchos de sus rasgos. La señora Greta

Shaw prepara unos bocadillos muy profesionales. Los corta en diagonal y les quita la corteza, de manera que cuando él se los come a la hora del descanso da la impresión de hallarse en una fiesta con una copa en la otra mano, en vez de una novela deportiva de la biblioteca escolar. Su padre gana mucho dinero porque es un maestro en el arte de eliminar competidores; es decir, que sabe programar en su Red un espectáculo más fuerte que el programado por la Red rival. Su padre fuma cuatro paquetes de cigarrillos al día. Su padre no tose pero exhibe una dura sonrisa, como los cuchillos de carne que venden en los supermercados.

Calle abajo. Su madre le deja dinero para el taxi, pero siempre que no llueve él prefiere ir andando, balanceando la cartera; es un niño muy norteamericano, con pelo rubio y ojos azules. Las chicas ya han empezado a fijarse en él (su madre lo aprueba), y él no las esquiva con espantadiza arrogancia infantil. Les habla con inconsciente profesionalidad y las deja desconcertadas. Le gusta la geografía y jugar a bolos por la tarde. Su padre posee acciones de una empresa que fabrica máquinas para enderezar automáticamente los bolos, pero la bolera que Jake suele frecuentar no utiliza la marca de su padre. Jake cree que no ha pensado en ello, pero lo ha hecho.

Caminando calle abajo pasa por la tienda de modas Brendio, donde algunos maniquís llevan abrigos de pieles o trajes eduardianos de seis botones, y algunos nada en absoluto; algunos están «desnudos». Estos modelos —estos maniquís— son perfectamente profesionales, y él odia todo profesionalismo. Todavía es demasiado joven para haber aprendido a odiarse a sí mismo pero en él ya está la semilla, plantada en la amarga hendidura de su corazón.

Llega a la esquina y se detiene con la cartera a su lado. La corriente del tráfico ruge ante él: chirriantes autobuses, taxis, Volkswagens, un camión grande. No es más que un niño, pero nada corriente, y por el rabillo del ojo alcanza a ver al hombre que lo mata. Es el hombre de negro, y no distingue la cara, sino solamente la ondulante túnica, las manos extendidas. Cae a la calzada con los brazos abiertos, sin soltar la cartera que contiene el almuerzo sumamente profesional de la señora Greta Shaw. Una fugaz mirada a través del parabrisas polarizado le muestra el rostro horrorizado de un hombre de negocios con sombrero azul oscuro en cuya cinta destaca una pequeña y vistosa pluma. Una anciana chilla en la acera de enfrente; va tocada con un sombrero negro con redecilla. No hay nada de vistoso en esa redecilla negra, es como un velo de luto. Lo único que hace Jake es sorprenderse, aparte de seguir teniendo la misma sensación de desconcierto precipitado de siempre.

¿Así es cómo acaba todo? Va a caer en mitad de la calle y contempla una grieta tapada con asfalto, a unos cinco centímetros de sus ojos. Su mano ha soltado la cartera. Está preguntándose si se habrá despellejado las rodillas cuando el automóvil del hombre de negocios con el sombrero azul y la pluma vistosa le pasa por encima. Es un gran Cadillac azul de 1976, con neumáticos de dieciséis pulgadas. Es casi exactamente del mismo color que el sombrero del conductor. El coche le quiebra la espalda a Jake, le aplasta el estomago y le hace brotar por la boca un chorro de sangre a presión. El chico vuelve la cabeza y ve las luces de freno del Cadillac y el humo que despiden las ruedas traseras, ahora bloqueadas. El automóvil ha pasado también

sobre la cartera y ha dejado sobre ella una extensa huella negra. Vuelve la cabeza hacia el otro lado y ve un Ford grande de color amarillo que se detiene a escasos centímetros de su cuerpo con un chirrido de frenos. Un tipo negro que empujaba un carrito para la venta ambulante de dulces y refrescos corre hacia él. Por la nariz, los oídos, los ojos y el recto de Jake fluye sangre. Tiene los genitales destrozados. Con cierta irritación, se pregunta si se habrá despellejado mucho las rodillas. El hombre del Cadillac corre hacia él, balbuceando. En algún lugar, una voz terrible y serena, la voz de la fatalidad, dice: «Soy un sacerdote. Déjenme pasar. El acto de contrición...» Vela túnica negra y experimenta un súbito horror. Es él, el hombre de negro. Con sus últimas fuerzas consigue apartar la cara. En algún lugar, se oye por la radio una canción del grupo de rock Kiss. Ve su propia mano que se arrastra sobre el asfalto, pequeña, blanca, bien formada. Nunca se ha mordido las uñas.

Jake muere mirándose la mano.

El pistolero permaneció sentado en absorta reflexión. Estaba cansado y le dolía todo el cuerpo, y los pensamientos le llegaban con lentitud exasperante. Frente a él, el sorprendente muchachito dormía con las manos cruzadas sobre el regazo y seguía respirando pausadamente. Había narrado su historia sin grandes muestras de emoción, si bien hacia el final le había temblado la voz, al llegar a la parte del «sacerdote» y al «acto de contrición». Naturalmente, no le había hablado al pistolero acerca de su familia y de su perpleja sensación de dicotomía, pero eso se había filtrado entre lo demás; por lo menos, se había filtrado lo suficiente como para reconocer su presencia. El hecho de que nunca hubiera existido una ciudad como la descrita por el chico (o, en todo caso, que sólo hubiese podido existir en el mito de la prehistoria) no era la parte más inquietante de la narración, pero resultaba perturbador. Todo era perturbador. El pistolero temía las posibles implicaciones.

—¿Jake?

—¿Ehh?

—¿Quieres acordarte de todo esto cuando despiertes o prefieres olvidarlo?

—Olvidarlo —respondió el chico de inmediato—. Me salía sangre.

—De acuerdo. Ahora vas a dormirte, ¿entendido? Adelante, échate.

Jake se tendió, pequeño, pacífico, inofensivo. El pistolero no creía que fuese inofensivo. De él emanaba una sensación letal, y el hedor de la predestinación. Al pistolero no le gustaba esta sensación, pero le gustaba el chico. Le gustaba mucho.

— ¿Jake?

—Shhh. Quiero dormir.

—Sí. Y cuando despiertes no recordarás nada de esto.

—Bien.

El pistolero lo contempló brevemente y pensó en su propia niñez; por lo general, le parecía como vivida por otra persona —una persona que hubiera saltado a través de una membrana osmótica para convertirse en alguien distinto—, pero en aquellos momentos se le antojaba dolorosamente próxima. En el establo de la estación de paso hacía mucho calor, y bebió cautelosamente un poco más de agua. Se levantó, anduvo hacia el fondo del edificio y se detuvo a mirar en uno de los pesebres para las

caballerías. En un rincón había un pequeño montón de heno blanco y una manta doblada pulcramente, pero no olía a caballo. En aquel establo no olía a nada. El sol había consumido todos los olores sin dejar nada tras de sí. El aire era absolutamente neutro.

Al fondo del establo había un cuartito oscuro con una máquina de acero inoxidable en el centro, indemne al orín y a la podredumbre. Tenía todo el aspecto de una mantequera. A su izquierda sobresalía un tubo niquelado que terminaba justo encima de un sumidero en el suelo. El pistolero había visto bombas parecidas en otros lugares secos, pero nunca una tan grande. Era incapaz de imaginar a qué profundidad debieron de perforar hasta llegar al agua, eternamente sucia y oculta bajo la superficie del desierto.

¿Por qué no habían desmontado la bomba cuando abandonaron la estación de paso? Tal vez fueron los demonios.

Se estremeció súbitamente, con una brusca contracción de la espalda. Por unos instantes se le puso la carne de gallina. Se acercó a los mandos y pulsó el botón de puesta en marcha. La máquina comenzó a zumbar. Al cabo de quizá medio minuto, un chorro de agua clara y fresca brotó del tubo y se escurrió por el sumidero, para ser aspirada de nuevo. Manaron tal vez unos quince litros antes de que la bomba se desconectara por sí sola con un «clic» final. Era un objeto tan ajeno a aquel tiempo y lugar como el verdadero amor, pero tan concreto como el Juicio, recuerdo mudo de una época en la que el mundo aún no se había movido. Probablemente funcionaba con una pila atómica, pues no había electricidad en mil kilómetros a la redonda y unas pilas secas se habrían descargado mucho antes. Al pistolero no le gustó.

Volvió a sentarse junto al chico, que ahora apoyaba el rostro en una mano. Un chico simpático. El pistolero bebió algo más de agua y cruzó las piernas, sentándose a la manera india. El chico, al igual que aquel morador del borde del desierto dueño de un pájaro (Zoltan, recordó abruptamente el pistolero, el cuervo se llamaba Zoltan), había perdido el sentido del tiempo, pero parecía incuestionable el hecho de que se hallaba cada vez más cerca del hombre de negro. El pistolero se preguntaba, y no por primera vez, si quizás el hombre de negro le permitía ganar terreno deliberadamente, por alguna razón. Acaso el pistolero estuviera siguiendo su juego. Trató de imaginar cómo sería la confrontación, pero no lo consiguió.

Hacía mucho calor, pero ya no se sentía mareado. La canción infantil le vino de nuevo a la imaginación, pero esta vez no le recordó a su madre, sino a Cort; Cort, con el rostro cosido por las cicatrices de pedradas, balazos y golpes de instrumentos contundentes. Las cicatrices de la guerra. Se preguntó si Cort habría tenido alguna vez un amor equiparable a aquellas monumentales cicatrices. Lo dudaba. Pensó en Aileen, y también en Marten, hechicero incompleto.

El pistolero no era hombre que se regodeara rememorando el pasado; tan sólo un impreciso concepto del futuro y de su propia constitución emocional evitaban que fuera un individuo sin imaginación, un lerdo. Por consiguiente, el curso de sus pensamientos en aquellos momentos no dejaba de resultarle un tanto sorprendente. Cada nombre que le venía a la mente conjuraba otros: Cuthbert, Paul, el anciano

Jonas y Susan, la encantadora muchacha de la ventana.

El pianista de Tull (también muerto; todos habían muerto en Tull, y por su mano) gustaba de las viejas melodías, y el pistolero comenzó a canturrear una en voz baja:

Amor, oh amor, oh descuidado amor. Mira lo que el descuidado amor ha hecho.

El pistolero se rió, divertido. Soy el último de aquel mundo verde y de cálidos matices. Y, a pesar de toda su nostalgia, no se compadecía de sí mismo. El mundo había cambiado despiadadamente pero sus piernas eran todavía fuertes. Y el hombre de negro estaba cada vez más cerca. El pistolero se echó una cabezada.

Ya casi había oscurecido cuando se despertó, y el chico no estaba allí.

El pistolero se incorporó y oyó crujir sus articulaciones, y se dirigió a la puerta del establo. En la penumbra del porche de la posada danzaba una pequeña llama. Anduvo hacia ella arrastrando su sombra, larga y negra bajo la luz ocre del crepúsculo.

Jake estaba sentado junto a un quinqué.

—El queroseno estaba en un bidón —explicó—, pero no me he atrevido a encenderlo dentro de la casa. Está todo tan seco...

—Has hecho muy bien.

El pistolero tomó asiento a su lado. Sus posaderas levantaron una nube de polvo de muchos años, a la que no prestó ninguna atención. La llamita del quinqué sombreaba el rostro del chico con tonalidades delicadas. El pistolero sacó la petaca y lió un cigarrillo. —Tenemos que hablar — declaró.

Jake asintió.

—Supongo que ya has comprendido que estoy persiguiendo al hombre que viste aquí.

—¿Va a matarlo?

—No lo sé. Va a tener que explicarme algo. Quizá tenga que obligarlo a que me lleve a cierto lugar.

—¿A qué lugar?

—A una torre —respondió el pistolero.

Sostuvo la punta del cigarrillo sobre el tubo del quinqué y aspiró; el humo se dispersó en la naciente brisa nocturna. Jake lo contempló. Su rostro no reflejaba miedo ni curiosidad, ni, desde luego, entusiasmo alguno.

—Mañana seguiré mi camino —prosiguió el pistolero—. Tendrás que venir conmigo.

¿Cuánta carne de ésa queda todavía?

—Sólo un puñado

—¿Y maíz?

—Un poco.

El pistolero asintió.

—¿Sabes si hay algún sótano?

—Sí. —Jake lo miró. Sus pupilas se habían dilatado hasta parecer inmensas y frágiles—. Hay que tirar de una anilla en el suelo, pero no he bajado nunca. Tenía miedo de que la escala se rompiera y no pudiera volver a subir. Y huele muy mal. Es

el único sitio de por aquí que tiene algún olor.

—Nos levantaremos temprano y veremos si hay algo que valga la pena llevarse. Y luego nos esfumaremos.

—Muy bien. —El chico hizo una pausa y añadió—: Me alegro de no haberlo matado mientras dormía. Tenía una horca, y pensé en hacerlo. Pero no lo hice, y ahora ya no me dará miedo irme a dormir.

—¿De qué tenías miedo?

—De los fantasmas. De que él volviera.

—El hombre de negro —dijo el pistolero. No era una pregunta.

—Sí. ¿Es malo?

—Depende de cómo lo mires —contestó el pistolero con aire ausente. Se levantó y arrojó la colilla hacia el desierto—. Me voy a dormir.

El muchacho lo miró con timidez.

—¿Puedo dormir en el establo con usted?

—Claro.

El pistolero se detuvo en los escalones y alzó la vista, y el chico fue con él. Allá estaban la estrella Polar y Marte. El pistolero tuvo la sensación de que, si cerraba los ojos, podría oír el croar de las primeras ranas de la primavera, oler el verde y casi estival aroma del césped de los patios tras la primera siega (y oír tal vez el indolente chasquido de las bolsas de croquet cuando las damas del Ala Este, ataviadas únicamente con un camisón, jugaban un partido en el atardecer que se deslizaba apaciblemente hacia la oscuridad). Casi podía ver a Aileen surgiendo por una abertura entre los setos...

Pensar tanto en el pasado no era propio de él. Se dio la vuelta y recogió el quinqué. — Vámonos a dormir —ordenó.

Marcharon juntos hacia el establo.

A la mañana siguiente exploró el sótano.

Jake estaba en lo cierto: era un lugar maloliente. Desprendía un hedor húmedo y cenagoso que al pistolero, acostumbrado como estaba al antiséptico aire del desierto y el establo, le hizo sentir náuseas. Olía a coles, a nabos y a patatas con ojos rasgados y ciegos, consumidos por una eterna podredumbre. La escala, empero, parecía bastante sólida, y comenzó a descender.

El suelo era de tierra, y con la cabeza casi rozaba las vigas del techo. Allí abajo aún vivían arañas, arañas desagradablemente grandes, de cuerpo gris y moteado. Muchas de ellas habían sufrido mutaciones. Algunas tenían ojos en el extremo de las largas antenas y otras, hasta dieciséis patas, o incluso más.

El pistolero miró a su alrededor esperando que sus ojos se adaptaran a la penumbra.

—¿Está bien? —le gritó Jake, nervioso.

—Sí. —Enfocó la vista hacia un rincón—. Hay latas. Espera. Avanzó cautelosamente hacia el rincón, agachando la cabeza.

Había una caja muy vieja con un lado desprendido. Las latas contenían verduras; judías verdes, alubias... y tres latas de carne en conserva.

Cargó con todas las que pudo y regresó hacia la escala. Trepó hasta la mitad y se las entregó a

Jake, que se arrodilló para recogerlas. Acto seguido, volvió a por más.

Fue en el tercer viaje cuando oyó un gruñido quejumbroso que surgía de los cimientos.

Se giró, miró y se sintió invadido por una especie de terror distraído, una sensación lánguida y, al mismo tiempo, repelente, como la de hacer el amor bajo el agua, ahogándose el uno dentro del otro.

Gruesos bloques de arenisca constituían los cimientos y, sin duda, habían estado regularmente dispuestos cuando la estación de paso era nueva pero, a la sazón, componían todo tipo de ángulos zigzagueantes y temblorosos, haciendo que la pared pareciese cubierta de extraños jeroglíficos ondulantes. Por la juntura de dos de aquellas recónditas grietas fluía un chorro de arena, como si desde el otro lado alguna cosa con una baboseante y agónica intensidad, estuviera excavando una salida.

El plañido subía y bajaba de tono y se volvía cada vez más fuerte hasta llenar todo el sótano con sus ecos; un sonido abstracto de lacerante dolor y terrible esfuerzo.

—¡Suba! —chilló Jake—. ¡Oh, Dios! Señor, ¡suba enseguida!

—Vete —dijo el pistolero serenamente.

—¡Suba! —aulló de nuevo Jake.

El pistolero no contestó. Su mano derecha desenfundó una de las armas.

Para entonces se había formado ya un agujero en la pared, un agujero del tamaño de una moneda. A través del telón de su propio terror oyó el rumor de las pisadas de Jake, que huía a la carrera. El chorro de arena se detuvo. El gemido cesó y fue sustituido por el ruido de una respiración rítmica y fatigosa.

—¿Quién eres? —preguntó el pistolero. No hubo respuesta.

Y en la Alta Lengua, con la voz imbuida del viejo trueno de la autoridad, Rolando volvió a preguntar:

—¿Quién eres, demonio? Habla si quieres. Mi tiempo es breve; mis manos pierden la paciencia.

—Despacio —respondió una voz grumosa y arrastrada desde el interior de la pared. El pistolero sintió que su terror de pesadilla se hacía más profundo y casi sólido. Era la voz de Alice, la mujer con la que había vivido en el pueblo de Tull. Pero Alice estaba muerta; él mismo la había visto caer con un agujero de bala entre los ojos. Honduras insondables parecieron nadar ante sus ojos, descendiendo vertiginosamente—. Pasa despacio por los Drawers, pistolero. Mientras tú viajas con el chico, el hombre de negro viaja con tu alma en el bolsillo.

—¿Qué quieres decir? ¡Habla! Pero la respiración había cesado.

El pistolero permaneció unos instantes paralizado hasta que, de pronto, una de las enormes arañas le cayó sobre el brazo y trepó frenéticamente hacia su hombro. Se la sacudió de encima con un gruñido involuntario y se puso en movimiento. No hubiera querido hacerlo, pero la costumbre era estricta e inviolable. Los muertos entre los muertos, como decía el antiguo proverbio; solamente un cadáver puede hablar. Se acercó al agujero y lo golpeó con el puño. La arenisca se deshizo fácilmente en los

bordes, y, tensando apenas los músculos, el pistolero pudo introducir la mano a través de la pared. Tocó algo sólido, algo con protuberancias irregulares y desgastadas. Lo sacó. Era una quijada, corroída en un extremo. Tenía los dientes torcidos.

—Muy bien —dijo en voz baja. Se embutió bruscamente el hueso en el bolsillo de atrás y regresó hacia la escala, transportando con dificultad las últimas latas. Al salir dejó la trampilla abierta; así entraría la luz del sol y mataría las arañas.

Jake estaba en medio del patio del establo, encogido de miedo sobre el agrietado suelo pedregoso. Al ver al pistolero soltó un grito, retrocedió uno o dos pasos y, enseguida, echó a correr hacia él, sollozando.

—Creí que lo había atrapado, que lo había atrapado, creí...

—No lo ha hecho.

Atrajo al chico hacia sí, y sintió en el pecho el cálido contacto de su cara, y, en las costillas, el de sus manos secas. Más tarde pensó que fue entonces cuando empezó a querer al chico; cosa, por supuesto, que el hombre de negro debía de tener prevista desde un principio.

—¿Era un demonio? —Su voz sonó ahogada.

—Sí. Un demonio parlante. Ya no hemos de volver allí nunca más. Vamos.

Entraron en el establo y el pistolero se hizo una bolsa improvisada con la manta bajo la que había dormido. La manta le daba calor y le picaba, pero no había otra cosa. Una vez acabó fue a la bomba a llenar los odres.

—Coge uno de los odres —dijo el pistolero—. Cárgatelo sobre los hombros, como un fakir lleva su serpiente. ¿Ves?

—Sí. —El chico lo miró con cara de adoración y levantó uno de los pellejos.

—¿Pesa demasiado?

—No. Está bien.

—Dime la verdad ahora. Si te da una insolación, no podré cargar contigo.

—No me dará una insolación. Estaré bien. El pistolero asintió.

—Vamos hacia las montañas, ¿verdad?

—Sí.

Se enfrentaron de nuevo con aquel sol aplastante. Jake, cuya cabeza llegaba justo a la altura de los codos del pistolero, iba a la derecha y algo adelantado, con las correas de cuero crudo de los extremos del odre colgando casi hasta las espinillas. El pistolero se había cruzado otros dos pellejos sobre los hombros; llevaba el hato de comida bajo la axila izquierda y lo sujetaba contra el cuerpo con el brazo.

Cruzaron el portón opuesto de la estación de paso y encontraron otra vez los surcos borrosos de la ruta de las diligencias. Llevaban unos quince minutos caminando cuando Jake volvió la cabeza y agitó la mano hacia los dos edificios, que parecían acurrucarse en la titánica inmensidad del desierto.

—¡Adiós! —gritó Jake—. ¡Adiós!

Siguieron andando. La ruta de las diligencias superó un repecho de arena petrificada y, cuando el pistolero volvió la vista atrás, la estación de paso había desaparecido. Una vez más, lo único que existía era el desierto. Hacía ya tres días que habían salido de la estación de paso y las montañas parecían engañosamente

cercanas. Podían ver la extensión del desierto hasta el pie de las colinas, las primeras laderas peladas, el lecho de roca que perforaba la piel de la tierra en hosco triunfalismo erosionado. Más arriba, la tierra volvía a ser casi horizontal por un breve trecho y, por primera vez en meses o años, el pistolero pudo divisar algo verde; era un verde vivo y auténtico. Hierba y abetos enanos, quizás incluso sauces, alimentados por un arroyo de nieve que fluía desde lo más alto. Más allá, la roca se enseñoreaba de nuevo, alzándose con esplendor ciclópeo y caótico hacia las deslumbrantes cumbres nevadas. A la izquierda, una enorme quebrada mostraba el camino hacia lejanos oteros, mesetas y precipicios, no tan grandes y de piedra arenisca erosionada. La garganta quedaba eclipsada casi permanentemente por una membrana gris de chubascos. Por la noche, Jake, escasos minutos antes de que el sueño lo venciera, contemplaba fascinado el esgrima brillante de los lejanos relámpagos, blancos y violáceos, en la sobrecogedora limpidez del aire nocturno.

El chico se portaba bien. Era duro y, además, daba la impresión de combatir la fatiga con una tranquila y profesional reserva de voluntad que el pistolero sabía apreciar plenamente. No hablaba mucho y no hacía preguntas, ni siquiera acerca de la quijada, que el pistolero volteaba una y otra vez entre las manos mientras fumaba su cigarrillo vespertino. Tenía la sensación de que el chico se sentía muy halagado —quizás incluso exaltado— en su compañía, y aquello le inquietaba. Alguien había interpuesto al chico en su camino.

—Mientras tú viajas con el chico, el hombre de negro viaja con tu alma en el bolsillo—. Y el que Jake no entorpeciera el avance solamente servía para abrir paso a otras posibilidades más siniestras.

A intervalos regulares seguían encontrando las huellas simétricas de las hogueras del hombre de negro, y al pistolero le parecía que estas marcas estaban mucho más frescas que antes. La tercera noche el pistolero tuvo la certeza de ver la chispa lejana de otra fogata en algún punto de los primeros contrafuertes.

Casi a las dos de la tarde del cuarto día desde su salida de la estación de paso, Jake se tambaleó y estuvo a punto de caer.

—Ven aquí y siéntate —dijo el pistolero.

—No, estoy bien.

—Siéntate.

El chico se sentó, obediente. El pistolero se puso en cuclillas a su lado, de modo que Jake quedara a la sombra.

—Bebe.

—No toca beber hasta...

—Bebe.

El chico bebió tres sorbos. El pistolero humedeció un extremo de la manta, ya un tanto desteñida, y pasó el tejido mojado sobre la frente y las muñecas del chico, resecas por la fiebre.

—A partir de ahora todos los días a esta hora nos tomaremos un descanso. Quince minutos.

¿Quieres dormir?

—No. —El chico lo contempló con expresión avergonzada.

El pistolero le devolvió la mirada sin inmutarse y, con aire abstraído, extrajo uno de los cartuchos de su cinturón y comenzó a darle vueltas entre los dedos. El chico lo miraba fascinado.

—Muy hábil —comentó. El pistolero asintió.

—Y tanto. —Hizo una pausa—. Cuando yo tenía tu edad, vivía en una ciudad amurallada.

¿Te lo había dicho ya?

El chico negó con la cabeza, soñoliento.

—Pues así era. Y había un hombre malvado...

—¿El sacerdote?

—No —contestó el pistolero—, pero ahora creo que ambos tenían alguna relación. Hasta es posible que fueran hermanastros. Marten era un mago... como Merlín. ¿Te hablaron alguna vez de Merlín allí donde vivías, Jake?

—Merlín y Arturo y los caballeros de la Tabla Redonda —dijo Jake, como en sueños. El pistolero sintió que una sacudida le recorría el cuerpo.

—Sí —prosiguió—. Entonces yo era muy joven... Pero el chico, todavía sentado y con las manos pulcramente dobladas sobre su regazo, ya se había dormido.

—Cuando haga chascar los dedos, despertarás. Te sentirás fresco y descansado.

¿Me has entendido?

—Sí.

—Pues ahora échate.

El pistolero sacó la bolsita con papel y tabaco y lió un cigarrillo. Le faltaba algo. Lo buscó, a su manera diligente y minuciosa, y no tardó en encontrarlo. Lo que faltaba era aquella exasperante sensación de prisa, el temor a quedarse atrás en cualquier momento, a que el rastro se desvaneciera y sólo le restara un trozo de hilo roto en las manos. Todo eso había desaparecido y, poco a poco, el pistolero iba sintiéndose más seguro de que el hombre de negro deseaba que lo atrapara.

¿Qué ocurriría luego?

La pregunta era demasiado vaga para suscitarle interés. Cuthbert sí que la habría hallado interesante, de interés vital, pero Cuthbert ya no estaba y el pistolero sólo podía seguir adelante de la manera que él sabía.

Mientras fumaba contempló al chico, y sus pensamientos volvieron a Cuthbert, que siempre reía —riendo se había encaminado a la muerte—, a Cort, que no reía nunca, y a Marten, que sonreía a veces con una sonrisa fina y silenciosa, de cierto brillo inquietante... como un ojo que se entreabre en la penumbra y deja ver la sangre. También existía el halcón, por supuesto. El halcón se llamaba David, como el muchacho de la honda en la antigua leyenda. David, estaba seguro, no conocía otra cosa que la necesidad de matar, desgarrar y sembrar el terror. Como el mismo pistolero. David no era ningún aficionado, siempre jugaba en el centro de la pista.

Quizás, empero, el halcón David estuvo, al final, más cerca de Marten que de nadie... y quizá su madre, Gabrielle, lo había sabido.

El pistolero se sintió como si su estómago ascendiera dolorosamente a la altura

del corazón, pero no alteró el rostro. Observó cómo el humo de su cigarrillo se elevaba en el cálido aire del desierto hasta difuminarse, y recobró el hilo de sus pensamientos.

2

El firmamento era blanco, perfectamente blanco. El olor a lluvia impregnaba el aire, y el aroma de los setos vivos y del césped era dulce e intenso. La primavera estaba en su apogeo.

David, posado sobre el brazo de Cuthbert, era como una pequeña máquina de destrucción de brillantes ojos dorados que lo fulminaban todo con la mirada. La tira de cuero crudo que sujetaba sus pihuelas quedaba enlazada descuidadamente en el brazo de Cuthbert.

Cort —la figura silenciosa con pantalones de cuero remendados y camisa de algodón verde ceñida con un viejo y ancho cinturón de infantería— se mantenía de pie, algo separado de los dos muchachos. El verde de su camisa se fundía con los setos y con el ondulante césped de los Patios Posteriores, donde las damas aún no habían comenzado el partido de croquet.

—Prepárate —le susurró Rolando a Cuthbert.

—Estamos preparados —respondió Cuthbert, lleno de confianza—. ¿No es verdad, Davey? Hablaban en la Baja Lengua, el idioma compartido por marmitones y escuderos; aún estaba muy lejano el día en que les sería permitido utilizar su propia lengua en presencia de otros.

—Es un hermoso día para la caza. ¿No hueles a lluvia? Es...

Cort alzó bruscamente la jaula que sostenía en sus manos y dejó que se abriera uno de sus lados. El pichón salió de inmediato y se remontó hacia el cielo con raudo y palpitante aleteo. Cuthbert tiró del lazo pero actuó demasiado lentamente, fue una torpe parodia; el halcón ya había iniciado el vuelo. Tras una breve crispadura de alas recobró el equilibrio, se lanzó hacia arriba, rápido como una bala, y ganó altura sobre el pichón.

Cort se acercó a los muchachos con aire indiferente y proyectó su enorme y nudoso puño contra el oído de Cuthbert. El adolescente cayó sin el menor quejido, aunque contrajo los labios sobre las encías. De su oreja manó un lento hilillo de sangre que salpicó el verde intenso de la hierba.

—Has sido lento —le acusó. Cuthbert se levantó con esfuerzo. —Lo siento, Cort. Es que... Cort le golpeó de nuevo, y de nuevo cayó Cuthbert por tierra. Esta vez la sangre fluyó con mayor abundancia.

—Habla en la Alta Lengua —le ordenó con voz suave. Era una voz sin inflexiones, con una leve ronquera de beodo—. Pronuncia tu acto de contrición en el lenguaje de la civilización, por la que han muerto hombres mucho mejores de lo que tú llegarás a ser nunca, gusano.

Cuthbert se incorporó por segunda vez. Sus ojos refulgían con el brilló de las lágrimas, pero sus labios apretados componían una nítida línea de odio, que no temblaba en absoluto.

—Estoy afligido —dijo Cuthbert, con voz tensa y sin aliento—. He olvidado el rostro de mi padre, cuyas pistolas espero llevar algún día.

—Eso es, mocoso —asintió Cort—. Reflexionarás sobre lo que has hecho mal, y el hambre afinará tus reflexiones. No cenarás. No desayunarás.

—¡Mirad! —gritó Rolando, señalando hacia lo alto. El halcón se había remontado por encima del aleteante pichón. Por unos instantes planeó en el blanco aire primaveral, extendidas e inmóviles las cortas y musculosas alas; de repente, las recogió y cayó como una piedra. Los dos cuerpos se confundieron y por un momento a Rolando le pareció ver sangre en el aire... aunque quizá fueran únicamente imaginaciones. El halcón emitió un breve chirrido de triunfo. El pichón cayó al suelo batiendo las alas con impotencia y Rolando corrió hacia la víctima, dejando atrás a Cort y al castigado Cuthbert.

La rapaz había aterrizado junto a su presa y, complacida, le desgarraba el rollizo pecho blanco. Unas cuantas plumas cayeron planeando lentamente.

—¡David! —gritó el joven, mientras arrojaba al halcón un pedazo de carne de conejo extraído de su bolsa. El ave lo atrapó al vuelo y lo engulló con una sacudida hacia arriba del lomo y la garganta, y Rolando trató de enlazar sus pihuelas.

El halcón se revolvió casi despistadamente y desgarró la piel del brazo de Rolando, dejándole un largo colgajo. Al instante, regresó a su comida.

Con un gruñido, Rolando enlazó de nuevo la pihuela y esta vez detuvo el afilado pico del ave con un guantelete de cuero. Tras darle un segundo pedazo de carne encapuchó al animal. David se posó dócilmente en su muñeca.

Rolando se irguió lleno de orgullo, con el halcón posado en su brazo.

—¿Qué es esto? —inquirió Cort, señalando la goteante herida en el antebrazo de Rolando. El muchacho se preparó a recibir el golpe y contrajo la garganta para no proferir ningún grito, pero esta vez no hubo golpe.

—Me ha atacado —explicó Rolando.

—Lo has cabreado —afirmó Cort—. El halcón no te teme, muchacho, y nunca te temerá. El halcón es el pistolero de Dios.

Rolando se limitó a mirar a Cort, sin decir nada. No era un muchacho imaginativo, y si Cort pretendía que dedujera una lección de sus palabras, no dio en el blanco; Rolando era lo bastante pragmático como para suponer que tal vez aquélla fuera una de las contadísimas frases sin sentido que le había oído alguna vez a Cort. Cuthbert llegó junto a ellos y le sacó la lengua a Cort, sintiéndose a salvo en su lado ciego. Rolando no sonrió, pero le hizo una inclinación de cabeza.

—Ya podéis iros —dijo Cort, mientras se hacía cargo del halcón. A continuación, volviéndose hacia Cuthbert, añadió—: Pero recuerda tu reflexión, gusano. Y tu ayuno. Esta noche y mañana por la mañana.

—Sí —respondió Cuthbert, con solemne formalidad—. Gracias por este día tan instructivo.

—Vas aprendiendo —admitió Cort—. Pero tu lengua tiene la mala costumbre de asomarse por tu estúpida boca cuando tu instructor te vuelve la espalda. Quizá llegue el día en que tú y ella aprendáis cuáles son vuestros respectivos lugares. —Y golpeó a Cuthbert de nuevo, esta vez entre los ojos y lo bastante fuerte como para que Rolando oyera un ruido sordo como el que produce el mazo cuando un pinche de cocina espita

una barrica de cerveza. Cuthbert cayó desplomado de espaldas sobre la hierba, con ojos nublados, aturdido. Cuando pudo ver normalmente otra vez, miró fogosamente a Cort revelando todo su odio, y era un aguijón tan brillante como la sangre del palomo en el, centro de cada uno de sus ojos.

Cuthbert sacudió la cabeza y separó los labios en una pavorosa sonrisa que Rolando no había visto jamás.

—¡Vaya! —exclamó Cort—. Parece que aún se puede esperar algo de ti. Cuando te creas preparado, ven a por mí, gusano.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó Cuthbert, con los dientes apretados.

Cort se volvió hacia Rolando tan velozmente que éste estuvo a punto de retroceder y caerse, y entonces hubieran yacido ambos sobre la hierba, decorando el césped nuevo con su sangre.

—Lo he visto reflejado en los ojos de este gusano —explicó—. No lo olvides, Cuthbert. Ésta es la última lección de hoy.

Cuthbert asintió de nuevo, volviendo a mostrar la terrible sonrisa de antes, y dijo:

—Estoy afligido. He olvidado el rostro...

—Corta el rollo —le interrumpió Cort, desinteresándose del asunto—. Iros ya, los dos. Si tengo que seguir viendo vuestras estúpidas caras de gusano durante más tiempo, acabaré vomitando.

—Vamos —dijo Rolando.

Cuthbert sacudió la cabeza para despejarse y se puso en pie. Cort ya había comenzado a descender por la ladera con zancadas patituertas. Una figura poderosa y en cierto modo prehistórica. Al ir encorvado, inclinaba la cabeza y su coronilla afeitada y curtida se erguía oblicuamente.

—He de matar a ese hijo de puta —declaró Cuthbert, todavía sonriendo. En su frente comenzaba a formarse un gran chichón, feo y amoratado.

—No será ninguno de los dos quien lo haga —replicó Rolando, empezando a sonreír a su vez—. Podemos ir a cenar a la cocina del oeste. El cocinero nos dará algo.

—Se lo dirá a Cort.

—No es amigo de Cort —objetó Rolando. Luego, encogiéndose de hombros, añadió—: ¿Y qué si se lo dice?

Cuthbert le devolvió la sonrisa.

—Claro. Muy bien. Siempre he deseado saber cómo se ve el mundo cuando a uno le han retorcido la cabeza hacia atrás y de arriba abajo.

Echaron a andar sobre el verde césped, el uno junto al otro, proyectando sus sombras bajo la hermosa luz primaveral.

El jefe de la cocina del oeste se llamaba Hax. Se trataba de un hombre enorme, de color del petróleo crudo, enfundado en blancas prendas manchadas de comida. Una cuarta parte de sus antepasados eran negros, una cuarta parte amarillos, una cuarta parte de las Islas del Sur, ya casi olvidadas (el mundo se había movido), y una cuarta parte de sólo Dios sabía dónde. Se movía por las tres humeantes salas de altos techos como un tractor en primera, calzado con inmensas babuchas de califa. Era uno de

esos adultos, bastante escasos, que se comunican bien con los niños y que los quieren a todos con imparcialidad; no de una manera empalagosa, sino de un modo práctico que a veces puede conllevar un achuchón, al igual que un importante acuerdo comercial puede conllevar a un apretón de manos. Quería incluso a los muchachos que habían iniciado el Entrenamiento, aunque eran distintos a los demás niños —no siempre efusivos y un tanto peligrosos, no a la manera de los adultos, sino más bien como si fuesen niños corrientes un poco chiflados—, y Cuthbert no era el primer pupilo de Cort al que había dado de comer a escondidas. En aquellos momentos Hax se hallaba ante una enorme y azarosa cocina eléctrica, que era uno de los seis electrodomésticos aún en funcionamiento de toda la hacienda. Aquéllos eran sus dominios y se quedó a contemplar cómo ambos muchachos engullían los pedazos de carne con salsa que les había servido. Por detrás, por delante y por todas partes pinches de cocina, sollastres y un sinfín de subalternos iban de un lado a otro en aquel ambiente húmedo y espumante, haciendo resonar sartenes, removiendo estofados y afanándose como esclavos con las patatas y las verduras de las regiones inferiores. En la penumbra de una gran despensa auxiliar una mujer de la limpieza, de cara pastosa y miserable y cabellos recogidos con un harapo, salpicaba el suelo de agua con una bayeta. Uno de los marmitones corrió hacia el cocinero, seguido por un hombre de la Guardia.

—Este hombre quiere verte, Hax.

—Muy bien. —Hax saludó al guardia con una ligera inclinación de cabeza, y éste le saludó a su vez—. Vosotros dos —añadió, volviéndose hacia los muchachos—. Decidle a Maggie que os dé un pedazo de tarta. Y luego, os largáis.

Asintieron los dos y fueron en busca de Maggie, que les entregó sendos platos con generosas raciones de tarta... cautelosamente, como si fueran perros salvajes que pudieran morderle la mano.

—Vamos a comérnosla a las escaleras —propuso Cuthbert.

—De acuerdo.

Tomaron asiento tras una grandiosa balaustrada de piedra, donde no podían ser vistos desde la cocina, y devoraron la tarta ayudándose con los dedos. Apenas habían transcurrido unos instantes cuando vieron unas sombras proyectadas sobre la pared curva frente a la amplia escalinata. Rolando asió del brazo a Cuthbert. —Vámonos —le alertó—. Viene alguien.

Cuthbert alzó la mirada, con la cara manchada de confitura y una expresión sorprendida. Pero las sombras se detuvieron, quedando ellos fuera de su alcance. Eran Hax y el hombre de la Guardia. Los muchachos permanecieron donde estaban; si se movían, en aquel momento, podía ser que les oyeran.

—...el hombre bueno —estaba diciendo el guardia.

—¿En Farson?

—Dentro de dos semanas —asintió el guardia—. O puede que tres. Tienes que venir con nosotros. Llegará una remesa de los depósitos de mercancías...

—Un fragoroso estrépito de cacharros y una andanada de imprecaciones contra el descuidado pinche que los había hecho caer sofocaron el resto de la frase, pero los

dos muchachos aún alcanzaron a oír las últimas palabras del guardia—... carne envenenada.

—Será arriesgado.

—No preguntes qué puede hacer por ti el hombre bueno... —comenzó el guardia —... sino qué puedes hacer tú por él —concluyó Hax. Luego, con un suspiro, añadió —: Soldado, no preguntes.

—Ya sabes lo que eso podría significar —observó el guardia con calma.

—Sí. Y también sé cuáles son las responsabilidades que tengo para con él; no hace falta que me des lecciones. Lo quiero tanto como tú.

—Muy bien. La carne vendrá marcada para conservación a corto plazo en tus neveras. Pero tendrás que ser rápido. No lo olvides.

—¿Hay niños en Farson? —preguntó con tristeza el cocinero. En realidad, no era una pregunta.

—Hay niños en todas partes —respondió el guardia suavemente—. Es por los niños que nos preocupamos; por lo que él se preocupa.

—Carne envenenada. Una manera muy extraña de preocuparse por los niños. —Hax emitió un pesado y sibilante suspiro—. ¿Se revolcarán por el suelo sujetándose el vientre y llamando a sus mamás? Supongo que sí.

—Será como si se quedaran dormidos —respondió el guardia, pero su voz sonó demasiado razonable y llena de confianza.

—Naturalmente —asintió Hax, y se echó a reír.

—Tú mismo lo has dicho: «Soldado, no preguntes.» ¿Acaso te gusta ver a los niños bajo el dominio de las armas cuando podrían estar bajo las manos de él, que hace yacer al león con el cordero?

Hax no contestó.

—Dentro de veinte minutos entro de servicio —prosiguió el guardia, con voz de nuevo serena—. Dame un pedazo de carne asada y pellizcaré a una de tus chicas para que se ría un ratito. Cuando me vaya...

—Mi carne no te dará calambres en el estómago, Robeson.

—Me parece... —Pero las sombras se alejaron y sus voces se perdieron.

«Habría podido matarlos —pensó Rolando, inmóvil y fascinado—. Habría podido matarlos a los dos con mi cuchillo, rajarles la garganta como si fueran cerdos.» Se miró las manos, sucias de salsa y confitura, y del polvo de las lecciones del día.

—Rolando.

Se volvió hacia Cuthbert. Se miraron durante unos momentos en la fragante semipenumbra, y Rolando paladeó un sabor de cálida desesperación. Lo que en aquellos momentos experimentaba habría podido ser una especie de muerte, algo tan brutal y definitivo como la muerte del pichón en. el blanco firmamento sobre el campo de juegos. «¿Hax? —se preguntó, estupefacto—. ¿Hax, que aquella vez me puso un emplasto en la pierna? ¿Hax?» Y entonces su mente se cerró de pronto y excluyó tales pensamientos.

Lo que veía en el alegre e inteligente rostro de Cuthbert no era nada, nada en absoluto. Sus ojos reflejaban la evidencia de la perdición de Hax. En ellos«, ya se

había consumado. Hax les dio de comer y ellos se dirigieron a las escaleras y entonces Hax había cometido un error apartándose hacia una esquina de la cocina para sostener su traicionero téte á téte. Eso era todo. En los ojos de Cuthbert, Rolando vio que Hax moriría por su traición como una víbora muere en un pozo. Eso, y nada más. Nada en absoluto.

Eran los ojos de un pistolero.

El padre de Rolando acababa de regresar de las tierras altas y parecía hallarse fuera de lugar entre los cortinajes y los perifollos de chifón del salón principal, al que al muchacho se le permitía acceder desde muy poco antes, como reconocimiento por su aprendizaje. Su padre iba vestido con tejanos negros y una camisa de faena de color azul. Llevaba la capa sucia y polvorienta, y desgarrada en un punto hasta el forro. Colgaba descuidadamente de uno de sus hombros, sin consideración alguna hacia la forma en que contrastaba con la elegancia de la habitación. El hombre estaba terriblemente delgado y al bajar la vista hacia su hijo dio la impresión de que el poblado mostacho le lastraba la cabeza. Las cartucheras cruzadas sobre sus caderas pendían en el ángulo exacto que convenía a sus manos; a la lánguida luz de aquel interior, las cachas de madera de sándalo parecían apagadas y soñolientas.

—El cocinero jefe —repitió su padre suavemente—. ¡Imagínate! Los rieles que volaron en las tierras altas, al término de la vía. El ganado muerto en Hendrickson. Y tal vez incluso... ¡Imagínate!

¡Imagínate!

Estudió a su hijo con mayor detenimiento.

—Te remuerde la conciencia.

—Como el halcón —dijo Rolando—: remuerde. —Se echó a reír, más por la sorprendente conveniencia de la metáfora que porque hallara algo de jocoso en la situación.

Su padre sonrió.

—Sí —añadió Rolando—. Supongo que... me remuerde la conciencia.

—Cuthbert estaba contigo —observó su padre—. A estas horas, ya se lo habrá contado a su padre.

—Sí.

—Os dio de comer a los dos, aunque Cort...

—Sí.

—¿Y Cuthbert? ¿Crees que él también tiene remordimientos?

—No lo sé. —La idea carecía de importancia. No le interesaba comparar sus sentimientos con los de otras personas.

—¿Es porque tienes la sensación de haber matado?

De mala gana, Rolando se encogió de hombros, repentinamente insatisfecho con este interrogatorio sobre sus motivos.

—Pero me lo has dicho. ¿Por qué? El joven abrió mucho los ojos.

—¿Cómo no iba a decírtelo? La traición es...

Su padre le interrumpió con un imperioso ademán. —Si lo has hecho por un motivo tan mezquino como una idea sacada de un libro de texto, ha sido algo indigno.

Preferiría ver a todo Farson envenenado.

—¡No es por eso! —Las palabras surgieron de él con violencia—. Quería verlo muerto. ¡A

los dos! ¡Embusteros! ¡Serpientes! Ellos...

—Adelante.

—Me han hecho daño —concluyó, desafiante—. Me han hecho algo. Han hecho que algo cambiara. Por eso quería matarlos.

Su padre asintió.

—Eso es digno. No es moral, pero a ti no te incumbe ser moral. De hecho... —Miró a su hijo—. Es posible que la moral siempre esté fuera de tu alcance. No eres vivo como Cuthbert o el chico de Wheeler. Eso te hará formidable.

El muchacho, antes impaciente, se sintió a la vez halagado e inquieto.

—Y Hax...

—Lo colgaremos. El chico asintió.

—Quiero verlo.

Rolando padre echó la cabeza atrás y se rió a carcajadas.

—No tan formidable como creía... o quizás igual de estúpido. —Cerró bruscamente la boca. Una mano se alzó como un relámpago y aferró dolorosamente el brazo del muchacho. Éste hizo una mueca, pero no se arredró. Su padre lo escrutó con fijeza y el muchacho sostuvo su mirada, aunque le resultó más difícil que ponerle la caperuza al halcón.

—Muy bien —dijo al fin, y giró bruscamente para irse.

—¿Padre?

—¿Qué?

—¿Sabes de quién estaban hablando? ¿Sabes quién es el hombre bueno? Su padre volvió la cabeza y lo miró con expresión especulativa.

—Sí. Creo que sí.

—Si lo atrapas —prosiguió Rolando, a su manera lenta y meditabunda—, no habrá que... estirarle el cuello a nadie más.

Su padre esbozó una tenue sonrisa.

—Quizá no, durante algún tiempo. Pero, al final, siempre aparece alguien a quien hay que estirarle el cuello, como tan delicadamente lo has descrito. La gente lo exige. Tarde o temprano, si no hay ningún renegado, la gente se busca uno.

—Sí —dijo Rolando, comprendiendo de inmediato. Jamás olvidaría esta idea—. Pero si lo atraparas...

—No —dijo llanamente su padre.

—¿Por qué?

Por unos instantes, su padre pareció a punto de explicarle el porqué, pero se contuvo.

—Me parece que ya hemos hablado bastante, por ahora. Sal de mi presencia.

Sintió ganas de pedirle a su padre que no olvidara lo prometido cuando a Hax le llegara el momento de saltar por la trampilla, pero había aprendido a interpretar sus estados de ánimo. Sospechaba que su padre tenía ganas de joder. Cerró rápidamente

esa puerta. No ignoraba que su madre y su padre hacían... hacían «eso» juntos, y estaba razonablemente bien informado acerca de qué implicaba ese acto, pero la imagen mental que se condensaba siempre con aquella idea le hacía sentirse incómodo y a la vez curiosamente culpable. Unos años más tarde, Susan le contó la historia de Edipo y él la escuchó con silenciosa concentración, pensando en el extraño triángulo compuesto por su padre, su madre y Marten, conocido en ciertos ambientes como el hombre bueno. O tal vez fuese un cuadrángulo, si se incluía a sí mismo.

—Buenas noches, padre —se despidió Rolando. —Buenas noches, hijo —respondió su padre, abstraído, mientras comenzaba a desabrocharse la camisa. Por lo que a él respectaba, el chico ya se había marchado. De tal palo, tal astilla.

La Colina de la Horca estaba en la carretera de Farson, cosa que resultaba tremendamente poética. Cuthbert habría podido apreciar este detalle, pero no así Rolando. Sí que apreciaba, en cambio, el espléndido patíbulo ominoso cuya silueta negra y angulosa se erguía hacia el cielo azul brillante, y dominaba la ruta de las diligencias.

Los dos muchachos habían recibido permiso para ausentarse de los Ejercicios Matinales. Cort leyó trabajosamente las notas de los padres de los dos, moviendo los labios y asintiendo para sí de vez en cuando. Al terminar con ambas alzó la vista hacia el cerúleo firmamento del amanecer y asintió nuevamente.

—Esperadme aquí —les ordenó, y se dirigió a la torcida choza de piedra que constituía su vivienda. Regresó al poco tiempo con una rebanada de áspero pan sin levadura, la partió en dos y entregó una mitad a cada uno.

—Cuando haya terminado, cada un pondrá su trozo debajo de uno de los zapatos de Hax. Fijaos bien en hacer exactamente lo que os digo, si no queréis que os machaque.

No entendieron el motivo hasta llegar ante la horca, montados los dos en el caballo castrado de Cuthbert. Eran los primeros, con más de dos horas de ventaja sobre cualquier otro y cuatro horas antes de la ejecución, y la Colina de la Horca estaba desierta, salvo por los cuervos y los grajos. Por todas partes había pájaros y, naturalmente, eran todos negros. Descansaban ruidosamente en la recia barra que se proyectaba sobre la trampilla, armazón de la muerte. Formaban una hilera en el borde de la plataforma, se daban empujones para asegurarse un lugar en las escaleras.

—Los dejan ahí —farfulló Cuthbert— para los pájaros.

—Subamos arriba —sugirió Rolando.

Cuthbert lo contempló con algo semejante al horror.

—Tú crees que...

Rolando le interrumpió con un ademán. —Faltan años. No vendrá nadie.

—Muy bien.

Caminaron lentamente hacia el patíbulo, y las aves se remontaron indignadas, graznando y revoloteando en círculos como una iracunda turba de campesinos desposeídos. A la pura luz del alba, sus siluetas eran negras y carecían de relieve.

Por primera vez Rolando se dio cuenta de que era enormemente responsable de

aquel asunto. Esa madera ni era noble ni formaba parte de la imponente maquinaria de la Civilización; no era más que pino retorcido y salpicado de blancos excrementos de pájaro. Los había por todas partes —en la escalera, la barandilla, la plataforma— y apestaban.

El muchacho se volvió hacia Cuthbert con alarma y horror en sus ojos, y vio que éste lo miraba con la misma expresión.

—No puedo —susurró Cuthbert—. No puedo mirar.

Rolando meneó lentamente la cabeza. Se dio cuenta de que iban a aprender algo, no algo resplandeciente, sino viejo, enmohecido y deforme. Por eso sus padres les habían permitido acudir. Y, con su acostumbrada obstinación, terca e inarticulada, Rolando se aferró mentalmente a ello, fuera lo que fuese.

—Sí que puedes, Bert. —Esta noche no dormiré.

—Pues no duermas —respondió Rolando, sin comprender qué tenía que ver aquello.

Cuthbert cogió de repente la mano de su compañero y lo miró con tal agonía sin palabras, que hizo renacer las propias dudas de Rolando. Deseó vagamente no haber entrado aquella noche en la cocina del oeste. Su padre había estado en lo cierto. Hubiera preferido que murieran todos los hombres, mujeres y niños de Farson antes que tener que pasar por aquello.

Pero fuera cual fuese la enseñanza, aquello enmohecido y medio enterrado, no estaba dispuesto a perdérsela ni a dejarla escapar.

—No subamos —le rogó Cuthbert—. Ya lo hemos visto todo.

Y Rolando asintió de mala gana, sintiendo que se debilitaban las fuerzas con que luchaba por aquello —fuera lo que fuese—. Cort, estaba seguro, los habría derribado de un puñetazo y obligado a subir a la plataforma, maldiciendo ellos cada peldaño y sorbiendo la sangre fresca que les manara de la nariz. Seguramente Cort hubiera echado un cáñamo nuevo sobre el madero y hubiera corrido el lazo sobre ambos cuellos uno tras otro; les habría hecho pararse al borde de la trampilla para notar la sensación y, sin duda, Cort habría estado dispuesto a pegarles de nuevo si alguno de los dos lloraba o perdía el control de su vejiga. Y Cort, por supuesto, habría tenido razón. Por primera vez en su vida, Rolando descubrió que odiaba su propia niñez, y deseó la estatura, los callos y el aplomo que concede la edad. Antes de emprender el regreso arrancó pausadamente una astilla del barandal y se la guardó en el bolsillo del pecho.

—¿Por qué has hecho eso? —inquirió Cuthbert.

Le hubiera gustado jactarse y responder: Oh, la suerte del patíbulo... pero se limitó a mirar a Cuthbert y menear la cabeza.

—Para tenerlo —contestó—. Para tenerlo siempre. Se alejaron de la horca, tomaron asiento y esperaron. En cosa de una hora comenzaron a llegar los primeros, en su mayoría familias que acudían en desvencijados carromatos y calesines, provistas de su desayuno: cestas de tortitas frías, dobladas sobre un relleno de mermelada de fresas silvestres. Rolando sintió un gruñido de hambre en su estómago y una vez_ más se preguntó, con desesperación, dónde estaban el honor y la nobleza

del asunto. Le pareció que Hax, deambulando sin cesar por las humeantes cocinas subterráneas con un sucio mandil, tenía más honor que todo aquello. Palpó la astilla de la horca con asqueado desconcierto. Cuthbert yacía junto a él, y su rostro quería aparentar impasibilidad.

Al final no resultó para tanto, y Rolando se alegró de ello. Trajeron a Hax en un carro descubierto y sólo se le reconocía porque era muy corpulento: le habían vendado los ojos con un gran pañuelo negro que le ocultaba toda la cara. Unos pocos le arrojaron piedras pero la mayor parte de los presentes se limitó a seguir con su desayuno. Un pistolero al que no conocía (se alegró de que no le hubiera tocado en suerte a su padre) condujo cuidadosamente al gordo cocinero hasta lo alto de la escalera. Antes que ellos habían subido dos guardias de servicio, que flanqueaban la trampilla por ambos lados. Cuando Hax y el pistolero llegaron a la plataforma éste echó el lazo sobre el larguero y, acto seguido, lo pasó en torno al cuello del cocinero, ajustando el nudo hasta dejarlo justo debajo del oído izquierdo. Todos los pájaros habían volado, pero Rolando sabía que estaban esperando.

—¿Deseas confesarte? —preguntó el pistolero.

—No tengo nada que confesar —replicó Hax. Las palabras se oyeron bien, y la voz sonó digna, curiosamente, a pesar de la tela que le cubría los labios. El pañuelo ondeaba ligeramente en la suave brisa agradable que empezaba a soplar—. No he olvidado el rostro de mi padre, me ha acompañado durante todo el tiempo.

Rolando miró detenidamente a la multitud y le incomodó lo que pudo ver en ella. ¿Una sensación de simpatía? ¿Admiración, quizá? Se lo preguntaría a su padre. Cuando los traidores reciben el apelativo de héroes (o los héroes el de traidores, se dijo reflexivamente), es que debe de haber caído una época oscura sobre el mundo. Anheló comprenderlo todo mejor. Sus pensamientos volaron hacia Cort y el pan que Cort les había dado. Sintió desprecio en su interior; se acercaba el día en que Cort tendría que servirle. A Cuthbert, quizá, no. Quizá Cuthbert cediera bajo el constante fuego de Cort y tendría que resignarse a ser un mensajero o un jinete (o, infinitamente peor, un perfumado diplomático de los que pululaban por las cámaras de recepción o contemplaban falsas bolas de cristal junto a príncipes y reyes tambaleantes), pero él sabía que su destino no era aquél.

—¿Rolando?

—Estoy aquí. —Cogió la mano de Cuthbert y sus dedos se enlazaron como si fueran de hierro.

Se abrió la trampilla. Hax cayó pesadamente por la abertura. Y en el repentino silencio se oyó un sonido, el mismo que hace una piña al estallar en el fuego del hogar en una fría noche de invierno.

Pero no fue gran cosa. El cocinero pataleó una vez, extendiendo las piernas en una gran «Y», la muchedumbre dio unos cuantos silbidos de satisfacción y los guardias de servicio abandonaron su empaque militar y empezaron a recoger las cosas con aire despreocupado. El pistolero bajó poco a poco por la escalera, montó en su caballo y cabalgó cruzando un grupo de curiosos, que se apartó apresuradamente.

A continuación, la multitud comenzó a dispersarse rápidamente y al cabo de

cuarenta minutos los dos muchachos estaban a solas en la pequeña loma que habían elegido.

Los pájaros regresaban para examinar aquel nuevo regalo. Uno de ellos aterrizó en el hombro de Hax y se posó allí con aire amistoso, picoteando un aro reluciente que el cocinero siempre llevaba en la oreja izquierda.

—No se parece en nada a como era antes —observó Cuthbert.

—Oh, sí, sí que se parece —replicó Rolando con seguridad mientras avanzaban hacia la horca, llevando el pan en la mano. Cuthbert parecía avergonzado.

Se detuvieron bajo el patíbulo y alzaron la mirada hacia el oscilante cadáver. Cuthbert extendió la mano, desafiante, y tocó un peludo tobillo. El cuerpo empezó a girar con una nueva trayectoria.

Acto seguido, desmenuzaron a toda prisa el pan y esparcieron las migajas bajo los colgantes pies. Al alejarse, Rolando volvió la vista una sola vez. Los pájaros se contaban por millares. Así que el pan —comprendió, más o menos— era sólo simbólico.

—Ha estado bien —comento Cuthbert de pronto—. Me... Me... Me ha gustado. En serio. Rolando no se sorprendió al oírlo, aunque a él no le había interesado especialmente la escena.

Pero pensó que podría llegar a entenderlo.

—No sé qué decirte —respondió—, pero era algo importante. Estoy seguro de que lo era.

El país no cayó en manos del hombre bueno hasta pasados diez años. Por entonces, Rolando ya era un pistolero, y su padre había muerto, y él mismo se había convertido en matricida... Y el mundo había cambiado.

3

—Mire —exclamó Jake, señalando hacia arriba.

El pistolero levantó la cabeza y sintió crujir una articulación de su espalda. Llevaban ya dos días en las estribaciones de las colinas y, aunque los odres de agua estaban casi vacíos otra vez, aquello carecía de importancia. Pronto tendrían toda el agua que quisieran. Siguió con la vista el vector del dedo de Jake, más allá de la altiplanicie verde, hacia los desnudos y centelleantes acantilados y gargantas de lo alto... y aún más arriba, hacia las mismas cumbres nevadas.

Tenue y remoto, apenas una minúscula mota (habría podido tomarse por uno de esos puntos que danzan perpetuamente ante los ojos, de no haber sido por su persistencia), el pistolero divisó al hombre de negro, trepando por las laderas con inexorable regularidad, como una mosca diminuta sobre una inmensa pared de granito.

—¿Es él? —preguntó Jake.

El pistolero contempló la manchita impersonal que ejecutaba lejanas acrobacias, sin sentir nada más que una premonición de pesar.

—Es él, Jake.

—¿Cree que lo cogeremos?

—En este lado, no; en el otro. Y no lo cogeremos nunca si nos quedamos aquí charlando.

—Son muy altas —comentó Jake, refiriéndose a las montañas—. ¿Qué hay al otro lado?

—No lo sé —contestó el pistolero—. No creo que haya nadie que lo sepa. Puede que antes lo supieran. Vamos, chico.

Al reanudar el ascenso hicieron rodar pequeños riachuelos de guijarros y arena hacia el desierto de abajo, extendido a sus espaldas como una parrilla que daba la impresión de no terminar nunca. Por encima suyo, muy por encima, el hombre de negro trepaba, trepaba, trepaba. No era posible distinguir si volvía alguna vez la cabeza. Parecía saltar sobre abismos imposibles y escalar paredes a plomo. En una o dos ocasiones lo perdieron de vista pero siempre volvían a encontrarlo, hasta que el violáceo telón del crepúsculo lo ocultó definitivamente. Cuando acamparon para pasar la noche el chico apenas dijo nada, y el pistolero se preguntó si podía ser que supiera lo que él mismo ya había intuido. Pensó en el rostro de Cuthbert, acalorado, desalentado, excitado. Pensó en las migajas. Pensó en los pájaros. Así es cómo acaba, pensó. Una y otra vez, así acaba siempre. Hay búsquedas y hay caminos que conducen siempre adelante, y todos ellos terminan en el mismo lugar: en el campo de la muerte.

Excepto, quizás, el camino de la Torre.

El chico —el sacrificio—, de rostro inocente y muy aniñado bajo la luz de la pequeña fogata, se había quedado dormido sin terminarse las judías. El pistolero lo cubrió con la manta para caballos y luego, acurrucándose, también él se dispuso a

dormir.

EL ORÁCULO Y LAS MONTAÑAS

1

El chico halló el oráculo y éste casi lo destruyó.

Un fino instinto hizo que el pistolero se despertara en la aterciopelada oscuridad que había caído sobre ellos durante el ocaso, como una mortaja de agua de pozo. Esto había ocurrido después de que Jake y él llegaran al oasis, herboso y casi llano, en la primera elevación de las peñascosas estribaciones. Incluso desde la dura planicie del desierto, donde cada paso que avanzaban bajo el mortífero sol les costaba lucha y esfuerzos, habían podido oír el chirrido de los grillos que se frotaban seductoramente las patitas en el perpetuo verdor de los bosquecillos de sauces. El pistolero se mantuvo interiormente sereno, y el chico al menos fingió estarlo, lo que hizo que aquél se sintiera orgulloso. Pero Jake no había logrado disimular el desvarío reflejado en sus ojos, blancos y fijos como los ojos de un caballo que ha olido el agua y al que sólo refrena el tenue lazo de la mente de su dueño; como un caballo llegado al punto en que sólo la comprensión, y no la espuela, es capaz de contenerlo. El pistolero podía calibrar la necesidad de Jake juzgando por la locura que a él mismo le suscitaba el chirriar de los grillos. Parecía como si sus brazos buscaran rocas en las que golpearse y sus rodillas rogaran quedar despellejadas con heridas minúsculas, exasperantes, salobres.

El sol no cesó de pisotearlos durante todo el camino; incluso cuando con el crepúsculo se tornó de un henchido rojo febril, siguió brillando perversamente a través del tajo entre las lejanas crestas a la izquierda, deslumbrándolos y convirtiendo todas sus lágrimas de sudor en otros tantos prismas de dolor.

Luego hubo hierba. Primero fueron ralos matojos amarillentos que se aferraban al suelo yermo, a donde llegaba un resto de humedad con horrenda vitalidad.

Más arriba empezaba la grama: escasa al principio, verde y lozana luego... Y, por fin, el dulce aroma de la auténtica hierba, salpicada de fleo, bajo las sombras de los primeros abetos enanos. Allí, entre ellas, fue donde el pistolero vio un arco de movimientos pardos. Desenfundó, disparó y tumbó al conejo antes de que Jake hubiera iniciado una exclamación de sorpresa. Al cabo de un instante, el revólver volvía a estar en su sitio. —Aquí —decidió el pistolero.

Más arriba, la hierba se espesaba en una selva de sauces verdes que, tras la calcinada esterilidad del interminable desierto, resultaba chocante. Allí habría algún manantial, quizá varios, y la temperatura sería aún más agradable, pero era mejor detenerse en campo abierto. El chico había llegado al límite de sus fuerzas, y tal vez hubiera murciélagos chupadores en lo más denso del bosquecillo. Los murciélagos podían perturbar el sueño del chico, por profundo que fuera, y, si se trataba de vampiros, quizá ninguno de los dos despertara... no en este mundo, por lo menos.

—Voy a buscar leña —anunció el chico. El pistolero sonrió.

—No, no vayas. Permanece sentado, Jake.

—¿De quién era aquella frase? De alguna mujer.

El chico se sentó. Al regreso del pistolero, Jake dormía sobre la hierba. Una

mantis religiosa enorme realizaba sus abluciones en el enhiesto mechón de la coronilla de Jake. El pistolero preparó el fuego y se fue a buscar agua.

La selva de sauces era más profunda de lo que había supuesto y, bajo la menguante claridad del anochecer, resultaba perturbadora. Sin embargo, pudo encontrar un manantial, profusamente guardado por ranas y batracios. Llenó uno de los odres... e hizo un pausa. Los sonidos que llenaban la noche despertaban en él una sensualidad inquieta, una sensación que ni siquiera Allie, la mujer con la que se acostara en Tull, había sido capaz de sacar a la superficie; la sensualidad y la sexualidad, a fin de cuentas, tan sólo guardan el más remoto parentesco. El pistolero atribuyó su estado de ánimo al cambio brusco y cegador con respecto al desierto. La dulzura de la oscuridad se le antojaba casi decadente.

Volvió al campamento y despellejó el conejo mientras el agua hervía sobre la fogata. Combinado con las últimas verduras enlatadas, el conejo se convirtió en un excelente estofado. Despertó a Jake y contempló cómo comía, cansina pero vorazmente.

—Mañana nos quedaremos aquí —anunció el pistolero.

—Pero, ¿y el sacerdote que está persiguiendo?

—No es ningún sacerdote. Y no te preocupes: ya lo tenemos.

—¿Cómo lo sabe?

El pistolero sólo pudo menear la cabeza. Aquella intuición poseía para él una fuerza innegable... pero no era nada bueno.

Terminada la cena, aclaró las latas en que habían comido (maravillándose ante semejante despilfarro de agua) y, cuando se dio la vuelta, Jake estaba otra vez dormido. El pistolero observó cómo su pecho subía y bajaba. Estaba familiarizado con aquello gracias a Cuthbert, que era de la misma edad que Rolando, pero parecía mucho más joven.

El cigarrillo cayó, rodó sobre la hierba, y él lo arrojó al fuego. El pistolero se quedó mirando las llamas, de un amarillo claro, tan distinto al color en que ardía la hierba del diablo, y mucho más limpio. Hacía un fresco muy agradable, y se tendió de espaldas al fuego. Muy lejos, más allá de la hendedura que marcaba el camino de las montañas, oyó el pastoso trueno perpetuo. Se durmió. Y soñó.

Susan, su bienamada, estaba muriendo ante sus ojos. La miraba morir, y él tenía dos aldeanos a cada lado, sujetándole los brazos, y un gran dogal de hierro oxidado en torno al cuello. Pese al intenso hedor de la hoguera, Rolando podía oler la desagradable humedad del abismo... y ver el color de su propia demencia. Susan, la encantadora muchacha de la ventana, la hija del tratante de caballos. Se calcinaba entre las llamas, y toda su piel estaba agrietada. —¡El chico! —gritaba ella—.

¡Rolando, el chico!

Giró velozmente en redondo, arrastrando consigo a sus captores. El dogal le desgarró el cuello, y oyó los roncos y estrangulados sonidos que surgían de su propia garganta. El aire estaba impregnado de un nauseabundo olor dulzón a carne quemada.

El chico lo contemplaba todo desde una ventana muy por encima del patio, la misma ventana en la que Susan, que le había enseñado a ser un hombre, se sentara

una vez a cantar las viejas canciones: Hey Jude, Ease on Down the Road y A Hundred Leagues to Banberry Cross. Estaba asomado a la ventana como la estatua de un santo de alabastro en una catedral. Sus ojos eran de mármol. Una escarpia atravesaba la frente de Jake.

El pistolero sintió crecer en lo más hondo de su vientre un aullido asfixiante y desgarrador que señalaba el comienzo de su locura.

—Nnnnnnnnn...

Rolando sofocó un grito cuando sintió que el fuego lo chamuscaba. Se incorporó bruscamente en la oscuridad, todavía envuelto en aquel sueño que lo estrangulaba como el dogal que en él había llevado. Al girarse y contorsionarse una de sus manos fue a parar a los moribundos rescoldos de la hoguera. Se la llevó a la cara mientras se desvanecían los últimos jirones del sueño, quedando solamente la cruda imagen de Jake, blanco como el yeso, un santo para los demonios.

Nnnnnnnn...

Empuñando ambas pistolas, escudriñó las tinieblas del bosque de sauces. Sus ojos eran troneras enrojecidas por los últimos resplandores del fuego.

—Nnnnnnnn-nnn... Jake.

El pistolero se puso en pie y salió de estampida. En el cielo brillaba una amarga luna circular que le permitió seguir las huellas del chico sobre el rocío. Se agachó bajo los primeros sauces, cruzó el arroyuelo con un chapoteo y trepó por la ribera opuesta, resbalando en el barro (e, incluso en aquellas circunstancias, su cuerpo se deleitó con la humedad). Las elásticas ramas de los sauces le abofeteaban la cara. El bosque se hacía cada vez más espeso, impidiéndole ver la luna. Los troncos se erguían como sombras acechantes. La hierba, que allí le llegaba hasta las rodillas, lo azotaba al pasar. Ramas muertas y medio podridas buscaban sus espinillas, sus cojones[2]. Se detuvo un instante y alzó la cabeza para olfatear el aire. Un espectro de brisa le ayudó. El chico no olía bien, naturalmente; ninguno de los dos olía bien. Su nariz se ensanchó como la de un simio. Los efluvios de sudor eran tenues, aceitosos, inconfundibles. Se abrió paso por entre un amasijo de hierba, zarzas y ramas secas, y corrió a lo largo de un túnel de sauces y enredaderas. Hilos de musgo le rozaron los hombros, y algunos se le adhirieron como un suspirante zarcillo gris.

Salvó a zarpazos una última barricada de sauces y salió a un calvero desde donde se veían las estrellas y el pico más elevado de la cordillera, que refulgía con blancura de calavera a una altura imposible.

Allí se alzaba un círculo de altas piedras negras que, a la luz de la luna, semejaba una trampa para animales surrealista. En el centro había una gran losa..., un altar.

Muy antiguo, surgiendo de la tierra sobre un poderoso brazo de basalto.

El chico estaba de pie ante él y se balanceaba atrás y adelante, temblando. Sus manos, que pendían yertas junto al cuerpo, se estremecían como imbuidas de electricidad estática. El pistolero gritó su nombre, y Jake respondió con un inarticulado gruñido de negación. El rostro del chico, una tenue mancha casi oculta por su hombro izquierdo, parecía a la vez despavorido y exaltado. Y aún hubo más.

El pistolero pasó al interior del círculo y Jake chilló, reculando y levantando los

brazos. Su cara se hizo claramente visible. El pistolero distinguió en ella miedo y terror, enfrentados con una mueca de placer casi doloroso.

El pistolero sintió que entraba en contacto con el espíritu del oráculo, el súcubo. Sus ijadas se llenaron de pronto con una luz rosada, una luz que era suave pero también dura. Sintió que la cabeza le daba vueltas y que la lengua se volvía pastosa e insoportablemente sensible, incluso a la saliva que la recubría.

Ni siquiera pensó antes de extraer la mandíbula medio podrida del bolsillo. La guardaba allí desde que la halló en el cubil del Demonio Parlante, en el sótano de la estación de paso. No pensó, pero al pistolero no le asustaba actuar por puro instinto. Levantó ante él la helada sonrisa prehistórica de aquella quijada y alzó rígidamente el otro brazo, extendiendo el índice y el meñique en el viejo signo bifurcado para protegerse del mal de ojo.

La corriente de sensualidad le fue arrebatada como si nada. Jake chilló de nuevo.

El pistolero se acercó a él y sostuvo la quijada frente a la bélica mirada de Jake. Un húmedo sonido de agonía. El chico trató de apartar la vista, pero no pudo. Y, de pronto, ambos ojos rodaron hacia atrás hasta ponerse en blanco. Jake se desplomó. Su cuerpo cayó por tierra, desmadejado, con una mano casi tocando el altar. El pistolero hincó una rodilla y lo alzó en vilo. Sorprendentemente, pesaba poco. La larga caminata por el desierto lo había dejado tan deshidratado como una hoja de noviembre.

Rolando percibía a su alrededor cómo la entidad que moraba en el círculo de piedras rechinaba con una ira celosa: le habían arrancado su presa. Cuando el pistolero salió del círculo, la sensación de celos frustrados se disipó. Llevó a Jake a cuestas hasta el campamento. Al llegar, la inquieta inconsciencia del chico se había transformado ya en un profundo sueño. El pistolero se detuvo unos instantes ante los grises restos del fuego.

La claridad de la luna sobre el rostro de Jake volvió a recordarle un santo de iglesia, con una pureza de alabastro del todo desconocida. Impulsivamente, estrechó al chico contra su pecho y comprendió que lo quería. Y casi le pareció oír las carcajadas del hombre de negro desde algún remoto lugar por encima de ellos.

Jake lo llamaba; así fue cómo despertó. Lo había dejado atado firmemente a uno de los robustos matorrales que crecían en las cercanías, y el chico estaba hambriento y enojado. A juzgar por la altura del sol, debían de ser casi las nueve y media.

—¿Por qué me ha atado? —preguntó Jake, indignado, mientras el pistolero deshacía los nudos de la manta—. ¡No pensaba marcharme!

—Te marchaste —contestó el pistolero, y la expresión que se formó en el rostro de Jake le hizo sonreír—. Tuve que salir a buscarte. Caminabas sonámbulo.

—¿En serio? —Jake lo miró con suspicacia.

El pistolero asintió y, de repente, sacó la mandíbula. La sostuvo ante la cara de Jake, y Jake se echó hacia atrás, protegiéndose con los brazos.

—¿Lo ves?

Jake asintió, estupefacto.

—Voy a irme un rato yo solo. Puede que no vuelva en todo el día, conque

escúchame bien, chico. Es importante. Si no he vuelto antes de la puesta de sol...

Una expresión de temor cruzó por la cara de Jake.

—¡Quiere abandonarme!

El pistolero se limitó a mirarlo.

—No —dijo Jake al cabo de unos instantes—. Supongo que no.

—Quiero que te quedes aquí hasta que yo esté de vuelta. Y si te sientes extraño, si notas algo desacostumbrado, coge este hueso y sostenlo en tus manos.

El rostro de Jake reflejó odio y desagrado, además de confusión.

—No podré hacerlo. Es que... No podré.

—Puedes. Y quizá debas hacerlo. Sobre todo, a partir del mediodía. Es muy importante.

¿Comprendes?

—¿Por qué tiene que irse? —estalló Jake. —Porque es así.

El pistolero, fascinado, atisbó de nuevo el acero que se ocultaba bajo la superficie del chico, era algo tan enigmático como la historia que le había contado sobre su vida en una ciudad donde los edificios eran tan altos que rascaban literalmente el cielo.

—Muy bien —se conformó Jake.

El pistolero depositó cuidadosamente la quijada junto a los restos de la hoguera, y allí se quedó, sonriendo a través de las hierbas como un fósil erosionado que ha visto la luz del día tras una noche de cinco mil años. Jake evitaba mirarla. Estaba pálido y tenía una expresión desdichada. El pistolero se preguntó si hacer dormir al chico e interrogarlo serviría de algo, pero resolvió que no ganarían gran cosa. Sabía muy bien que el espíritu del círculo de piedras era sin duda un demonio y, muy probablemente, también un oráculo. Un demonio sin rasgos, apenas una especie de anhelo sexual informe con el don de la profecía. Se preguntó irónicamente si no sería el alma de Sylvia Pittston, la descomunal mujer cuyos chalaneos religiosos habían conducido al enfrentamiento final en Tull, pero sabía que no podía serlo. Las piedras del círculo eran muy antiguas, y el territorio de aquel demonio en particular había sido acotado mucho antes de los balbuceos iniciales de la prehistoria. Pero el pistolero conocía bastante bien las diversas formas de hablar y no creía que el chico se viera en la necesidad de recurrir al óseo talismán. La voz y la mente del oráculo estarían demasiado ocupadas con él mismo. Y el pistolero debía averiguar algunas cosas, a pesar del riesgo..., un riesgo muy alto. Tanto para sí mismo como para Jake, tenía que saberlas.

El pistolero sacó la petaca y hurgó en el interior, apartando las secas hebras de tabaco hasta encontrar un minúsculo objeto envuelto en un pedazo de papel blanco. Lo sopesó en la palma y miró hacia el cielo con aire ausente. Enseguida, lo desenvolvió: era una píldora blanca diminuta, con los bordes desgastados por el roce.

Jake la miró con curiosidad.

—¿Qué es eso?

El pistolero emitió una breve risa.

—La piedra filosofal —respondió—. Cort solía contarnos que los Dioses Antiguos mearon sobre el desierto y crearon así la mescalina.

Jake pareció aún más desconcertado.

—Es una droga —añadió el pistolero—. Pero no hace dormir. Al contrario, te hace estar despierto del todo durante un tiempo.

—Como el LSD —replicó el chico de inmediato. Pero al instante puso cara de intrigado.

—¿Qué es eso?

—No lo sé —contestó Jake—. Me ha salido sin pensar. Creo que es algo de... Ya sabe, de antes.

El pistolero asintió con la cabeza, pero tenía sus dudas. Nunca había oído que a la mescalina se la llamara LSD, ni siquiera en los viejos libros de Marten.

—¿Le hará daño? —quiso saber Jake.

—Nunca me lo ha hecho —respondió el pistolero, consciente de que eludía la pregunta.

—No me gusta.

—No te preocupes.

El pistolero se acuclilló ante el odre del agua, tomó un sorbo y se tragó la píldora. Como siempre, sintió una reacción inmediata en la boca; le pareció que se inundaba de saliva. Se acomodó ante las cenizas del fuego.

—¿Cuándo le hará efecto? —preguntó Jake.

—Tarda un poco. No hables más.

Así pues, Jake se quedó callado y contempló al pistolero con abierta suspicacia mientras éste procedía a iniciar con plena calma el ritual de limpiar los revólveres.

Finalmente, los guardó de nuevo en las fundas y se volvió hacia el chico.

—La camisa, Jake. Quítate la camisa y dámela. Jake, de mala gana, se quitó la descolorida camisa por encima de la cabeza y se la entregó al pistolero.

El pistolero sacó una aguja que llevaba ensartada en la costura lateral de los tejanos, e hilo de un hueco vacío de la canana. Comenzó a zurcir un largo desgarrón en una de las mangas de la camisa del chico. Cuando terminó y le devolvió la prenda, empezó a experimentar los efectos de la mesca: una opresión en el estómago y la sensación de que le daban una vuelta de rosca a todos los músculos de su cuerpo.

—Tengo que irme —anunció, poniéndose en pie.

El chico se incorporó a medias, con una sombra de aprensión en el rostro, y volvió a sentarse.

—Vaya con cuidado —le rogó—. Por favor.

—Acuérdate de la quijada —le recomendó el pistolero. Luego, al pasar junto a Jake, le posó una mano en la cabeza y revolvió sus cabellos de color maíz. El gesto le sorprendió a él mismo, y le hizo soltar una breve risotada. Jake lo contempló con una sonrisa turbada hasta que desapareció en el bosque de sauces.

El pistolero se encaminó directamente hacia el círculo de piedras y se detuvo una sola vez para tomar un sorbo de agua fresca del manantial. Descubrió su propio reflejo en un remanso bordeado de musgo y nenúfares, y lo miró durante unos instantes, tan fascinado como Narciso. Su mente empezaba a reaccionar. En apariencia se incrementaban las connotaciones de cada idea y de cada fragmento de

información sensorial y esto hacía que el curso de sus pensamientos fuera más lento. Las cosas empezaban a adquirir un peso y una densidad invisibles hasta entonces. Tras una pausa, se puso en pie y contempló la enredada maraña de los sauces. Los dorados rayos de luz diurna caían oblicuamente y, antes de seguir avanzando, el pistolero estudió durante unos instantes el movedizo juego de las motas de polvo y los minúsculos objetos que flotaban bajo el sol.

A menudo la droga le había sentado mal: su ego era demasiado fuerte (o quizá demasiado simple) como para complacerse en el hecho de ser eclipsado y vuelto del revés, convertido en blanco de más sensibles emociones como las que ahora le cosquilleaban, al igual que los bigotes de un gato. Pero, esta vez, se sentía bastante tranquilo. Menos mal.

Salió al claro y anduvo hacia el círculo. Se detuvo ante él y dio rienda suelta a su imaginación. Sí, empezaba a subirle con más fuerza, más deprisa. La hierba le aullaba verdor; tuvo la impresión de que, si se agachaba y se frotaba las manos con ella, se levantaría con palmas y dedos teñidos de pintura verde. Se resistió al im— pulso juguetón de querer experimentarlo.

Pero faltaba la voz del oráculo. La excitación sexual. Se acercó al altar y se detuvo un momento al lado. Era ya casi imposible pensar coherentemente. Le causaban extrañeza los dientes dentro de la boca. El mundo contenía demasiada luz. Se encaramó al altar y se tendió de espaldas. Su cabeza estaba convirtiéndose en una espesura infestada de extrañas plantas mentales que nunca antes había visto ni intuido siquiera, como una selva de sauces crecidos en torno a un manantial de mescalina. El cielo era agua y el pistolero estaba suspendido sobre ella. Esta idea le provocó un vértigo que parecía lejano y sin importancia.

Un verso de un antiguo poema le vino a la memoria. No una canción de cuna, esta vez no; a su madre le daban miedo las drogas y el tener que utilizarlas (al igual que le daba miedo Cort y el hecho de que lo utilizaran como ojeador de adolescentes); el verso procedía de una de las guaridas del norte del desierto, donde aún seguían viviendo hombres entre máquinas que raramente funcionaban..., y que a veces, cuando lo hacían, se comían a los hombres. Las palabras se repetían una y otra vez, recordándole (con la inconexión típica de la mescalina) la nieve que caía de forma mística y un tanto fantástica, en el interior de un globo que había poseído en la infancia:

Más allá del alcance de la humana experiencia una gota de infierno, un toque de demencia... Las copas de los árboles que se erguían sobre el altar encerraban caras. Las contempló con fascinación abstraída. Aquí había un dragón, verde y serpenteante.

Allá, una ninfa del bosque con los brazos—ramas abiertos en un gesto de llamada. Ahí, una calavera viva que exudaba limo Caras. Caras.

La hierba del calvero se agitó de pronto y se dobló. Ya vengo. Ya vengo.

Algo se agitaba en su interior. «Hasta qué punto he llegado —se dijo—. De acostarme con Susan en el dulce heno, a esto.»

El súcubo se tendió sobre él, un cuerpo hecho de viento, un seno de repentinas

fragancias de jazmín, rosa y madreselva.

—Di tu profecía —exigió. Tenía un metálico sabor de boca.

Un suspiro. Un débil sonido de llanto. Los genitales del pistolero estaban duros y tensos. Por encima, más allá de las caras de los árboles, veía las montañas. Duras, brutales, llenas de dientes.

El cuerpo se movió sobre el suyo, se enfrentó con él. El pistolero sintió que contraía los puños. El súcubo le había enviado una visión de Susan. Era Susan la que yacía sobre él, la adorable Susan de la ventana, esperándole con la cabellera extendida sobre los hombros y la espalda. Volvió la cabeza, pero el rostro de Susan le siguió.

—jazmín, rosa, madreselva, heno seco... Los aromas del amor. Ámame.

—Profecía —repitió.

—Por favor —sollozó ella—. No seas frío. Aquí hace siempre tanto frío...

Manos deslizándose sobre su carne, palpando, inflamando su pasión. Tirando de él. Atrayéndole. Una hendidura negra. La lumia definitiva. Húmeda y cálida...

No. Seca. Fría. Estéril.

—Apiádate de mí, pistolero. ¡Ah, por favor, suplico tu benevolencia! ¡Apiádate!

—¿Te habrías apiadado tú del chico?

—¿Qué chico? No conozco a ningún chico. No es un chico lo que necesito. Oh, por favor.

—jazmín, rosa, madreselva. Heno seco, con su leve perfume a trébol de verano. Ungüento vertido de antiguas urnas. Una fiesta para la carne.

—Luego —dijo él.

—Ahora. Por favor. Ahora.

Desenrolló su mente hacia ella, la antítesis de la emoción. El cuerpo que se apoyaba sobre el suyo quedó paralizado y fue como si aullara. Hubo un breve y feroz tironeo entre sus sienes; la cuerda, gris y fibrosa, era su propia mente. Durante un momento prolongado no se oyó más sonido que el apagado siseo de su respiración y la ligera brisa que hacía girar, guiñar y contraerse las verdosas caras de los árboles. No cantaba ningún pájaro.

Ella aflojó su presa. De nuevo hubo un ruido de sollozos. Tendría que ser rápido, o ella se iría. Quedarse en aquellas condiciones representaría una atenuación, tal vez incluso lo que ella entendía por muerte. Ya empezaba a notar cómo se retiraba, dispuesta a alejarse del círculo de piedras. Un viento rizó la hierba en torturados escarceos.

—Profecía —ordenó. Ominosa palabra.

Un suspiro sollozante y cansado. El pistolero casi le habría concedido la piedad que suplicaba, pero... estaba Jake. De haber tardado un poco más la noche anterior, habría encontrado a Jake muerto o enloquecido.

— Quédate dormido.

—No.

—Semidormido, entonces.

El pistolero alzó la vista hacia las caras de los árboles. Allá en lo alto se

representaba una obra de teatro para distraerle. Surgieron y cayeron mundos ante sus ojos. Se construyeron imperios sobre resplandecientes arenas donde maquinarias eternas se afanaban en abstractos frenesíes electrónicos. Los imperios decayeron y se hundieron. Ruedas que habían girado como un líquido silencioso disminuyeron su velocidad, comenzaron a rechinar, se pararon. La arena obstruyó las alcantarillas de acero de unas calles concéntricas bajo oscuros firmamentos cuajados de estrellas, como lechos de frías gemas. Y a través de todo ello soplaba un moribundo viento de cambio, impregnado del olor a cinamomo de los últimos días de octubre. El pistolero miró mientras el mundo cambiaba.

Y se quedó semidormido.

— Tres. Tal es el número de tu destino.

—¿Tres?

—Sí. El tres es místico. Tres se yerguen ante el corazón del mantra.

—¿Qué tres?

—«Vemos en parte, y así es cómo se nubla el espejo de la profecía.»

—Dime lo que puedas.

—El primero es joven, de oscura cabellera. Está al borde del robo y el asesinato. Un demonio lo ha poseído. El nombre del demonio es HEROÍNA.

—¿Qué demonio es ése? No he oído su nombre, ni siquiera en los cuentos de mi niñez.

—«Vemos en parte, y así es cómo se nubla el espejo de la profecía.» Existen otros mundos, pistolero, y otros demonios. Son aguas profundas.

—¿El segundo?

—Ésta viene sobre ruedas. Su mente es de hierro, pero su mirada y su corazón son blandos. No veo más.

—¿El tercero? —Encadenado.

—¿Y el hombre de negro? ¿Dónde está?

— Cerca. Hablarás con él.

—¿De qué hablaremos?

—De la Torre.

—¿Y el chico? ¿Jake?

—¡Háblame del chico!

—El chico es tu puerta al hombre de negro. El hombre de negro es tu puerta a los tres. Los tres son tu camino a la Torre Oscura.

—¿Cómo? ¿Cómo puede ser eso? ¿Por qué ha de ser así?

—«Vemos en parte, y así es cómo se nubla...»

—Dios te maldiga.

—Ningún dios me ha maldecido.

—No seas condescendiente conmigo, Cosa. Soy más fuerte que tú.

—¿Cómo te llaman, entonces? ¿Ramera estelar? ¿Puta de los vientos?

—Los hay que viven del amor que llega a los antiguos lugares..., aun en estos tristes y abominables tiempos. Los hay, pistolero, que viven de sangre. Incluso, tengo entendido, de la sangre de chicos jóvenes.

—¿No hay modo de que se salve?

— Sí.

—¿Cómo?

—Desiste, pistolero. Levanta tu campamento y pon rumbo al oeste. En el oeste todavía hay lugar para los hombres que viven de sus balas.

—He jurado por las pistolas de mi padre y por la traición de Marten.

—Marten ya no existe. El hombre de negro se ha comido su alma. Tú ya lo sabes.

—Estoy bajo juramento.

—Entonces, maldito seas.

—Haz de mí lo que te plazca, perra. Ansiedad.

La sombra se lanzó sobre él y lo cubrió. Éxtasis repentino, roto únicamente por una galaxia de dolor, tan débil y brillante como viejas estrellas enrojecidas por el colapso. En el momento culminante de su acoplamiento se le aparecieron caras que no habían sido invitadas: Sylvia Pittston, Alice, la mujer de Tull, Susan, Aneen, y cien más.

Finalmente, al cabo de una eternidad, la apartó de sí. Estaba de nuevo en sus cabales, exhausto y asqueado.

—¡No!¡No es suficiente! Yo...

—Déjame estar —replicó el pistolero. Se incorporó y estuvo a punto de caerse del altar antes de recobrar el equilibrio. Ella lo palpó tentativamente (madreselva, jazmín, dulce esencia de rosas), y él la empujó con violencia y cayó de rodillas.

Sé levantó, tambaleante, y avanzó como un beodo hacia el límite exterior del círculo. Al cruzarlo, se sintió aligerado de un gran peso y aspiró una honda bocanada de aire, casi un estremecimiento o un sollozo. Cuando se alejaba, percibió que aquella presencia, ante las rejas de su prisión, lo contemplaba apartarse de ella. Trató de imaginar cuántos años habrían de pasar antes de que algún otro atravesara el desierto y la encontrara allí, hambrienta y solitaria, y durante unos instantes se sintió empequeñecido por las posibilidades del tiempo. —¡Está usted enfermo!

Jake se incorporó velozmente cuando el pistolero surgió de entre los últimos árboles y avanzó hacia el campamento arrastrando los pies. Había estado acurrucado junto a los restos de la pequeña fogata con la barbilla sobre las rodillas, royendo desconsoladamente los huesos del conejo. Al ver al pistolero corrió hacia él con un aspecto tan preocupado que le hizo sentir a Rolando todo el peso de su inminente traición; una traición que, lo presentía, quizá no fuera sino la primera de otras muchas.

—No —respondió—. Enfermo, no. Solamente cansado. Estoy hecho polvo. —Señaló la quijada con aire ausente—. Ya puedes tirar eso.

Jake la arrojó rápida y violentamente, y luego se frotó las palmas sobre la camisa. El pistolero se sentó —casi se desplomó—, agobiado por el dolor que sentía en todas las articulaciones y por la desagradable bajada de la mescalina, que, como siempre, le dejaba la mente confusa y entorpecida. También su entrepierna palpitaba con un dolor sordo. Lió un cigarrillo con minuciosa lentitud, incapaz de pensar en nada. Jake miraba. El pistolero sintió el repentino impulso de contarle lo que había averiguado

pero, al instante, rechazó esta idea con horror. Se preguntó si una parte de él —la mente o el alma— no estaría desintegrándose.

—Esta noche dormiremos aquí —anunció—. Mañana subiremos. Dentro de un rato saldré a ver si puedo cazar algo para la cena. Ahora necesito dormir. ¿De acuerdo?

—Claro.

El pistolero asintió con la cabeza y se tendió en el suelo. Cuando despertó, las sombras eran alargadas en el pequeño claro herboso.

—Enciende el fuego —le dijo a Jake, echándole el eslabón y pedernal—. ¿Sabes usar esto?

—Sí, creo que sí.

El pistolero se dirigió hacia el bosque de sauces y, sin internarse en él, giró a la izquierda, bordeándolo. Halló un lugar donde el terreno se abría en suave pendiente, cubierto de espesa hierba, y se ocultó silenciosamente entre las sombras. Hasta allí le llegó, débil pero claramente, el clic— clic—clic—clic de Jake al intentar encender el fuego. Permaneció en pie, sin moverse, durante diez, quince, veinte minutos. Aparecieron tres conejos, y el pistolero desenfundó. Abatió a los dos más rollizos, los despellejó y destripó, y regresó con ellos al campamento. Jake tenía la fogata en marcha y ya humeaba el agua sobre ella.

El pistolero aprobó con un gesto de cabeza.

—Buen trabajo.

Jake se sonrojó satisfecho y, sin decir nada, le devolvió el eslabón y el pedernal.

Mientras se cocía el guiso, el pistolero aprovechó la última claridad para volver una vez más al bosque de sauces. Junto al primer remanso comenzó a machetear las duras enredaderas que crecían en la cenagosa orilla del arroyo. Después, cuando del fuego no quedaran más que ascuas y Jake estuviera durmiendo, las trenzaría para convertirlas en una cuerda que tal vez más adelante pudiera servirles de algo. En todo lo que hacía advertía una pronunciada sensación de fatalidad, que ya ni siquiera le resultaba extraña. Al acarrearlas hacia el lugar donde Jake le estaba esperando, las enredaderas sangraron savia verde sobre sus manos.

Se levantaron con el sol y recogieron sus enseres en media hora. El pistolero tenía la esperanza de cazar otro conejo en la pradera a la que acudían a alimentarse, pero el tiempo apremiaba y no se presentó ninguno. El hatillo donde llevaban la comida que les quedaba era ya tan pequeño y ligero que Jake podía transportarlo sin dificultad. El chico se había endurecido; se notaba a primera vista.

El pistolero cargó con el agua, recién obtenida de uno de los manantiales, y se enrolló en torno al vientre las tres cuerdas que había fabricado. Esquivaron ampliamente el círculo de piedras (el pistolero temía que los miedos del chico despertaran de nuevo, pero al pasar sobre el lugar, por una cresta rocosa, Jake apenas le dedicó una mirada de soslayo y, enseguida, desvió su atención hacia un pájaro que se cernía en las alturas). Al poco rato los árboles dejaron de ser tan altos y exuberantes. Los troncos eran retorcidos, y las raíces parecían batallar con la tierra en una torturada persecución de humedad.

—Es todo muy antiguo —observó el chico, melancólicamente, cuando se detuvieron para tomarse un descanso—. ¿No hay nada joven?

El pistolero sonrió y le propinó un codazo.

—Tú eres joven —respondió.

—¿Será dura la ascensión?

El pistolero lo miró con curiosidad.

—Las montañas son altas. ¿No crees que la ascensión será dura? Jake le devolvió la mirada con ojos nublados, desconcertado.

—No.

Reanudaron la marcha.

El sol llegó a su cenit, pareció detenerse allí más brevemente de lo que jamás lo había hecho durante la travesía del desierto y, enseguida, comenzó a descender, devolviéndoles sus sombras. Afloramientos rocosos surgían de la ascendente superficie como los brazos de otros tantos sillones gigantescos enterrados bajo el suelo. La hierba raleante estaba cada vez más amarilla y agostada. Finalmente, su camino les llevó ante una profunda hendidura y tuvieron que escalar una corta cresta de roca desnuda para rodearla y proseguir la ascensión. Allí, el antiguo granito se había quebrado por una serie de líneas que eran como escalones y, como ambos habían intuido, la subida les resultó fácil. Ya en lo alto se detuvieron en una escarpa de poco más de un metro de ancho y volvieron la vista atrás, hacia el desierto, que parecía envolver las tierras altas como una inmensa zarpa amarillenta. Más lejos, hacia el horizonte, refulgía con un destello blanco que deslumbraba la vista y se perdía en borrosas oleadas de aire caliente. El pistolero se sintió vagamente asombrado al comprender que aquel desierto había estado a punto de acabar con su vida. Desde donde se hallaban, en aquel nuevo frescor, el desierto parecía sin duda imponente, pero no letal.

Prosiguieron el ascenso trepando sobre grandes peñascos desprendidos y gateando por planos inclinados de roca incrustada de brillantes puntitos de cuarzo y mica. La piedra resultaba agradablemente cálida al tacto, pero el aire era cada vez más frío. Al caer la tarde, el pistolero oyó un distante fragor de truenos; el ascendente perfil de las montañas, no obstante, les impedía divisar la lluvia en la otra vertiente.

Cuando las sombras comenzaron a adquirir un tono violeta, acamparon en la superficie de un prominente saliente de roca. El pistolero aseguró la manta por arriba y por abajo, improvisando una especie de cabaña colgadiza. Sentados a la entrada, contemplaron cómo el firmamento extendía su manto sobre el mundo. Jake balanceaba los pies al borde del precipicio. El pistolero lió su cigarrillo vespertino y miró al chico con expresión un tanto humorística.

—No te muevas mucho cuando duermas —le aconsejó—, o puedes despertarte en el infierno.

—No tema —contestó Jake con toda seriedad—. Mi madre dice... —Se interrumpió.

—¿Qué dice tu madre?

—Que duermo como un muerto —concluyó Jake. Se volvió hacia el pistolero,

quien advirtió que los labios del chico temblaban, en un esfuerzo por contener las lágrimas. Es sólo un niño, pensó, y el dolor lo abrumó, como cuando un exceso de agua fría provoca a veces una punzada helada en la frente. Sólo un niño. ¿Por qué? Tonta pregunta. Cuando, de pequeño, lastimado en el cuerpo o en el espíritu, le hacía esta pregunta a Cort, aquella antigua máquina de combate, llena de cicatrices, cuya misión consistía en enseñar a los hijos de los pistoleros los fundamentos de aquello que debían conocer, Cort solía responder: «Por qué es una pregunta torcida, y no se puede enderezar... ¡No pienses en el porqué y levántate, gusarapo! ¡Arriba! ¡El día es joven!»

—¿Por qué estoy aquí? —inquirió Jake—. ¿Por qué he olvidado todo lo de antes?

—Porque el hombre de negro te ha arrojado aquí —contestó el pistolero—. Y por la Torre. La

Torre se encuentra en una especie de... nexo de poder. En el tiempo.

—¡No lo entiendo!

—Yo tampoco —admitió el pistolero—. Pero ha ocurrido algo. En mi propio tiempo. «El mundo ha cambiado», decimos a veces... Lo hemos dicho siempre. Pero ahora cambia más deprisa. Algo le ha ocurrido al tiempo.

Permanecieron sentados en silencio. Una brisa, leve pero cortante, les rozó las piernas. En algún lugar no muy lejano se filtraba por una grieta de la roca produciendo un hueco whooooo.

—¿De dónde es usted? —quiso saber Jake.

—De un lugar que ya no existe. ¿Conoces la Biblia?

—Jesús y Moisés. Claro. El pistolero sonrió.

—Eso es. Mi tierra tenía un nombre bíblico: se llamaba Nuevo Canaán. La tierra que manaba leche y miel. Dicen que en el Canaán de la Biblia las uvas eran tan enormes que la gente debía transportarlas en trineos de carga. Nosotros no las teníamos tan grandes, pero era un país fértil.

—He oído hablar de Ulises —apuntó Jake, vacilante—. ¿Estaba también en la Biblia?

—Quizá —contestó el pistolero—. El Libro ya no existe. Se ha perdido todo, excepto las partes que me obligaron a aprender de memoria.

—Pero los otros...

—No hay otros —dijo el pistolero—. Soy el último. Comenzó a distinguirse una luna minúscula y gastada, y proyectaba su hendida mirada sobre el amasijo de rocas donde estaban sentados.

—¿Era bonito? Su país..., su tierra.

—Era hermoso —asintió el pistolero con aire ausente—. Había campos y ríos y brumas por la mañana. Pero eso sería meramente bonito. Mi madre solía decir esto..., y también que la única belleza verdadera es el orden, el amor y la luz.

Jake emitió un gruñido evasivo.

El pistolero siguió fumando y pensando en cómo había sido su mundo: las noches en el inmenso salón central, centenares de figuras ricamente ataviadas moviéndose al compás del vals, lento y constante, o al de la polka, más ligero y rápido. Llevaba a

Aileen del brazo con ojos más brillantes que las más preciosas gemas; el resplandor de la luz eléctrica en las monturas de cristal arrancaba reflejos de los cabellos recién peinados de las damas y también de los de sus enamorados, un tanto cínicos. El salón era amplísimo, una isla de luz cuya edad era incalculable, al igual que la de todo el Lugar Central, compuesto por casi un centenar de castillos de piedra. Habían pasado doce años desde la última vez que Rolando lo viera, y, al partir por última vez, sintió un profundo dolor, al darle la espalda y dar comienzo a la primera etapa de su búsqueda del hombre de negro. Ya entonces, doce años antes, los muros estaban derruidos, crecían hierbajos en los patios, los murciélagos moraban en las vigas del salón central y las galerías resonaban con los suaves susurros y revoloteos de las golondrinas. Los prados donde Cort les enseñaba a usar el arco y el revólver y el arte de la cetrería habían sido invadidos por el heno, el fleo y las vides silvestres. En la enorme cocina llena de ecos, donde Hax gobernara otrora sobre una aromática y humeante corte, había establecido su nido una grotesca colonia de Mutantes Lentos, que lo escudriñaban desde la piadosa oscuridad de las despensas y las sombrías columnas. El cálido vapor, impregnado de penetrante aroma a ternera y a cerdo asado, se había transmutado en la viscosa humedad del musgo, y crecían setas blancas en algunos rincones donde ni siquiera los Mutantes Lentos osaban acampar. El abierto escotillón del subsótano, de maciza madera de roble, era el que dejaba escapar la fragancia más conmovedora, un olor que parecía simbolizar con tajante finalidad todas las desagradables realidades de la corrupción y la decadencia: el áspero y picante olor del vino que se ha convertido en vinagre. No tuvo que esforzarse mucho para volver el rostro hacia el sur y dejarlo todo atrás... pero le había dolido en el alma.

—¿Hubo una guerra? —preguntó Jake.

—Mejor aún —respondió el pistolero, arrojando la colilla humeante—. Hubo una revolución. Ganamos todas las batallas y perdimos la guerra. Nadie ganó la guerra, salvo quizá los rapiñadores. Allí debía de haber botín para muchos años.

—Me hubiera gustado vivir allí —comentó Jake pensativamente.

—Era otro mundo —concluyó el pistolero—. Hora de dormir.

El chico, apenas una sombra confusa, se volvió sobre el costado y se acurrucó bajo la manta. El pistolero montó guardia a su lado durante una hora, tal vez, sopesando sus largas y sobrias reflexiones. Tal meditación era una cosa nueva para él, nueva e incluso agradable de un modo melancólico, pero absolutamente desprovista de todo valor práctico: no había otra solución para el problema de Jake que la sugerida por el Oráculo, y ésta era sencillamente imposible. Quizá la situación tuviera ribetes de tragedia, pero el pistolero no se percataba de ello, sino solamente de la predestinación que había existido siempre. Finalmente, se impuso su natural carácter y se quedó profundamente dormido, sin soñar.

La ascensión se volvió aún más dura al día siguiente, cuando siguieron avanzando hacia la angosta V del paso entre las montañas. El pistolero se movía lentamente, sin sentir prisa alguna. La seca piedra que pisaban no conservaba ninguna huella del hombre de negro, pero el pistolero sabía que había pasado por allí antes que ellos. Y

no sólo por las veces en que Jake y él habían podido observarlo, minúsculo como un insecto, desde los contrafuertes de la cordillera sino por que su aroma estaba estampado en todas las corrientes de aire frío que soplaban desde lo alto. Era un olor sardónico y aceitoso, tan amargo para su olfato como los efluvios de la hierba del diablo.

Los cabellos de Jake habían crecido mucho, y se rizaban ligeramente en la base de su atezado cuello. Trepaba sin descanso, moviéndose con gran seguridad, y no daba muestras de acrofobia cuando cruzaban alguna grieta o escalaban empinadas paredes. En dos ocasiones había tomado la delantera para salvar algún obstáculo que el pistolero no habría podido superar por sí solo. En ambos casos, Jake aseguró una de las cuerdas y se la arrojó al pistolero para que pudiera subir a pulso.

A la mañana siguiente tuvieron que avanzar a través de un frío y húmedo jirón de nube que ocultaba las pedregosas laderas que habían dejado atrás. En algunas de las hendeduras más profundas de la piedra comenzaron a aparecer placas de nieve dura y granulosa. Refulgía como el cuarzo, y su textura era tan seca como la de la arena. Por la tarde descubrieron la huella de una única pisada en uno de estos retazos de nieve. Jake la contempló unos instantes con fascinación horrorizada y alzó la vista, temeroso, como si creyera que el hombre de negro podía materializarse de un momento a otro sobre su propia pisada. El pistolero le dio un golpecito en el hombro y señaló hacia adelante con el dedo.

—Vamos. Se está haciendo tarde.

Después, a la última claridad del día, acamparon en una amplia y plana repisa al noroeste de la hendidura que se introducía en el corazón de las montañas. El aire era helado, el aliento se les condensaba, y el húmedo sonido del trueno en el rojizo resplandor del ocaso tenía algo de surrealista y levemente lunático.

El pistolero supuso que el chico querría interrogarle, pero no hubo preguntas por parte de Jake. El chico cayó dormido casi al instante. El pistolero siguió el ejemplo y soñó de nuevo con aquel oculto lugar bajo tierra, el calabozo, y con Jake como un santo de alabastro con una escarpia clavada en la frente. Despertó con un jadeo y buscó instintivamente la quijada, que ya no estaba en su poder. Esperaba sentir el contacto de la hierba de aquel antiguo bosquecillo y, en cambio, sintió la dureza de la roca y, en el interior de los pulmones, el frío y rarificado aire de las alturas. Jake seguía durmiendo junto a él, pero su sueño no era tranquilo: se agitaba y farfullaba para sí sonidos inarticulados, luchando contra sus propios fantasmas. El pistolero volvió a tenderse, lleno de inquietud, y se durmió de nuevo.

Transcurrió una semana más antes de que llegaran al fin del comienzo; para el pistolero, un retorcido prólogo de doce años, desde el hundimiento definitivo de su mundo natal y la reunión de los otros tres. Para Jake, la puerta había sido una extraña muerte en un mundo distinto. Con todo, para el pistolero había representado una muerte aún más extraña: la interminable persecución del hombre de negro a través de un mundo sin mapa ni memoria. Cuthbert y los demás habían desaparecido, todos: Randolph, Jamie de Curry, Aneen, Susan, Marten (sí, lo derribaron, y hubo disparos, e incluso aquella fruta resultó amarga). Hasta que, finalmente, del viejo mundo sólo

quedaron tres, como tres pavorosas cartas de una terrible baraja de tarot: el pistolero, el hombre de negro y la Torre Oscura.

Una semana después de que Jake descubriera la pisada divisaron el rostro del hombre de negro durante un instante fugaz. En aquel momento, el pistolero sintió que casi era capaz de comprender las grávidas implicaciones de la propia Torre, pues fue un momento que pareció dilatarse eternamente.

Continuaron hacia el sudoeste hasta llegar a un punto situado quizás en la mitad de la ciclópea cordillera, y, justo cuando parecía que, por primera vez, la marcha iba a volverse verdaderamente difícil (sobre sus cabezas, como asomándose hacia ellos, las repisas heladas y las agujas de roca aullantes le hicieron sentir al pistolero un desagradable vértigo invertido), comenzaron a descender de nuevo por una ladera del angosto paso. Un anguloso sendero zigzagueante los condujo al fondo de un cañón, donde un arroyo bordeado de hielo hervía precipitadamente con furia pujante, desde tierras aún más altas.

Aquella tarde, el chico se detuvo y volvió la vista hacia el pistolero, que se había detenido a lavarse la cara en la corriente.

—Lo huelo —anunció Jake.

—También yo.

Ante ellos, la montaña levantaba su última defensa: una insuperable fachada vertical de granito, que se perdía en la nubosa infinitud. El pistolero temía que en cualquier momento una revuelta del arroyo fuese a dejarlos en una gran catarata y frente a la inescalable tersura de la roca, en un callejón sin salida. Pero el aire poseía allí esa curiosa cualidad amplificadora que es corriente en los lugares elevados, y aún tuvieron que proseguir la marcha otro día para llegar a la gran pared de granito.

El pistolero empezó a sentir de nuevo el temible impulso de la premonición, la sensación de que por fin lo tenía todo a su alcance. Cerca ya del final, tuvo que luchar consigo mismo para no echarse a correr.

—¡Espere!

El chico se había detenido bruscamente. Estaban ante un pronunciado recodo de la corriente, que burbujeaba y espumeaba con gran energía en torno al erosionado saliente de un gigantesco peñón de arenisca. Aquella mañana habían permanecido todo el rato a la sombra de las montañas, porque el cañón se estrechaba gradualmente.

Jake se estremecía con gran violencia y estaba pálido.

—¿Qué te ocurre?

—Volvamos atrás —susurró Jake—. Volvamos atrás ahora mismo. La expresión del pistolero era pétrea.

—Por favor.

El chico tenía la cara contraída, y la barbilla le temblaba de mal contenida desesperación. A través de la pesada manta de piedra se seguían oyendo truenos, tan constantes como el motor de una máquina. Incluso la tira de cielo que alcanzaban a ver había asumido un gris gótico y turbulento sobre sus cabezas, donde las corrientes frías y calientes chocaban y guerreaban. —¡Por favor, por favor!

El chico levantó un puño, como si fuera a golpear el pecho del pistolero.

—No.

La expresión del muchacho aceptó la revelación. —Me matará. La primera vez me mató él, y ahora me matará usted.

El pistolero sintió la mentira en sus labios. La pronunció:

—No te pasará nada.

—Y otra mentira todavía mayor—: Cuidaré de ti.

El rostro de Jake se volvió ceniciento y ya no dijo nada más. Extendió la mano a regañadientes, y ambos doblaron el recodo del arroyo. Se encontraron cara a cara con la pared final y con el hombre de negro.

Estaba de pie, apenas a seis metros por encima de ellos, justo a la derecha de la cascada que, con un rugido, se abalanzaba por un enorme boquete irregular desde la roca. Un viento invisible daba tirones a su túnica encapuchada, y la hacía ondear. Una de sus manos sostenía un cayado. La otra se alzaba hacia ellos en un burlón gesto de bienvenida. Parecía un profeta y, bajo el precipitado firmamento, erguido en una repisa de roca, un profeta condenatorio; su voz era la voz de jeremías.

—¡Pistolero! ¡Qué bien das cumplimiento a las antiguas profecías! ¡Buenos días, y buenos días, y buenos días! —Lanzó una carcajada que resonó prolongadamente sobre el mugido de la catarata.

Sin un solo pensamiento y al parecer sin un chasquido de interruptores mecánicos, el pistolero había desenfundado ya los revólveres. El chico reculó hacia la derecha y se refugió tras él, una sombra diminuta.

Rolando disparó tres veces antes de recobrar el dominio de sus manos traicioneras, y los ecos cantaron con notas de bronce entre las rocosas paredes que los rodeaban, imponiéndose al viento y al agua.

Esquirlas de granito saltaron sobre la cabeza del hombre de negro; luego, a la izquierda de su caperuza; por tercera vez, a su derecha. Había fallado claramente los tres disparos.

El hombre de negro volvió a reír, con una carcajada plena y espontánea que pareció desafiar los menguantes ecos de las detonaciones.

—¿Matarías tan fácilmente todas tus respuestas, pistolero?

—Baja —replicó el pistolero—. Baja y responde. Otra vez la poderosa y despectiva carcajada.

—No son tus balas lo que temo, Rolando. Es tu idea de las respuestas lo que me asusta.

—Baja.

—Mejor al otro lado —dijo el hombre de negro—. En el otro lado tendremos consejo. —Sus ojos se posaron fugazmente en Jake, y añadió—: Tú y yo solos.

Jake se encogió con un breve gritito plañidero. El hombre de negro giró sobre sus talones, agitando la túnica en el aire grisáceo como un ala de murciélago, y desapareció por la hendidura en las rocas, de la que el agua brotaba con toda potencia. El pistolero ejercitó su sombría voluntad y no disparó sus armas contra él. ¿Matarías tan fácilmente todas tus respuestas, pistolero?

Sólo quedaron los sonidos del viento y del agua, que habían estado un millar de años en aquel lugar desolado. Pero el hombre de negro le había hablado desde allí. Después de aquellos doce años, Rolando lo había visto de cerca v conversado con él. Y el hombre de negro se había reído de él.

En el otro lado tendremos consejo.

El chico alzó hacia él unos sumisos ojos de cordero, estremeciéndose de pies a cabeza. Por unos instantes el pistolero pudo ver la cara de Alice, la chica de Tull, superpuesta sobre el rostro de Jake, con la cicatriz resaltando sobre su frente como una muda acusación, y sintió un crudo desprecio hacia ambos (hasta mucho más tarde no cayó en la cuenta de que la cicatriz que Alice tenía en la frente y la escarpia que en sueños había visto clavada en la frente de Jake estaban situadas en el mismo lugar). Jake pareció intuir el curso de sus pensamientos, y un gemido ahogado brotó de su garganta. Pero fue muy breve; de inmediato apretó los labios y le puso fin. Tenía todas las cualidades para ser un magnífico hombre, quizás incluso un pistolero por propio derecho si se le daba tiempo.

Tú y yo solos.

El pistolero sintió una intensa sed profana en algún profundo foso de su cuerpo, una sed que ningún vivo podía saciar. Las palabras temblaron, casi al alcance de sus dedos, y cierto instinto le hizo luchar por no dejarse corromper; pero su mente, más fría, albergaba el conocimiento de que esta lucha era en vano y de que siempre lo sería.

Era mediodía. El pistolero alzó la mirada, dejando que la nubosa e inquieta claridad del cielo brillara por última vez sobre el sol, tan vulnerable, de su buena conciencia. Nadie puede pagar nunca en plata, pensó. El precio de todo mal —necesario o no— hay que satisfacerlo en carne.

—Sígueme o quédate —dijo el pistolero.

El chico se limitó a mirarlo en silencio. Y para el pistolero, en aquel momento vital y definitivo de su ruptura con un principio moral, cesó de ser Jake y se convirtió meramente en el chico, una impersonalidad susceptible de que la movieran o utilizaran.

Algo aulló en la ventosa soledad; tanto el chico como él lo oyeron.

El pistolero se puso en marcha y, al cabo de un instante, el chico lo siguió. Juntos escalaron las caóticas rocas que bordeaban la acerada y fría catarata, y se detuvieron donde el hombre de negro se había detenido antes que ellos. Y juntos penetraron por donde él había desaparecido. La tiniebla los engulló.

LOS MUTANTES LENTOS

1

El pistolero le habló a Jake pausadamente, con las fluctuantes inflexiones propias de un sueño.

—Éramos tres: Cuthbert, Jamie y yo. No nos correspondía estar allí, porque ninguno de nosotros había dejado atrás los años de la infancia. Si nos hubieran descubierto, Cort nos habría azotado. Pero no nos descubrieron, como no creo que descubrieran tampoco a ninguno de los que nos habían precedido. Los chicos deben probarse a escondidas los pantalones de sus padres, pavonearse con ellos delante del espejo y, enseguida, devolverlos a la percha; iba así. El padre finge no advertir que la prenda está colgada de manera diferente, y que el hijo lleva restos visibles de un bigote pintado con betún bajo la nariz. ¿Entiendes?

El chico no dijo nada. No había dicho nada desde que renunciaran a la claridad del día. El pistolero, en cambio, hablaba febrilmente, con frenesí, para cubrir su silencio. Al penetrar en la oscuridad del interior de las montañas él ni siquiera volvió la vista atrás, hacia la luz, pero el chico sí lo había hecho. El pistolero había leído cómo el día declinaba en el blando espejo de las mejillas de Jake: primero de un rosa claro, ahora lechosas y cristalinas, luego pálidas plata, después con un último toque crepuscular del resplandor vespertino, luego nada. El pistolero había encendido una luz artificial y siguieron adelante.

En aquellos momentos estaban acampados. Ningún eco del hombre de negro llegaba hasta ellos. Quizá también se hubiera detenido a descansar. O quizá flotaba hacia adelante, por oscurecidas recámaras, sin luces de orientación.

—Se celebraba una vez al año, en el Gran Salón —prosiguió el pistolero—. Lo llamábamos el Salón de los Abuelos, pero era sólo el Gran Salón.

A sus oídos llegaba un rumor de agua goteante.

—Un ritual de cortejo. —El pistolero se rió despectivamente, y las insensibles paredes convirtieron el sonido en un resuello senil—. Según los antiguos libros, antiguamente se trataba de festejar la llegada de la primavera. Pero la civilización, ya sabes...

Dejó la frase en el aire, incapaz de describir el cambio inherente a aquel nombre mecanizado, la muerte del romanticismo, su fantasma estéril y carnal que sólo vivía con la forzada respiración del resplandor y la ceremonia; los pasos geométricos del cortejo durante el baile de la noche de Pascua en el Gran Salón, que habían sustituido a aquella salvaje agitación amorosa que él ya tan sólo intuía vagamente. Vacua grandeza en lugar de viles pasiones arrebatadoras que otrora hubieran podido arrasar almas.

—Lo convirtieron en algo decadente —dijo el pistolero—. Una comedia. Un juego.

La voz estaba preñada del inconsciente desagrado del asceta. El rostro, de haber existido una luz más poderosa para iluminarlo, habría reflejado un cambio: pesadumbre y aspereza.

Su fuerza esencial, sin embargo, no se había adulterado ni diluido. La persistente ausencia de imaginación en aquel rostro era notable.

—Pero el Baile —añadió el pistolero—. El Baile... El chico no dijo nada.

—Había cinco arañas de cristal, con gruesos vidrios y luces eléctricas. Todo era luz: una isla de luz. »Entramos subrepticiamente en una de las viejas galerías de las que se decía que no eran seguras. Pero aún éramos unos niños. Estábamos por encima de todo y podíamos contemplarlo desde lo alto. No recuerdo que ninguno de los tres dijera nada. Nos limitábamos a observar y nos pasamos horas haciéndolo.

»Había una mesa enorme de piedra, ante la cual se sentaban los pistoleros y sus mujeres y contemplaban a los bailarines. Algunos de los pistoleros también danzaban, pero sólo algunos. Eran los más jóvenes. Los demás permanecían sentados, y me dio la impresión de que se sentían un tanto desconcertados bajo toda aquella luz, aquella civilizada luminosidad. Se les reverenciaba y temía: eran los guardianes; pero, entre aquella multitud de caballeros y débiles damas, apenas parecían unos mozos de cuadra...

»Había cuatro mesas circulares cubiertas de comida, y las llevaban de un lado a otro. Los pinches de cocina no pararon de ir y venir desde las siete de la tarde hasta las tres de la madrugada siguiente. Las mesas rotaban como relojes, y hasta nosotros llegaban aromas de cerdo, ternera, langosta y pollo asado, y de manzanas al horno. Había dulces y helados, y grandes espetones de carne sobre las llamas.

»Marten estaba sentado junto a mi madre y mi padre —aun desde aquella altura podía reconocerlos— y, en un momento dado, Marten y ella danzaron lenta y sinuosamente, y los demás despejaron la pista y aplaudieron al terminar la danza. Los pistoleros no aplaudieron, pero mi padre se irguió pausadamente y extendió sus brazos hacia ella. Y ella acudió sonriente.

»Fue un acontecimiento, chico. Un momento como debe de ser en la propia Torre, cuando las cosas se unen y se aglutinan y crean poder en el tiempo. Mi padre estaba al mando, había sido reconocido y destacado entre todos los otros. Marten era el que reconocía.— mi padre era el promotor. Y su esposa, mi madre, la conexión entre los dos, fue hacia él. La traidora.

»Mi padre fue el último señor de la luz.

El pistolero se miró las manos. El chico seguía sin decir nada. Estaba pensativo.

—Recuerdo cómo bailaban —prosiguió el pistolero con voz suave—. Mi madre y Marten el hechicero. Bailaban, girando lentamente, juntos y aparte de todo, reproduciendo los viejos pasos del galanteo.

Miró al chico, sonriendo.

—Pero eso no quería decir nada, ¿sabes? Porque, de algún modo, se había transmitido un poder que ninguno de ellos conocía pero que todos comprendían, y mi madre quedó comprometida en cuerpo y alma con el que ostentaba y ejercía ese poder. ¿Acaso no fue así? Acudió a él cuando hubo terminado el baile, ¿no es cierto? ¿Y no le cogió de la mano? ¿No aplaudieron todos? ¿No resonó el salón con los aplausos cuando aquellos petimetres y sus frágiles damas lo ovacionaron y ensalzaron? ¿No fue así? ¿No fue así?

Un agua amarga goteó a lo lejos en la oscuridad. El chico no decía nada.

—Recuerdo cómo bailaban —repitió el pistolero en voz baja—. Recuerdo cómo bailaban... Alzó la mirada hacia el invisible techo de roca y, por un instante, pareció que iba a aullar hacia él, a alzarse contra él, a desafiar ciegamente a aquellas mudas toneladas de insensible granito cuyo pétreo intestino encerraba sus minúsculas vidas.

—¿Qué mano habría podido esgrimir el cuchillo que acabó con la vida de mi padre?

—Estoy cansado —dijo el chico con voz melancólica.

El pistolero guardó silencio y el chico se tendió en el suelo y colocó una mano entre su mejilla y la piedra. La llamita que tenían ante ellos ardía con luz mortecina. El pistolero lió un cigarrillo. Le pareció que todavía podía ver el fulgor de las arañas de cristal en el sardónico salón de su memoria, que oía los gritos de homenaje, desprovistos de sentido en una tierra despellejada y erguida, aun entonces, frente a un gris océano de tiempo, desesperanzadamente. La isla de luz le causaba un dolor profundo, y deseó no haberla visto jamás, ni haber sido testigo de los cuernos de su padre.

Pasó el humo desde la boca a las fosas nasales y contempló la figura del chico. «De qué modo trazamos grandes círculos en la tierra nosotros mismos —pensó—. ¿Cuánto tardará en volver la luz del día?» Durmió.

Cuando el sonido de su respiración se hizo largo, constante y regular, el chico abrió los ojos y miró al pistolero con una expresión que se parecía mucho al amor. El último resplandor de la llama destelló por un instante en una de sus pupilas y se ahogó en ella. El chico se dispuso a dormir.

El pistolero había perdido casi todo su sentido del tiempo durante la travesía del desierto inmutable; el resto lo perdió allí, en aquellas cámaras bajo las montañas, carentes de luz. Ninguno de los dos disponía de medio alguno para medir el paso de las horas, y el concepto mismo de tiempo perdió su significado. En cierto sentido, vivían al margen del tiempo. Un día muy bien podría haber sido una semana, o una semana un día. Caminaban, dormían, comían frugalmente. La única compañía era el constante y atronador rugido del agua, que proseguía su curso barrenando la piedra. Avanzaban por la orilla, y bebían de aquella profundidad lisa, salada por la presencia de minerales. En diversas ocasiones, el pistolero creyó ver bajo la superficie fugitivas luces a la deriva como cadavéricas lamparillas, pero supuso que no serían más que una proyección de su propio cerebro, que no había olvidado la luz. Con todo, aconsejó al chico que evitara meter los pies en el agua.

El telémetro en su cabeza los guiaba certeramente. El sendero que bordeaba el río (pues era un sendero, liso y algo hundido en el centro, con una leve concavidad) conducía siempre hacia arriba, hacia el nacimiento del río. A intervalos regulares se encontraban con unos pilares de piedra curvos, con pernos de argolla empotrados; quizás en otro tiempo habían atado ahí bueyes o caballos de las diligencias. En cada uno de ellos había un cajón de acero que contenía una linterna eléctrica, siempre completamente desprovista de vida y de luz.

Durante el tercer periodo de descanso antes de dormir, el chico se alejó un poco.

La leve conversación de los guijarros removidos por el cauteloso avance llegaba hasta el pistolero.

—Con cuidado —le advirtió—. No ves dónde pisas.

—Voy a rastras. Esto es... ¡Vaya!

—¿Qué pasa? —El pistolero se levantó a medias, tocando la culata de un revólver. Hubo una breve pausa. El pistolero esforzaba en vano la vista.

—Me parece que es una vía de tren —anunció el chico en tono dubitativo.

El pistolero se incorporó y anduvo lentamente hacia el lugar de donde procedía la voz de

Jake, tanteando el terreno con el pie antes de cada paso.

—Aquí.

Una mano se alzó en la oscuridad y tentó el rostro del pistolero. El chico se desenvolvía muy bien a oscuras, mejor que el mismo pistolero. Sus pupilas se habían dilatado hasta que pareció que no quedaba color en ellas y el pistolero se dio cuenta de ello al encender una luz tenue. No había ningún combustible en aquella matriz rocosa, y el que habían llevado con ellos se estaba convirtiendo en cenizas a pasos agigantados. A veces, el impulso de encender una luz se volvía casi irresistible.

El chico estaba de pie junto a una curva pared de piedra, provista de soportes metálicos paralelos, que se perdían en las tinieblas. En cada uno de ellos había unas protuberancias negruzcas, que quizás antaño hubieran servido como aislantes eléctricos. Debajo, a escasos centímetros del suelo de piedra, había unos raíles de metal brillante. ¿Qué debía de haber circulado en otros tiempos por aquellos raíles? Al escudriñar el camino con los espantados focos de sus ojos, el pistolero sólo podía imaginar negras balas eléctricas volando a través de aquella noche perpetua. Nunca había oído hablar de nada semejante. Pero había esqueletos en el mundo, del mismo modo en que había demonios. En cierta ocasión se había encontrado con un ermitaño que disfrutaba de un poder casi religioso sobre una miserable congregación de pastores de ganado gracias a su posesión de un antiguo surtidor de gasolina. El ermitaño se acuclillaba junto a su artefacto, lo rodeaba posesivamente con un brazo, y predicaba demenciales, obsesivos y lúgubres sermones. De vez en cuando se colocaba entre las piernas la todavía brillante boquilla de acero, unida a una manguera de goma putrefacta. En el surtidor, con letras perfectamente legibles (aunque corroídas por el orín), se leía una inscripción de ignoto significado: AMOCO. Sin plomo. Amoco se había convertido en el tótem de un dios atronador, y sus fieles le rendían culto con el frenético sacrificio de corderos.

Armatostes sin significado, pensó el pistolero. Solamente cascos embarrancados en arenas que otrora fueran mares.

Y ahora una vía férrea.

—La seguiremos —decidió. El chico no dijo nada.

El pistolero apagó la luz y ambos se durmieron. Cuando el pistolero despertó, el chico ya se había levantado; estaba sentado sobre los rieles y lo contemplaba a ciegas en la oscuridad.

Siguieron las vías como si fueran invidentes, el pistolero delante y el chico a

continuación. Siempre palpaban un raíl con los pies, también como si fueran ciegos.

El murmullo del río a su derecha les acompañaba constante. No se hablaban, y así transcurrieron tres periodos de vigilia. El pistolero no se sentía movido a pensar con coherencia ni a hacer proyectos. Cuando dormía, era sin sueños.

Durante el cuarto periodo de vigilia y marcha tropezaron literalmente con una vagoneta.

El pistolero chocó con el pecho y el chico, que seguía el otro raíl, se golpeó en la cabeza y cayó al suelo con un grito.

De inmediato el pistolero encendió una lumbre.

—¿Estás bien? —Sus palabras fueron bruscas, casi cortantes, y le hicieron torcer el gesto.

—Sí. —El chico se palpaba cautelosamente la cabeza. La sacudió un par de veces, para asegurarse de que había dicho la verdad.

Se volvieron a examinar aquello con lo que habían chocado.

Se trataba de una plataforma metálica lisa, plantada silenciosamente sobre las vías. En el centro de la plataforma había una palanca móvil. El pistolero no comprendió al pronto qué era aquello, pero el chico lo identificó al instante.

—Es una vagoneta manual.

—¿Qué?

—Una vagoneta —repitió, impaciente—, como las que se veían en las películas antiguas.

Mire.

Trepó a la plataforma y asió la palanca. Logró bajarla por completo, pero sólo al inclinarse con todo su peso sobre ella. Profirió un breve gruñido. La vagoneta, con muda intemporalidad, avanzó un palmo sobre las vías.

—Está un poco dura —anunció el chico, como si se disculpara por ello.

El pistolero subió a su vez y empujó la palanca hacia abajo: la vagoneta se movió, obediente, y volvió a detenerse. Notó el giro de un eje propulsor bajo los pies y la operación lo complació — porque, aparte de la bomba de la estación de paso, era la primera máquina antigua en estado de funcionamiento que había visto en bastantes años—, pero también le preocupó. De nuevo el beso de la maldición, pensó, y supo que el hombre de negro también había previsto que encontraran aquello.

—Bonito, ¿eh? —comentó el chico, con la voz cargada de desprecio.

—¿Qué son las películas? —quiso saber el pistolero. Jake no respondió y ambos se sumieron en un negro silencio, corno en el interior de una tumba de la que hubiera huido toda vida. El pistolero podía distinguir el funcionamiento de sus propios órganos internos, y la respiración del chico. Nada más.

—Usted se pone a un lado, y yo al otro —explicó Jake—. Tendrá que empujar usted solo hasta que coja velocidad. Entonces podré ayudarle. Primero empuja usted, luego empujo yo. Enseguida cogeré impulso. ¿Entendido?

—Entendido —respondió el pistolero. Sus manos estaban contraídas en impotentes, desesperados puños.

—Tendrá que empujar usted solo hasta que coja velocidad —repitió el chico,

mirándolo.

El pistolero tuvo una súbita visión, asombrosa mente nítida, del Gran Salón un año después del Baile de Primavera, con los destrozados y astillados desechos de la revuelta, la guerra civil y la invasión. Esta visión fue seguida por la imagen de Alice, la mujer de Tull con la cicatriz, empujada y sacudida por el impacto de las balas que, por puro reflejo, la mataron. Fue seguida por el rostro de Jamie, azulado en la muerte, y por el contraído y sollozante rostro de Susan. Todos los amigos, pensó el pistolero. Y sonrió ferozmente.

—Empujaré —dijo al fin. Comenzó a mover la palanca.

Avanzaron en la oscuridad, más deprisa que antes, sin necesidad de ir tanteando el terreno. En cuanto la vagoneta se hubo desprendido de la torpeza de una era enterrada, comenzó a rodar suavemente. El chico trataba de hacer su parte del trabajo y el pistolero le concedía breves turnos, pero casi todo el tiempo accionaba él la palanca, con amplios movimientos ascendentes y descendentes que le tensaban los músculos del pecho. El río era su compañero, a veces más cercano a su derecha, a veces más lejano. En una ocasión adquirió poderosas resonancias huecas, y ellos se sintieron como si estuvieran cruzando el atrio de alguna catedral prehistórica. Otra vez, desapareció casi por completo.

La velocidad y el roce del aire sobre las caras ocupaba aparentemente el lugar de la vista y les proporcionaba, de nuevo, un marco temporal de referencia. El pistolero juzgó que estaban cubriendo entre quince y veinticinco kilómetros por hora, siempre en una ligera y casi imperceptible cuesta arriba que resultaba insidiosamente agotadora. Cuando se detenían, dormía como las mismas piedras. De nuevo estaban quedándose casi sin comida. Ninguno de los dos se preocupaba por ello.

Para el pistolero, la tensión de un inminente clímax era tan imperceptible, pero tan real y acumulativa, como la fatiga de impulsar la vagoneta. Se aproximaba el fin del principio. El pistolero se sentía como un actor situado en el centro del escenario momentos antes de que se alzara el telón; dispuesto en su lugar, con la primera frase grabada en la mente, oía como el invisible público hojeaba los programas y se acomodaba en los asientos. Vivía con un tenso nudo de profana expectación en el estómago, y agradecía el ejercicio que le permitía dormir.

El chico hablaba cada vez menos, pero en un momento de reposo, en un periodo de sueño antes de que los atacaran los Mutantes Lentos, preguntó casi tímidamente al pistolero sobre su mayoría de edad.

El pistolero se hallaba apoyado contra la palanca, con un cigarrillo de la menguante reserva de tabaco pendiendo en sus labios. Estaba a punto de sumirse en su habitual sueño sin pensamientos cuando el chico formuló su pregunta.

—¿Por qué quieres saber eso? —replicó.

La voz del chico fue curiosamente terca, como si pretendiera ocultar su turbación.

—Me interesa. —Tras una pausa, añadió—: Siempre me ha intrigado la cuestión de la madurez. Casi todo son mentiras.

—La mayoría de edad no es lo mismo que la madurez. Yo no he madurado de golpe, sino un poco aquí y otro poco allí, por el camino. Una vez vi ahorcar a un

hombre. Eso fue parte del proceso, aunque en aquel momento no me di cuenta. Hace doce años dejé a una chica en un lugar llamado King's Town. Eso fue otra parte. Pero no reconocí ninguna de las partes en el momento de producirse. Sólo llegué a comprenderlo más tarde.

Sintiéndose un tanto incómodo, se dio cuenta de que estaba esquivando la pregunta.

—Supongo que la mayoría de edad también fue una parte —admitió, casi a regañadientes—. Fue un rito formal. Casi estilizado, como una danza. —Se rió de una forma desagradable—. Como el amor.

»El amor y la muerte han sido mi vida. El chico no dijo nada.

—Era necesario demostrar la propia valía en un combate —comenzó el pistolero. Estío y calor.

Agosto actuó sobre la tierra como un amante vampiro: secó las tierras y las cosechas de los agricultores arrendatarios, hizo que se volvieran blancos y estériles los campos del castillo—ciudad. Al oeste, a unos kilómetros de distancia y cerca de las fronteras que marcaban los límites del mundo civilizado, ya había comenzado la lucha. Todos los informes eran malos, y todos palidecían ante el calor que sofocaba aquel lugar del centro. El ganado, con los ojos vacíos, yacía tendido en los corrales. Los cochinos gruñían inquietos, ajenos a los cuchillos que se afilaban de cara al otoño próximo. La gente se quejaba de los impuestos y de las quintas, como solía hacer siempre, pero bajo el apático drama de la política sólo existía vaciedad. El centro estaba deshilachado como una alfombra de trapos lavada, pisada, sacudida, colgada y secada. Las líneas y las mallas que sujetaban la última joya sobre el pecho del mundo empezaban a deshacerse. Las cosas no se tenían en pie. La tierra contenía el aliento durante aquel verano del eclipse venidero.

El chico vagaba ociosamente por el pasillo superior de aquel lugar de piedra que era su hogar, percibiendo estas cosas sin comprenderlas. También él era vacuo y peligroso.

Tres años habían transcurrido desde el ahorcamiento del cocinero que siempre era capaz de encontrar un bocado para un chico hambriento. Había crecido. Ahora, cubierto únicamente con unos desteñidos pantalones de dril, cumplidos los catorce años, comenzaba ya a mostrar la amplitud de pecho y la longitud de piernas que lo caracterizarían en la edad viril. Aún no había conocido mujer, pero dos jóvenes sirvientas de un mercader de la ciudadela occidental, sucias y desaliñadas, ya le habían echado el ojo. Él había reaccionado ante sus insinuaciones, y en aquellos momentos deseaba con mayor intensidad darles una respuesta. Aun en el frescor del pasadizo notaba el sudor en su cuerpo.

Los aposentos de su madre se hallaban algo más adelante, y se dirigió hacia allí con indiferencia, sin más pensamiento que el de cruzar ante ellos de camino al terrado, donde le esperaban una fresca brisa y el placer de su propia mano.

Acababa de pasar ante la puerta cuando una voz lo llamó:

—Tú, chico.

Era Marten, el hechicero. Iba vestido con ropa sospechosa e inquietantemente

informal: negros pantalones de resistente tela, casi tan ajustados como unos leotardos, y una camisa blanca desabrochada sobre el pecho. Estaba despeinado.

El muchacho lo contempló en silencio.

—¡Pasa, pasa! ¡No te quedes en la puerta! Tu madre desea hablar contigo. —Los labios sonreían, pero las líneas del rostro reflejaban un humor más profundo y sardónico. Por debajo sólo había frialdad.

Su madre, empero, no parecía muy deseosa de verle. Estaba sentada en una silla de respaldo bajo, junto al gran ventanal de la sala principal de sus aposentos, aquel que se abría sobre las desiertas losas recalentadas del patio central. Ataviada con una informal bata holgada, apenas dedicó una mirada al muchacho; una fugaz, y reluciente sonrisa triste, como el sol del otoño sobre las aguas de un arroyo. Durante el resto de la entrevista no dejó de estudiarse las manos.

Por entonces, él ya no solía ver muy a menudo a su madre, y el fantasma de las canciones de cuna ya casi se le había borrado del cerebro. Pero, aun así, se trataba de una entrañable desconocida. El muchacho se sintió poseído de un miedo amorfo y, en el mismo instante, le nació un odio indefinido hacia Marten, la mano derecha de su padre (¿o era a la inversa?).

Y, naturalmente, existían también las habladurías maliciosas, a las que él creía sinceramente no haber prestado oídos.

—¿Estás bien? —preguntó ella suavemente, contemplándose las manos.

Marten permanecía de pie a su lado, con la mano, pesada e inquietante, cerca del punto en que el blanco cuello de la mujer se unía a su blanco hombro, sonriéndoles a ambos.

—Sí —dijo él.

—Tus estudios, ¿van bien?

—Me esfuerzo —contestó. Ambos adultos sabían que no poseía una brillante inteligencia, como Cuthbert, ni era siquiera vivo, como Jame. Él era de los que deben avanzar laboriosamente y con perseverancia.

—¿Y David? —Conocía el afecto que sentía por el halcón.

El adolescente alzó la vista hacia Marten, que seguía sonriendo paternalmente sobre sus cabezas.

—Ya ha pasado sus mejores días.

Su madre pareció sobresaltarse; por un instante, dio la impresión que el rostro de Marten se ensombrecía y que la mano apoyada sobre el hombro de la mujer se contraía.

Luego ella desvió la vista hacia la calurosa blancura del día y todo quedó como estaba antes.

«Es una farsa —pensó él—. Un juego. ¿Quién está jugando con quién?»

—Tienes una cicatriz en la frente —observó Marten, sin dejar de sonreír—. ¿Vas a ser un luchador como tu padre o es que eres lento?

Esta vez ella sí dio un respingo.

—Las dos cosas —contestó el muchacho. Luego miró a Marten con fijeza y le sonrió dolorosamente. Incluso allí dentro hacía mucho calor.

Bruscamente, Marten dejó de sonreír.

—Ya puedes irte al terrado, chico. Creo que tenías algo que hacer allí.

Pero Marten lo había juzgado mal, lo había subestimado. Hasta entonces su conversación había sido en la Baja Lengua, una parodia de informalidad. Pero, de pronto, el muchacho cambió a la Alta Lengua:

—¡Mi madre aún no me ha despedido, vasallo!

El rostro de Marten se contrajo como golpeado por una fusta. El joven oyó el temeroso y afligido resuello de su madre. Ella pronunció su nombre.

Pero la dolorosa sonrisa permanecía intacta en los labios del muchacho, que dio un paso al frente.

—¿Me darás un signo de lealtad, vasallo? ¿En el nombre de mi padre, a quien tú sirves? Marten se lo quedó mirando, mudo de incredulidad.

—Ve —dijo al fin Marten con suavidad—. Ve y encuentra tu mano. Sonriente, el muchacho se marchó.

Al cerrar la puerta y alejarse por donde había venido, oyó el plañido de su madre. Fue el sonido de un alma en pena.

Y luego oyó la carcajada de Marten.

El joven siguió sonriendo mientras se dirigía hacia su prueba.

Jame acababa de estar con las comadres en la tienda y, cuando vio al muchacho cruzando el patio de ejercicios, corrió a contarle a Rolando los últimos rumores de mortandad e insurrección en el oeste. Pero tuvo que echarse a un lado sin poder decir palabra. Se conocían desde la primera infancia y, ya un poco mayores, se habían desafiado el uno al otro, se habían vapuleado el uno al otro y juntos habían emprendido mil exploraciones de los muros dentro de los cuales ambos fueron concebidos.

El joven pasó junto a él a grandes zancadas, mirando sin ver, sonriendo con su dolorosa sonrisa. Se dirigía hacia la cabaña de Cort, que tenía cerradas las persianas para protegerse del fiero calor de la tarde. Cort solía sestear por la tarde, a fin de disfrutar más plenamente de sus incursiones vespertinas por el sucio laberinto de burdeles de la ciudad inferior.

Jame comprendió en un destello de intuición, supo lo que iba a ocurrir y, debatiéndose entre el miedo y el éxtasis, no supo si seguir a Rolando o salir en busca de los demás.

La hipnosis se rompió de pronto y echó a correr hacia los edificios principales, gritando:

—¡Cuthbert! ¡Alíen! ¡Thomas!

Sus gritos sonaron débiles pero diáfanos en el calor agobiante. Siempre habían sabido, todos ellos, de la manera inexplicable propia de los muchachos, que Rolando sería el primero en hacer la prueba. Pero aquello era demasiado precipitado.

La feroz sonrisa que exhibía Rolando lo galvanizó como no hubiera podido hacerlo ninguna noticia de guerras, revueltas o brujerías. Era mucho más que unas cuantas palabras oídas de una boca desdentada sobre unas lechugas cubiertas de cagadas de mosca.

Rolando llegó a la cabaña de su instructor y abrió de una patada la puerta. Ésta saltó hacia atrás, chocó contra el áspero enlucido de la pared y rebotó.

Jamás había estado allí. El umbral se abría sobre una austera cocina, fresca y marrón. Una mesa. Dos sillas de respaldo recto. Dos alacenas. Un desgastado suelo de linóleo, con huellas negruzcas entre la fresquera colocada en el suelo, el mostrador sobre el que pendían los cuchillos, y la mesa.

Ahí estaba la intimidad de un hombre público. La última y marchita sobriedad de un violento juerguista de medianoche, que había amado a tres generaciones de muchachos, con aspereza, y convertido en pistoleros a algunos de ellos.

—¡Cort!

Pateó la mesa, que chocó contra el mostrador al otro extremo del cuarto. Los cuchillos colgados de la rejilla de la pared se desparramaron en una destellante confusión.

En el cuarto de al lado hubo un rumor sordo, un soñoliento carraspeo. El muchacho no entró pues sabía que era fingido, sabía que en la otra habitación Cort había despertado de inmediato y acechaba con su único ojo detrás de la puerta, esperando romper el incauto cuello del intruso.

—¡Ven aquí, Cort, vasallo!

Esta vez habló en la Alta Lengua, y Cort abrió por completo la puerta. Cubierto únicamente con unos frescos calzoncillos, era un hombre achaparrado y patituerto, surcado de cicatrices de pies a cabeza, con nudosos manojos de músculos. Tenía el abdomen redondeado y prominente. El muchacho sabía, por propia experiencia, que estaba hecho de acero. El único ojo bueno se encendió de ira en su maltratada e irregular cabeza calva.

El joven lo saludó formalmente.

—No me enseñes más, vasallo. Hoy te enseño yo.

—Llegas temprano, llorica —dijo en tono despreocupado, pero hablando también en la Alta Lengua—. Con cinco años de adelanto, diría yo. Sólo te lo preguntaré una vez: ¿quieres echarte atrás?

El joven respondió únicamente con su sonrisa fiera y dolorosa. Para Cort, que había visto idéntica sonrisa en una veintena de ensangrentados campos del honor y el deshonor, bajo cielos teñidos de rojo, fue suficiente respuesta; quizá la única en que hubiera podido creer.

—Es una pena —comentó el instructor con aire ausente—. Has sido un alumno muy prometedor, acaso el mejor en dos docenas de años. Lamentaré verte destruido y empujado a un camino sin esperanzas. Pero el mundo ha cambiado. Nos aguardan malos tiempos.

El muchacho siguió sin decir nada (y habría sido incapaz de dar una explicación coherente si alguien se la hubiera pedido), pero por primera vez se suavizó un poco su sonrisa.

—Aun así, está la línea de la sangre —añadió Cort, con un aire sombrío—, con revueltas y brujerías en el oeste o sin ellas. Soy tu vasallo, muchacho. Reconozco tu autoridad y la acato, aunque no haya de volver a hacerlo nunca más, con todo mi

corazón.

Y Cort, que lo había zurrado, pateado, hecho sangrar y maldecido, que se había mofado de él y lo había tratado de piojoso y sifilítico, hincó una rodilla en tierra e inclinó la cabeza.

El joven, admirado, le rozó la curtida y vulnerable piel del cuello.

—Álzate, vasallo. Con mi amor.

Cort se incorporó lentamente, y tal vez hubiera dolor bajo la impasible máscara de las arrugadas facciones.

—Esto es un desperdicio. Renuncia, muchacho. Estoy quebrantando mi propia palabra.; Renuncia y espera!

El joven no dijo nada.

—Muy bien. —La voz de Cort se volvió seca y formal—. Dentro de una hora. Y el arma de tu elección.

—¿Traerás tu garrote?

—Siempre lo he llevado.

—¿Cuántos garrotes te han arrebatado, Cort? Equivalía a preguntarle que cuántos muchachos de todos los que habían entrado en el patio cuadrado de detrás del Gran Salón regresaron como aprendices de pistolero.

—Hoy no me será arrebatado ninguno —contestó Cort pausadamente—. Lo lamento. Sólo hay una prueba, muchacho. La precipitación se castiga de la misma manera que la falta de mérito.

¿No puedes esperar?

El adolescente recordó a Marten erguido sobre él, alto como las montañas.

—No.

—Muy bien. ¿Qué arma eliges? El joven no respondió.

La sonrisa de Cort dejó al descubierto una mellada hilera de dientes.

—Sabio comienzo. Dentro de una hora. ¿Te das cuenta de que es muy probable que no vuelvas a ver nunca a los demás, ni a tu padre, ni este lugar?

—Sé lo que significa el destierro.

—Puedes irte.

El muchacho salió sin mirar atrás.

El sótano del granero daba la falsa impresión de ser fresco; estaba impregnado de humedad y de olor a telarañas y tierra mojada. Pese a estar iluminado por la claridad del sol oblicuo, el calor del día no llegaba hasta él; el muchacho guardaba allí el halcón, y el ave parecía sentirse a gusto.

David se había hecho viejo y ya no surcaba los cielos. Sus plumas habían perdido el radiante brillo animal de tres años antes, pero sus ojos se mantenían tan fijos y penetrantes como siempre. No puedes conseguir la amistad de un halcón, decían, a menos que seas un halcón tú mismo, un solitario que está de paso en la tierra, sin amigos ni necesidad de tenerlos. El halcón no rinde homenaje a las costumbres.

David era ya un halcón viejo. El muchacho tenía la esperanza (¿o acaso era demasiado poco imaginativo para tener esperanzas? ¿Quizá, simplemente, lo sabía?) de ser él mismo un halcón joven.

—Hai —dijo suavemente, mientras extendía el brazo hacia la percha del ave.

El halcón saltó al brazo del muchacho y permaneció inmóvil, sin la capucha. El muchacho se metió la otra mano en el bolsillo y sacó un pedazo de tasajo seco. El halcón lo tomó con gran destreza de entre sus dedos y lo hizo desaparecer.

El joven empezó a acariciar a David muy cautelosamente. Probablemente, si Cort hubiera podido verlo no lo habría creído, pero Cort tampoco suponía que hubiera llegado la hora del muchacho.

—Creo que hoy vas a morir —comenzó, sin dejar de acariciarlo—. Creo que hoy serás sacrificado, como todos aquellos pajarillos con los que te entrenábamos. ¿Te acuerdas? ¿No? Da igual. A partir de hoy, el halcón soy yo.

David seguía posado en su brazo, silencioso y sin parpadear, indiferente a su vida o su muerte.

—Eres viejo —prosiguió el muchacho en tono reflexivo—, y tal vez no seas mi amigo. Hace apenas un año, habrías preferido mis ojos a ese trocito de carne seca, ¿verdad? Cort se reiría. Pero si nos acercamos lo suficiente... ¿De qué se trata, pájaro? ¿Es amistad o es la edad?

David no se lo dijo.

El muchacho le cubrió la cabeza con su caperuza y recogió las pihuelas, que estaban enlazadas al extremo de la percha de David. Salieron del granero.

El patio situado tras el Gran Salón no era en realidad un patio, sino un pasillo verde cuyos muros estaban formados por tupidos y enmarañados setos vivos. El lugar había sido utilizado para el rito de la mayoría de edad desde tiempo inmemorial, mucho antes de Cort y de su predecesor, que había muerto de una puñalada asestada allí mismo por una mano enardecida en exceso. Eran muchos los adolescentes que habían salido del pasillo por el extremo oriental —por el que entraba siempre el instructor—, convertidos en hombres. El extremo oriental conducía al Gran Salón y a toda la civilización y la intriga del mundo iluminado. Muchos más se habían retirado, vencidos y ensangrentados, por el extremo occidental —por donde entraban siempre los aspirantes—, niños para siempre. El extremo occidental apuntaba a las montañas y a los que moraban en chozas; más allá, a los espesos bosques bárbaros y, todavía más allá, al desierto. El adolescente convertido en hombre avanzaba desde la oscuridad y la ignorancia hacia la luz y las responsabilidades; al que era vencido sólo le cabía retirarse, siempre retirarse más y más. El pasillo era tan liso y verde como un campo de juegos. Medía exactamente cincuenta metros de longitud.

Habitualmente, ambos extremos estaban abarrotados de parientes y espectadores en tensión, pues el ritual solía preverse con gran antelación: la edad más corriente para la prueba eran los dieciocho años (aquellos que no se habían sometido a ella al cumplir los veinticinco solían deslizarse a la oscuridad de una vida como poseedores de un feudo franco, incapaces de afrontar la brutal realidad, el todo o nada, de aquel campo y la prueba). Pero ese día no había nadie más— que Jamie, Cuthbert, Allen y Thomas, arracimados en el extremo de los muchachos, boquiabiertos y francamente aterrorizados.

—¡El arma, estúpido! —susurró Cuthbert, angustiado—. ¡Te has olvidado del

arma!

—La tengo —respondió el muchacho con aire distante. Se preguntó vagamente si las noticias del acontecimiento habrían llegado ya a los edificios centrales, si su madre... y Marten lo sabrían. Su padre estaba de caza y aún tardaría semanas en regresar. Se avergonzaba de aquello, pues sentía que en su padre habría hallado comprensión, si no aprobación.

—¿Ha llegado Cort?

—Cort está aquí. —La voz sonó en el extremo opuesto del pasillo y Cort se dejó ver, enfundado en una camiseta corta. Una gruesa banda de cuero le ceñía la frente, para evitar que el sudor le entrara en los ojos. Blandía un garrote de madera y de hierro, con un extremo en punta y el otro romo y aplanado. Comenzó a recitar la letanía que todos ellos, elegidos por la ciega sangre de sus padres, aprendieron durante la primera infancia y memorizaron para el día en que se convertirían, por ventura, en hombres.

—¿Has venido con un propósito serio, muchacho?

—He venido con un propósito serio, instructor.

—¿Has venido como un proscrito de la casa de tu padre?

—Como tal he venido, instructor.

—Y un proscrito sería hasta que superase a Cort. Si Cort le vencía, seguiría siendo un proscrito para siempre.

—¿Has venido con el arma de tu elección?

—Con ella he venido, instructor.

—¿Cuál es tu arma?

—La ventaja del instructor era tener la posibilidad de adaptar su estrategia a la honda, la lanza o la red.

—Mi arma es David, instructor. El titubeo de Cort fue muy breve.

—¿Estás resuelto a atacarme, entonces?

—Así es.

—No te detengas, pues.

Y Cort avanzó hacia el centro del pasillo, pasándose el garrote de mano a mano. Los chicos emitieron un suspiro aleteante, como pájaros, cuando su compatriota avanzó para hacerle frente.

Mi arma es David, instructor.

¿Recordaría Cort? ¿Habría comprendido plenamente? De ser así, quizá todo estuviera perdido. Contaba con la sorpresa... y con el coraje que pudiera conservar aún el ave. ¿Permanecería posado en su brazo, desinteresado, mientras Cort le machacaba el cráneo con el garrote de madera e hierro? ¿O buscaría tal vez el alto y caluroso firmamento?

Se aproximaron. El muchacho retiró la caperuza del halcón con dedos desprovistos de nervios, la arrojó al verde césped e interrumpió su avance. Vio cómo los ojos de Cort se detenían en el pájaro y se dilataban por la sorpresa y por los primeros atisbos de lenta comprensión.

Era el momento.

—¡A él! —gritó el joven, alzando el brazo.

Y David voló como una parda bala silenciosa, agitando sus cortas alas una, dos, tres veces, antes de chocar contra el rostro de Cort con ansioso pico y espolones.

—¡Hai! ¡Rolando! —aulló Cuthbert con delirio. Cort se tambaleó hacia atrás, perdido el equilibrio. Levantó el garrote y batió inútilmente el aire alrededor de su cabeza. El halcón era un manojo de plumas ondulante y borroso.

El muchacho se lanzó hacia adelante como una flecha, el brazo completamente extendido, rígido el codo. Aun así, Cort fue casi demasiado rápido para él. El pájaro cubría el noventa por ciento de su campo visual, pero el palo de hierro se alzó de nuevo, con el extremo aplanado hacia adelante, y Cort ejecutó a sangre fría el único gesto que en aquellos momentos aún podía cambiar el cariz de la situación. Por tres veces golpeó su propia cara, contrayendo implacablemente los bíceps. David cayó al suelo, roto y torcido. Un ala batía frenéticamente la hierba. Los fríos ojos de depredador contemplaban con ferocidad el rostro ensangrentado y chorreante del instructor. El ojo malo de Cort sobresalía ciegamente en la cuenca.

El muchacho descargó un puntapié contra la sien de Cort y acertó de pleno. Aquello debió de poner fin al combate; tenía la pierna entumecida por el único golpe a Cort, pero, aun con eso, ahí tendría que haber terminado. No fue así. Por un instante, el rostro de Cort quedó como muerto, pero al momento se abalanzó en busca del pie del muchacho.

El chico saltó hacia atrás y se enredó con sus propios pies. Cayó al suelo cuan largo era. Desde muy lejos, oyó el chillido de Jamie. Cort ya volvía a estar en pie, listo para lanzarse sobre él y poner fin a la lucha. Toda su ventaja se había perdido. Se miraron unos instantes, el instructor sobre el pupilo, con la parte izquierda del rostro cubierta de goterones de sangre y el ojo malo cerrado, salvo por una fina línea de blanco. Aquella noche no habría burdeles para Cort.

Algo rasgó con furia la mano del muchacho. Era el halcón, David, que desgarraba ciegamente. Tenía las dos alas rotas. Era increíble que no hubiese muerto.

El chico lo cogió como si fuera una piedra, sin prestar atención al hiriente pico que le arrancaba a tiras la carne de la muñeca. Cuando Cort se lanzó sobre él, con los brazos abiertos, el muchacho arrojó el halcón hacia arriba.

—¡Hai! ¡David! ¡Mata!

Y entonces Cort tapó la luz del sol y cayó sobre él. El ave quedó aplastada entre ambos, y el muchacho sintió que un pulgar encallecido buscaba la órbita de uno de sus ojos. Lo desvió al mismo tiempo que encogía un muslo para bloquear la rodilla que Cort pretendía hundirle en el bajo vientre. Con el canto de la mano golpeó duramente tres veces el tronco que era el cuello de Cort. Fue como golpear a una piedra acanalada.

Entonces Cort profirió un sordo gruñido. Todo su cuerpo se estremeció. El muchacho atisbó vagamente una mano que buscaba a tientas el caído garrote y, con una brusca sacudida, lo apartó de una patada. David había hundido un espolón en el oído derecho de Cort. El otro laceraba sin piedad la mejilla del instructor, destrozándola por completo. Cálida sangre salpicó el rostro del joven, y olía a virutas

de cobre.

El puño de Cort golpeó una vez al pájaro y le rompió el lomo. Otra vez, y el cuello se dobló en un ángulo quebrado. Y el espolón seguía hiriendo. Ya no quedaba oreja; solamente un agujero rojo que se abría hacia el cráneo de Cort. El tercer golpe hizo que el halcón saliera despedido, y el rostro de Cort quedó libre.

El muchacho descargó el canto de la mano contra el puente de la nariz de Cort, rompiendo el delgado hueso. Brotó sangre.

La mano de Cort, buscando a ciegas, se aferró a las nalgas del chico; Rolando giró a un lado para desasirse, encontró el garrote de Cort y se incorporó sobre sus rodillas. Cort se puso también de rodillas, sonriendo de una forma pavorosa. Su cara era una máscara de cuajarones de sangre. El único ojo bueno giraba enloquecido en su órbita. La castigada nariz estaba torcida hacia la cara. Ambas mejillas colgaban en jirones.

El muchacho sostenía el garrote como un jugador de béisbol al esperar un lanzamiento.

Cort hizo un doble amago y se abalanzó sobre él. El muchacho estaba preparado. El garrote osciló en un arco horizontal y chocó contra la cabeza de Cort con un ruido apagado y resonante. Cort cayó de costado, mirando al chico, sin verlo, con una expresión perezosa. De los labios le fluía un hilillo de saliva. —Ríndete o muere —dijo el muchacho. Tenía la boca llena de algodón mojado.

Y Cort sonrió. Casi había perdido el conocimiento, y durante toda la semana siguiente tendría que convalecer en su cabaña de piedra, envuelto en la negrura del coma, pero en aquel momento resistió con toda la fuerza de su despiadada vida, carente de secretos. —Me rindo, pistolero. Me rindo sonriendo.

El ojo bueno de Cort se cerró.

El pistolero lo sacudió suavemente, pero con insistencia. Los demás habían corrido junto a él y todas las manos temblaban del anhelo de darle golpecitos en la espalda y de estrechar sus hombros; sin embargo, se mantenían algo alejados, temerosos, percibiendo un nuevo abismo. Y aun así, no era tan extraño como podía haber sido, porque siempre había existido un abismo entre él y los otros.

El ojo de Cort aleteó débilmente y se abrió de nuevo.

—La llave —le urgió al pistolero—. Mi derecho de nacimiento, instructor. Lo necesito.

Su derecho de nacimiento eran los revólveres; no las pesadas armas de su padre, con culatas de madera de sándalo, pero revólveres en cualquier caso. Prohibidos a todo el mundo, salvo a unos pocos. Fundamentales, definitivos. En la bóveda de gruesos muros situada bajo los cuarteles donde la vieja ley le exigía residir a partir de entonces, alejado del seno de su madre, pendían ahora sus armas de aprendiz, pesados y engorrosos objetos de níquel y acero. Pero eran las armas que habían acompañado a su padre durante el aprendizaje, y ahora su padre gobernaba... al menos, teóricamente.

—¿Tan temible es, pues? —farfulló Cort, como entre sueños—. ¿Tan urgente? Así lo temía. Y, sin embargo, has vencido.

—La llave.

—El halcón... Un magnífico ardid. Un arma magnífica. ¿Cuánto tardaste en entrenar al hijo de puta?

—No entrené a David, instructor. Me hice amigo de él. La llave.

—Bajo mi cinturón, pistolero. —El ojo se cerró de nuevo.

El pistolero deslizó una mano bajo el cinturón de Cort, sintiendo la poderosa presión de su vientre y de los enormes músculos, ahora flojos y dormidos. La llave se hallaba en un aro de latón. El joven cerró el puño en torno a ella, resistiendo el loco impulso de arrojarla hacia el cielo con un saludo victorioso.

Se puso en pie y por fin se daba la vuelta hacia los otros cuando la mano de Cort buscó a tientas su pie. Por un instante el pistolero temió un último ataque y se puso en tensión, pero Cort se limitó a alzar la vista hacia él y le hizo señas con un dedo cubierto de sangre seca.

—Voy a dormir —susurró Cort con calma—. Tal vez para siempre, no lo sé. No he de ser ya tu instructor, pistolero. Me has superado, aun siendo dos años más joven que tu padre, que había sido el más joven. Pero escucha todavía un consejo.

—¿Qué?

—Con impaciencia.

—Espera.

—¿Eh? —El asombro le arrancó la exclamación.

—Deja que la palabra y la leyenda te precedan. Hay quienes las divulgarán ambas. —Sus ojos se movieron ligeramente—. Necios, tal vez. Deja que la palabra te preceda. Deja que tu sombra se agrande. Que le crezca el pelo en la cara. Que se haga oscura. —Sonrió de una forma grotesca—. Con tiempo suficiente, las palabras pueden incluso hechizar a un hechicero. ¿Entiendes lo que te digo, pistolero?

—Sí.

—¿Aceptarás mi último consejo?

El pistolero, de cuclillas y pensativo, se balanceó sobre los talones, en una postura que prefiguraba ya al hombre. Contempló el firmamento, que empezaba a volverse profundo y violáceo.

Ya no hacía tanto calor y, al oeste, unos nubarrones presagiaban lluvia. Puntas de relámpago asaeteaban las plácidas laderas de las colinas, a kilómetros de distancia. Más allá, las montañas. Y aún más allá, los crecientes ríos de sangre y sinrazón. Se sentía cansado, cansado hasta la médula y más en lo hondo todavía.

Volvió la vista hacia Cort.

—Enterraré a mi halcón esta noche, instructor. Y luego iré a la ciudad inferior para informar a los de los burdeles, que estarán intrigados por tu ausencia.

Los labios de Cort se entreabrieron en una sonrisa dolorida. Y al momento se durmió. El pistolero se incorporó y se volvió hacia los demás.

—Haced una camilla y llevadlo a su casa. Después, id a buscar a una enfermera. No, a dos enfermeras. ¿Entendido?

Los otros seguían contemplándolo, capturados en un momento suspendido en el tiempo e incapaces de romper aún el hechizo. Todavía esperaban ver un aura de fuego

en torno a él, o una licantrópica transformación de sus facciones.

—Dos enfermeras —repitió el pistolero, y luego sonrió. Todos sonrieron.

—¡Maldito tratante de caballos! —aulló de pronto Cuthbert, radiante—. ¡No has dejado nada de carne para que nosotros podamos roer los huesos!

—El mundo no cambiará mañana —respondió el pistolero, citando el conocido dicho con una sonrisa—. Vamos, Allen, remolón. Mueve el culo.

Allen comenzó a improvisar una camilla; Thomas y Jame salieron juntos hacia el salón principal, rumbo a la enfermería.

El pistolero y Cuthbert intercambiaron una mirada. Siempre habían sido los más amigos, o, al menos, todo lo amigos que podían ser considerando sus respectivas personalidades. En los ojos de Cuthbert brillaba una luz especulativa y abierta, y al pistolero le costó un gran esfuerzo reprimir el impulso de aconsejarle que no se presentara a la prueba antes de que pasara un año, o dieciocho meses incluso, si no quería tener que irse hacia el oeste. Pero era mucho lo que habían vivido juntos, y el pistolero no se creía capaz de ofrecer tal sugerencia sin riesgo de adoptar una expresión que podría ser tomada por condescendencia. Ya he empezado a maquinar, se dijo, y quedó algo desalentado. Luego pensó en Marten, en su madre, y dirigió una engañosa sonrisa a su amigo.

«Voy a ser el primero», se dijo, sintiendo por primera vez una plena certidumbre de ello, aunque muchas veces (distraídamente) lo había pensado antes. Voy a ser el primero.

—Vámonos —dijo. —Con gusto, pistolero.

Salieron por el extremo oriental del pasillo bordeado de setos; Thomas y Jame ya volvían con las enfermeras. Éstas llevaban gruesas batas blancas con una cruz roja en el pecho y parecían fantasmas.

—¿Querrás que te ayude con el halcón? —preguntó Cuthbert.

—Sí —respondió el pistolero.

Más tarde, cuando hubo llegado la noche y, con ella, los tormentosos chubascos; mientras enormes artesonados fantasmales rodaban por el cielo y los rayos bañaban de fuego azul las sinuosas callejas de la ciudad inferior; mientras los caballos esperaban amarrados a los postes de enganche, con las cabezas gachas y las colas caídas, el pistolero tomó a una mujer y se acostó con ella. Fue rápido y estuvo bien. Cuando hubo terminado, y ambos permanecían tendidos sin hablarse, el uno junto al otro, comenzó a granizar con breve y tableteante ferocidad. Abajo, a lo lejos, alguien estaba tocando Hoy Jude a ritmo sincopado. El pistolero empezó a reflexionar sobre sí mismo y fue en aquel silencio salpicado de granizo, justo antes de que el sueño lo venciera, cuando pensó por primera vez en que quizá podría ser también el último.

Naturalmente, el pistolero no le contó al chico todo esto, pero, de todos modos, quizás hubiera captado la mayor parte. Ya se había dado cuenta antes de que era un chico sumamente perceptivo, no muy distinto de Cuthbert, o incluso de Jamie.

—¿Estás dormido? —preguntó el pistolero.

—No.

—¿Has comprendido lo que te he contado?

—¿Comprenderlo? —inquirió el chico, con cauteloso desdén—. ¿Comprenderlo? ¿Me toma el pelo?

—No. —Pero el pistolero estaba a la defensiva. Nunca había hablado con nadie acerca de su mayoría de edad, porque sus sentimientos respecto a aquel episodio de su vida eran encontrados. El halcón había sido un arma perfectamente válida, por supuesto, pero también había sido una treta. Y una traición. La primera de muchas: ¿Estoy preparándome ahora para arrojar este chico contra el hombre de negro?

—He comprendido —afirmó el chico—. Fue un juego, ¿verdad? ¿Es que los adultos tienen que estar siempre jugando a algo? ¿Tiene que ser todo una excusa para otra clase de juego? ¿Hay hombres que maduran o sólo llegan a la mayoría de edad?

—No lo sabes todo —le replicó el pistolero, conteniendo su lenta ira.

—No. Pero sé qué soy yo para usted.

—Ah, ¿sí? ¿Qué eres? —preguntó el pistolero, tenso.

—Una ficha de póker.

El pistolero tuvo el impulso de coger una piedra y machacarle el cerebro al chico. En vez de hacerlo, refrenó su lengua.

—Duérmete ya —le ordenó—. Los chicos necesitan dormir.

Y, en su mente, volvió a oír el eco de Marten: Ve y encuentra tu mano. Permaneció sentado en la oscuridad, pasmado de horror y aterrorizado (por vez primera en toda su existencia, aterrorizado por algo) por el desprecio hacia sí mismo que quizá le reservaba el futuro. Durante el siguiente período de vigilia, el trazado de la vía férrea se acercó más al río subterráneo y encontraron a los Mutantes Lentos.

Jake vio al primero y lanzó un grito.

La cabeza del pistolero, que permanecía fija al frente mientras accionaba la palanca de la vagoneta, se desvió hacia la derecha con una sacudida. Más abajo, lejos de ellos, se veía un putrefacto resplandor verdoso de fuego fatuo, circular y levemente palpitante. Entonces advirtió por primera vez el olor: débil, desagradable, húmedo.

El resplandor verdoso era una cara, y la cara era anormal. Por encima de la nariz aplastada había un insectil nódulo de ojos, que los contemplaban inexpresivamente. El pistolero sintió un atávico hormigueo en los intestinos y las partes pudendas. Aceleró el ritmo de los brazos y la palanca.

La cara fosforescente desapareció.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el chico, encogiéndose—. ¿Qué...? —Las palabras se ahogaron en su garganta al pasar junto a un grupo de tres inmóviles figuras, levemente fosforescentes, de pie entre los raíles y el río invisible, mirándolos.

—Son Mutantes Lentos —explicó el pistolero—. No creo que nos causen ningún problema. Seguramente están tan asustados de nosotros como nosotros de...

Una de las figuras se separó de las restantes y avanzó bamboleante hacia ellos, luminosa y cambiante. Su cara era la de un idiota desnutrido. El flaco cuerpo desnudo se había transformado en un nudoso amasijo de miembros tentaculares provistos de ventosas.

El chico volvió a gritar y se apretó contra la pierna del pistolero como un perro

asustado.

Uno de los tentáculos se arrastró sobre la lisa plataforma de la vagoneta. Apestaba a humedad, a oscuridad, a algo extraño. El pistolero soltó la palanca, desenfundó y disparó una bala contra la frente de aquella cara de idiota desnutrido. El rostro cayó hacia atrás y su leve fulgor de fuego fatuo desapareció como una luna eclipsada. El brillante destello del disparo se quedó grabado en las oscurecidas retinas, y desapareció muy lentamente. El olor a pólvora gastada era caliente, salvaje y ajeno a aquel lugar enterrado.

Pero había otros, muchos más. Ninguno de ellos los atacó abiertamente, pero cada vez se acercaban más a las vías, como un silencioso y abominable grupo de turistas curiosos.

—Quizá debas darle tú a la palanca en mi lugar —dijo el pistolero—. ¿Podrás hacerlo?

—Sí.

—Pues prepárate.

El chico se irguió a su lado, con el cuerpo en equilibrio. Sus ojos captaban únicamente a los Mutantes Lentos junto a los que pasaban, sin fijarse en ellos, sin ver nada más que lo estrictamente necesario. El chico había asumido una carga psíquica de terror, como si su propio ego hubiera surgido de algún modo a través de sus poros para formar una coraza telepática.

El pistolero accionaba la palanca con brío, pero sin que la velocidad aumentara por ello. Los Mutantes Lentos olfateaban su terror, bien lo sabía, pero dudaba de que el terror fuera suficiente para ellos. El chico y él, a fin de cuentas, eran criaturas de la luz, y estaban íntegros. «¡Cómo deben de odiarnos!», pensó, y se preguntó si también habrían odiado de la misma forma al hombre de negro. No lo creía así, o quizás había pasado entre ellos y cruzado su lastimosa colmena sin ser descubierto, apenas sombra de un ala oscura.

El chico emitió un sonido estrangulado y el pistolero volvió la cabeza casi despreocupadamente. Cuatro mutantes corrían a trompicones hacia la vagoneta. Uno de ellos estaba buscando ya un asidero para encaramarse.

El pistolero soltó la palanca y volvió a desenfundar, con el mismo aire despreocupado y soñoliento. Al recibir una bala en la cabeza, el mutante que abría la marcha lanzó un suspiro, un ruido sollozante y comenzó a sonreír. Las manos eran yertas y como de pescado; muertas. Tenía los dedos entrelazados, como los de un guante por mucho tiempo sumergido en barro seco. Una de aquellas cadavéricas manos encontró el pie del chico y empezó a tirar de él.

El chico dio un gran alarido en la bóveda de granito.

El pistolero le disparó en el pecho al mutante, que comenzó a babear por entre los sonrientes labios. Jake estaba a punto de caerse de la vagoneta. El pistolero lo sujetó por un brazo y casi perdió él también el equilibrio. Aquella cosa era asombrosamente fuerte. El pistolero envió otra bala a la cabeza del mutante. Uno de los ojos se apagó como una vela. Pero seguía estirando. Se enzarzaron en una lucha crítica por el espasmódico y culebreante cuerpo de Jake. Tiraban de él en direcciones contrarias

como si de un siniestro juego de cuerda se tratara.

La vagoneta iba perdiendo velocidad, y los demás comenzaron a acercarse: los cojos, los rencos, los ciegos. Quizá sólo buscaban un Jesús que los sanara, que, como a otros tantos Lázaros, los rescatara de la oscuridad.

«Éste es el fin del chico —pensó el pistolero con absoluta frialdad—. Éste es el fin que presentía. Déjalo ir y acciona la palanca o sigue sujetando y que te entierren. El fin del chico.»

Dio un denodado tirón al brazo del chico y disparó una bala contra el vientre del mutante. Por un instante que se hizo eterno, la cosa aumentó aún más su fuerza y Jake comenzó a deslizarse de nuevo por el borde. Luego, las muertas manos limosas se aflojaron y el Mutante Lento, todavía sonriendo, se desplomó entre las vías, detrás de la cada vez más lenta vagoneta.

—Pensaba que iba a abandonarme —sollozaba el chico—. Pensaba... Pensaba...

—Cógete de mi cinturón —dijo el pistolero—. Cógete tan fuerte como puedas.

La mano se introdujo bajo el cinturón y se aferró a él; el chico respiraba a grandes bocanadas, convulsas y silenciosas.

El pistolero volvió a mover la palanca sin parar y la vagoneta empezó a cobrar velocidad. Los Mutantes Lentos quedaron cada vez más atrás, contemplando su huida con caras a duras penas humanas (o tal vez patéticamente humanas); caras que generaban la leve fosforescencia que resulta corriente entre esos extraños peces de las profundidades del océano, que viven bajo increíbles y negras presiones; caras que no reflejaban cólera ni odio en sus demenciales facciones, sino únicamente lo que parecía una pesadumbre semiconsciente e idiotizada.

—Hay menos —observó el pistolero. Los contraídos músculos de su bajo vientre y los genitales se relajaron mínimamente—. Cada vez hay...

Los Mutantes Lentos habían puesto piedras sobre las vías. El camino estaba bloqueado. Era una barrera hecha apresuradamente y de cualquier manera, que podía desmontarse en cosa de un minuto, pero bastaba para detenerlos. Y uno de los dos tendría que bajar para apartar las piedras. El chico gimió y se estremeció, apretándose contra el pistolero. El pistolero soltó la palanca y la vagoneta avanzó silenciosamente hacia las rocas, por pura inercia, hasta detenerse con un choque sordo.

Los Mutantes Lentos empezaron a congregarse de nuevo, casi despreocupadamente, casi como si pasaran casualmente por allí, como si estuvieran perdidos en un sueño de tinieblas y hubieran encontrado a alguien a quien preguntarle el camino. Una indiferente congregación de condenados bajo las antiguas montañas.

—¿Nos cogerán? —preguntó el chico con calma.

—No. Quédate callado un momento.

Estudió las piedras. Los mutantes eran débiles, por supuesto, y no habían podido mover ninguna de las rocas grandes para colocarla sobre los raíles. Sólo piedras pequeñas. Sólo las suficientes para obligarlos a detenerse, para hacer que uno de los dos bajara.

—Baja —dijo el pistolero—. Tendrás que retirarlas. Yo te cubriré.

—No susurró el chico—. Por favor.

—No puedo darte un revólver, y tampoco puedo mover las piedras y disparar al mismo tiempo. Tienes que bajar.

Jake hizo rodar horriblemente los ojos en sus cuencas; por un instante, su cuerpo se estremeció al compás de las elucubraciones de su mente, pero en seguida saltó de la vagoneta y comenzó a arrojar piedras a derecha e izquierda de un modo frenético, sin mirar.

El pistolero desenfundó sus armas y aguardó.

Dos de ellos, más dando tumbos que andando, se dirigieron hacia el chico agitando unos brazos como hechos de pasta. Los revólveres cumplieron su cometido y rasgaron las tinieblas con lanzas de luz blancorrojiza que se clavaron en los ojos del pistolero con un dolor agudo. El chico gritó y siguió apartando rocas. El fulgor espectral saltó y se agitó. Ahora le resultaba más difícil verlo, y aquello era lo peor. Las sombras lo llenaban todo.

Uno de ellos, que apenas resplandecía, extendió de pronto hacia el chico sus gomosos brazos de fantasma. No cesaba de mover los ojos que húmedamente, le comían la mitad de la cara.

Jake volvió a gritar y se giró para defenderse.

El pistolero abrió fuego sin detenerse a pensar, antes de que su confusa visión pudiera traicionar a sus manos. Haciéndolas temblar inconteniblemente; las dos cabezas sólo estaban separadas por escasos centímetros. Fue el mutante quien cayó, de un modo resbaloso.

Jake apartaba las piedras como un loco. Los mutantes se arremolinaban ante la invisible línea fronteriza, aproximándose poquito a poco. Los primeros estaban ya muy cerca y constantemente acudían otros; se multiplicaban.

—Muy bien —dijo el pistolero—. Sube. Deprisa. Cuando el chico se movió, los mutantes se abalanzaron sobre ellos. Jake trepó por un costado de la vagoneta y se puso en pie; el pistolero ya había empezado a accionar la palanca con todas sus fuerzas. Los revólveres descansaban en sus fundas. No podían perder tiempo.

Manos extrañas golpearon el plano metálico de la superficie de la vagoneta. El chico sujetaba el cinturón con las dos manos y apretaba el rostro contra la región lumbar del pistolero.

Un grupo de mutantes invadió las vías, con los rostros llenos de aquella insensata y despreocupada expectación. El pistolero sentía correr la adrenalina por sus venas; la vagoneta volaba sobre las vías, rumbo a la oscuridad. Embistieron a los cuatro o cinco lastimosos cuerpos con toda su potencia. Los mutantes cayeron como plátanos podridos.

Adelante, siempre adelante, hacia la huidiza y silenciosa oscuridad de sepulcro.

Tras lo que se le antojaron siglos, el chico alzó la cara hacia el viento que creaba su propio avance; aunque despavorido, necesitaba saberlo. El fantasma de los destellos de la pólvora aún persistía en sus retinas. No se veía nada, salvo la tiniebla; no se oía nada, salvo el retumbar del río.

—Se han ido —dijo el chico.

Sintió un repentino temor a que las vías terminaran de improviso, a que la

vagoneta saltara de los raíles y los aplastara dolorosamente entre un amasijo de metal retorcido. Él ya había viajado en automóvil; en una ocasión, su malhumorado padre condujo a ciento cincuenta por la autopista de Nueva Jersey y la policía lo detuvo. Pero nunca había viajado de aquella manera, con aquel viento, con tinieblas y terrores a sus espaldas y ante él, con el sonido del río como una risa entre dientes. La risa del hombre de negro. Los brazos del pistolero eran sendos émbolos de una demencial máquina humana.

—Se han ido —repitió con timidez. El viento le arrancó las palabras de la boca—. No hace falta que corra tanto. Los hemos dejado atrás.

Pero el pistolero no le oía. Siguieron traqueteando hacia adelante, hacia la extraña oscuridad. Así continuaron durante tres períodos de vigilia y de sueño, sin ningún otro incidente.

Durante el cuarto período de vigilia (¿Hacia la mitad? ¿Las tres cuartas partes? Lo ignoraban. Sólo sabían que aún no estaban tan cansados como para detenerse), sintieron un brusco porrazo bajo los pies, la vagoneta se ladeó y, de inmediato, sus cuerpos fueron empujados hacia la derecha por la fuerza de la gravedad mientras los rieles se curvaban gradualmente hacia la izquierda.

Había una luz a lo lejos, un resplandor tan tenue y ajeno que al principio les pareció un elemento completamente nuevo, que no era tierra ni aire, ni fuego ni agua. Carecía de color y sólo resultaba discernible porque recuperaron las manos y los rostros en una dimensión distinta a la del tacto. Sus ojos se habían vuelto tan sensibles a la luz que advirtieron el resplandor desde una distancia mayor de ocho kilómetros.

—Es el final —dijo el chico, con voz tensa—. Hemos llegado al final.

—No. —El pistolero negó con curiosa certidumbre—. No lo es. Y no lo era. Llegaron a la luz, pero no al día.

Al acercarse a la fuente del resplandor, advirtieron por primera vez que había desaparecido la pared rocosa de la izquierda, y que muchos otros raíles se habían unido a los primeros, entrecruzándose todos en una compleja telaraña. La luz los convertía en bruñidos vectores. En algunos carriles había oscuros furgones de carga, o vagones de pasajeros, o una diligencia adaptada para circular sobre rieles. Al verlos, como galeones fantasmas atrapados en un subterráneo mar de los Sargazos, el pistolero se puso nervioso.

La claridad se intensificó y los ojos les hacían daño; sin embargo, iba en aumento lo bastante paulatinamente como para permitir que se adaptaran a ella. Pasaron de las tinieblas a la luz como buceadores que ascienden desde las profundidades en etapas graduales. Más adelante, y cada vez más cerca, un enorme hangar se extendía hacia la oscuridad. En él se abrían hasta unos veinticuatro recuadros de luz amarillenta y otras tantas entradas cuyo tamaño pasaba de ser el de ventanitas en una casa de juguete a alcanzar una altura de hasta seis metros o más, a medida que se aproximaban. Pasaron al interior por una de las vías centrales. Sobre ella había una serie de caracteres en distintos lenguajes, según le pareció al pistolero, que quedó atónito al constatar que era capaz de leer la última inscripción. Se trataba de una antigua raíz de

la Alta Lengua, y rezaba:

VIA 10. SUPERFICIE Y DESTINOS AL OESTE

En el interior la luz era más brillante; las vías se unían y se combinaban mediante una serie de cambios de aguja. Allí, algunos de los antiguos semáforos seguían en funcionamiento, llameando eternamente en rojo, verde y ámbar.

Se bambolearon por entre los grandes andenes de piedra ennegrecida por el paso de miles de vehículos, hasta salir a una especie de estación central. El pistolero dejó que la vagoneta se detuviera lentamente y miró a su alrededor.

—Es como el metro —comentó el chico.

—¿El metro?

—Da igual.

El chico saltó sobre el duro cemento del andén. Contemplaron los silenciosos puestos abandonados donde otrora se vendían libros y periódicos; había también una antigua zapatería, una armería (el pistolero, con un repentino estallido de excitación, vio rifles y revólveres pero, al examinarlos de cerca, advirtió que les habían rellenado de plomo los cañones y entonces se apoderó de un arco, que se colgó del hombro, y un carcaj de flechas mal contrapesadas y casi inútiles), y una tienda de ropa femenina. En algún lugar, un extractor reciclaba una y otra vez el aire como lo había hecho durante millares de años, aunque quizá no por mucho más tiempo. En mitad de su ciclo, un ruido rechinante servía para recordar que el movimiento continuo, incluso bajo condiciones estrictamente controladas, seguía siendo un sueño de locos. El aire tenía un sabor metálico. Sus pisadas producían resonancias sordas.

El chico gritó:

—¡Hey! ¡Hey!

El pistolero dio la vuelta y se dirigió hacia él. El chico estaba de pie, como en trance, ante un puesto de libros. En el interior, repantigada contra el rincón más alejado, había una momia. La momia vestía un uniforme azul con ribetes dorados, de ferroviario, a juzgar por su aspecto. Sobre el regazo de la momia había un periódico antiguo perfectamente conservado, que se deshizo en una nube de polvo cuando el pistolero trató de examinarlo. La cara de la momia era como una manzana reseca y arrugada. El pistolero le rozó cautelosamente la mejilla. Se deshizo al instante y reveló el interior de la boca, donde brillaba un diente de oro.

—Gas —dedujo el pistolero—. Antes sabían fabricar un gas que producía este efecto.

—Libraron guerras con él —dijo el chico, con aire sombrío.

—Sí.

Encontraron otras momias; no muchas, pero sí algunas. Todas vestían uniformes azules y dorados. El pistolero supuso que habrían utilizado el gas en un momento en que el lugar estaba vacío de pasajeros. Quizás aquella estación, en un lóbrego pasado,

se había convertido en el objetivo militar de un ejército y una causa olvidados hacía ya mucho.

Este pensamiento lo deprimió.

—Será mejor que sigamos —decidió, echó a andar hacia la vía 10, de regreso a la vagoneta. Pero el chico se detuvo con un aire desafiante.

—Yo no voy.

El pistolero, sorprendido, volvió la cabeza.

El rostro del muchacho estaba tenso y tembloroso.

—No conseguirá lo que quiere hasta que yo haya muerto. Prefiero arriesgarme por mi cuenta. El pistolero asintió evasivamente, despreciándose a sí mismo.

—Muy bien. —Se volvió de nuevo hacia los andenes de piedra y saltó ágilmente a la vagoneta.

—¡Hizo usted un trato! —gritó el chico a sus espaldas—. ¡Sé que lo hizo!

El pistolero, sin responder, depositó cuidadosamente el arco delante de la palanca que surgía del suelo de la vagoneta, en un sitio seguro.

El chico tenía los puños apretados y las facciones apretadas por la angustia.

«Qué poco te cuesta embaucar a este chiquillo —se dijo ásperamente el pistolero—. Una y otra vez su intuición lo conduce al mismo punto, pero siempre acaba por seguirte. Después de todo, eres el único amigo que tiene.»

Le sobrevino un pensamiento, simple y repentino (casi una visión), y se le ocurrió que lo único que tenía que hacer era desistir, dar media vuelta, llevarse al chico consigo y convertirlo en centro de una nueva fuerza. Nadie tenía por qué alcanzar la Torre de una forma tan humillante y vergonzosa. Ya la alcanzaría cuando el chico fuera unos años mayor, cuando ellos dos pudieran deshacerse del hombre de negro como si de un barato juguete se tratara.

«Sí, claro —pensó cínicamente—. Sí, claro.»

Supo, con súbita frialdad, que volver atrás significaría la muerte para ambos; la muerte o algo peor, como enterrarse permanentemente en compañía de los muertos vivientes que habían encontrado por el camino. La degeneración de todas las facultades. Y quizá las pistolas de su padre seguirían viviendo mucho después de que ellos hubieran muerto, conservadas en putrefacto esplendor a guisa de tótems, al igual que el antiguo surtidor de gasolina.

«Demuestra un poco de agallas», se dijo a sí mismo con falsía.

Asió la palanca y comenzó a accionarla. La vagoneta se alejó del andén de piedra. El chico aulló:

—¡Espere! —Y comenzó a correr en diagonal hacia el punto en que emergería la vagoneta, rumbo a la oscuridad de más allá. El pistolero sintió el impulso de acelerar, de dejar al chico solo, pero al menos con una incertidumbre.

Pero lo cogió al vuelo cuando saltó. Al estrechar a Jake contra su pecho, sintió que el corazón le palpitaba y aleteaba bajo la fina camisa. Era como el latido del corazón de un pollo.

Ya estaban muy cerca.

El sonido del río era ahora muy potente y llenaba incluso sus sueños con un

trueno constante. El pistolero, más por capricho que por otra cosa, dejó que el chico moviera la vagoneta mientras él disparaba unas cuantas flechas hacia la oscuridad, atadas con finos hilillos blancos.

El arco era muy malo, asombrosamente bien conservado, pero, aun así, con una tensión y una puntería deleznables, y el pistolero sabía que muy poco podía hacerse para mejorarlo. Ni siquiera una cuerda nueva ayudaría a la cansada madera. Las flechas no se adentraban mucho en la oscuridad, pero la última que disparó regresó mojada y resbaladiza. Cuando el chico le preguntó por la distancia, el pistolero se limitó a encogerse de hombros y, en su fuero interno, no creía que la flecha hubiera podido cubrir más de un centenar de metros desde el estropeado arco, si había llegado a tanto.

Y el sonido seguía haciéndose cada vez más fuerte. Durante el tercer periodo de vigilia tras salir de la estación, comenzaron a ver de nuevo un brillo espectral. Habían penetrado en un largo túnel de una fantástica roca fosforescente, y las húmedas paredes parpadeaban y destellaban con millares de minúsculas luminarias. Lo veían todo a través de un prisma misteriosamente surrealista, como en una mansión de los horrores.

El brutal ruido del río se canalizaba por los muros de roca y les llegaba a través de su propio amplificador natural. Sin embargo, el sonido permanecía extrañamente constante a pesar de que se acercaban al punto de cruce que, el pistolero estaba seguro, les esperaba más adelante, porque la abertura se ensanchaba, las paredes se alejaban de ellos. La pendiente era cada vez más pronunciada.

Los rieles se extendían rectos hacia adelante, bajo aquella nueva luz. Al pistolero esto le recordó las lámparas de gas de los pantanos que a veces podían comprarse por un ochavo en las ferias de la Fiesta de José; para el chico, eran como interminables tubos de neón. Bajo aquel resplandor, ambos pudieron ver que la roca que durante tanto tiempo los había aprisionado terminaba un poco más allá, en dos penínsulas irregulares que apuntaban hacia un inmenso golfo de oscuridad: el abismo sobre el río.

Los rieles proseguían sobre la sima insondable, sostenidos por un caballete de eones de antigüedad. Y más lejos, a un distancia que parecía inimaginable, brillaba un puntito de luz, ni fluorescente ni fosforescente, de luz del día, dura y auténtica. Era tan minúsculo como un alfilerazo en una tela oscura, pero iba cargado de un pavoroso significado.

—Pare —le pidió el chico—. Pare un momento, por favor.

Sin preguntar nada, el pistolero dejó que la vagoneta se detuviera. El sonido del río era un rugido constante y atronador que provenía de abajo y de más adelante. El resplandor artificial de la roca mojada de pronto se le hizo odioso. Por primera vez sintió que lo tocaba una mano claustrofóbica, y el impulso de seguir adelante, de liberarse de aquel entierro en vida, se volvió poderoso y casi incontenible.

—Pasaremos —dijo el chico—. ¿No será eso lo que él pretende? ¿Que pasemos con la vagoneta por encima de... eso... y caigamos al fondo?

El pistolero sabía que no era así, pero respondió:

—No sé qué pretende.

—Ya estamos cerca. ¿No podríamos ir andando? Echaron pie a tierra y se acercaron cautelosamente al borde del precipicio. Bajo sus pies, la piedra seguía ascendiendo constantemente hasta que, de pronto, el suelo desaparecía bajo los rieles y éstos continuaban solos sobre la negrura.

El pistolero se hincó de rodillas y miró hacia abajo. Se distinguía confusamente una casi increíble telaraña de vigas y puntales de acero que sostenían el elegante arco de las vías sobre el vacío, hasta perderse de vista hacia las profundidades desde donde surgía el rugido del río.

Trató de calcular mentalmente el efecto que sobre el acero habrían producido el tiempo y el agua, trabajando en mortífera complicidad. ¿Cuánta resistencia quedaba? ¿Poca? ¿Casi nada?

¿Nada? De súbito, volvió a ver el rostro de la momia y la forma en que la carne, en apariencia sólida, se habría convertido en polvo tras el mero roce de un dedo.

—Andaremos —decidió el pistolero.

Casi esperaba que el chico volviera a resistirse, pero éste empezó a andar con toda calma sobre las vías por delante del pistolero, pisando serenamente y con pie firme las soldadas traviesas de acero. El pistolero lo siguió, listo para cogerlo si Jake daba algún paso en falso. Dejaron la vagoneta a sus espaldas y avanzaron precariamente por encima de la oscuridad.

El pistolero sintió que una fina película de sudor le cubría la piel. El caballete estaba corroído, muy corroído, y palpitaba bajo sus pies con el turbulento impulso del río, mucho más abajo, oscilando levemente sobre invisibles cables de retención. «Somos acróbatas, —pensó—. Mira, mamá, sin red. Estoy volando.» En una ocasión se arrodilló y examinó los durmientes sobre los que caminaban. Estaban completamente cubiertos y recomidos por el orín (sentía el motivo en su propia cara: aire fresco, el amigo de la corrosión. Ya estaban muy cerca de la superficie). Un fuerte puñetazo hizo que el metal se estremeciera violentamente. En otra ocasión oyó un gemido de advertencia bajo sus pies y notó cómo el acero cedía ligeramente antes de desprenderse, cuando él ya no estaba allí.

El chico, naturalmente, debía de pesar unos cincuenta kilos menos que él y no corría ningún peligro, a menos que la marcha empeorara gradualmente.

Tras ellos, la vagoneta se había perdido en la lobreguez general. El saliente de piedra de la izquierda continuaba tal vez a lo largo de unos siete metros. Más que el de la derecha, pero finalmente también quedó atrás y se hallaron los dos solos sobre el abismo.

Al principio les pareció que el minúsculo punto de luz permanecía burlonamente constante (alejándose quizá de ellos a la misma velocidad con que se acercaban; ésa sería una poderosa magia, sin duda), pero poco a poco el pistolero advirtió que iba creciendo y se hacía más nítido. Seguía estando por encima de ellos, pero las vías continuaban ascendiendo.

El chico profirió un gruñido de sorpresa y, de pronto, se bamboleó hacia un lado haciendo girar los brazos extendidos en lentas y amplias revoluciones. Al pistolero le

pareció que oscilaba en el borde durante un tiempo ciertamente muy largo antes de proseguir.

—Casi se hunde debajo mío —dijo con voz suave, desprovista de emoción—. No pise ahí.

El pistolero obedeció. La traviesa que el chico acababa de pisar había cedido casi por completo y se inclinaba perezosamente hacia abajo, suspendida de un remache corroído, como un postigo en una ventana fantasmal.

Hacia arriba, siempre hacia arriba. Era una caminata de pesadilla, y por eso parecía prolongarse mucho más de lo que en realidad lo hacía; el propio aire daba la impresión de espesarse y volverse como un almíbar, y el pistolero casi creía estar nadando en vez de andando. Una y otra vez, trataba de concentrarse en un demencial cálculo de la pavorosa distancia que separaba el caballete de la superficie del río subterráneo. El cerebro concebía por adelantado la caída e imaginaba todos los espectaculares detalles: el chirrido del acero retorcido, la sacudida del cuerpo hacia el borde, la búsqueda de asideros inexistentes con dedos engarfiados, el veloz tableteo de las botas contra el traicionero metal podrido... Y la caída: los interminables giros en el aire, la cálida humedad en el bajo vientre cuando se le soltara la vejiga, las ráfagas de viento en la cara, erizándole el cabello en una caricaturesca imagen de terror, alzándole los párpados... y el agua negra precipitándose hacia él, cada vez más deprisa, y arrancándole incluso sus propios aullidos...

El metal gemía bajo su peso y él siguió avanzando sin apresurarse, buscando nuevos puntos de apoyo, sin pensar en la caída, ni en la distancia que habían cubierto, ni en la que les quedaba por cubrir. Sin pensar que podía prescindir del chico y que la venta de su honor estaba ya, por fin, casi negociada.

—Aquí faltan tres traviesas —le advirtió fríamente el chico—. Voy a saltar. ¡Aquí! ¡Aquí!

Por un instante el pistolero vio su silueta contra la luz del día, torpe y encorvada, con los brazos extendidos. Cayó al otro lado y toda la construcción osciló aterradoramente. Bajo ellos, el metal protestó y, mucho más abajo, se desprendió algo; primero hubo un crujido, luego un sonido de agua profunda.

—¿Has pasado? —preguntó el pistolero.

—Sí —respondió el chico—, pero las traviesas están en muy mal estado. No creo que puedan aguantar su peso. El mío sí, pero no el suyo. Vuélvase. Vuelva atrás y déjeme solo.

Su voz era histérica; fría, pero histérica.

El pistolero cruzó el hueco. Le bastó dar una zancada. El chico temblaba sin poder contenerse.

—Regrese. No quiero que me mate.

—Por el amor de Dios, no te quedes ahí parado —le urgió el pistolero, con aspereza—. Esto va a caerse.

El chico avanzó tambaleándose, con las temblorosas manos alzadas ante él, los dedos extendidos. Siguieron ascendiendo.

Sin embargo, el estado del caballete empeoraba por momentos. Había frecuentes

huecos de uno, dos y hasta tres durmientes, y cada vez el pistolero temía encontrar entre los rieles un espacio vacío tan largo, que les obligara a dar media vuelta o a seguir avanzando por las propias vías, en precario equilibrio sobre el abismo.

Mantuvo la vista fija en la luz del día.

La claridad había adquirido color —azul— y, a medida que se acercaba, iba volviéndose más suave, haciendo palidecer el resplandor fosforescente con el cual se combinaba. ¿Cincuenta metros o un centenar? No habría podido decirlo.

Siguieron caminando, y el pistolero bajó la mirada hacia sus pies, que cruzaban de traviesa en traviesa. Cuando volvió a levantarla, la claridad se había convertido en un agujero, y ya no era una luz, sino una salida. Casi habían llegado.

Treinta metros, sí. Apenas unos pocos pasos más. Podía hacerse. Quizás aún podrían dar alcance al hombre de negro. Quizá las malignas flores que brotaban en su imaginación se marchitaran bajo la brillante luz del sol, y entonces todo sería posible.

Algo oscureció la luz.

El pistolero alzó la vista, sobresaltado, y vio que una silueta llenaba el vacío y se comía la luz, dejando únicamente burlones resquicios de azul en torno a la línea de los hombros, la horcajadura de las piernas.

—¡Hola, muchachos!

La voz del hombre de negro resonó hacia ellos, amplificada por aquella garganta natural abierta en la piedra. Su sarcasmo sugería poderosas insinuaciones. El pistolero buscó intuitivamente la vieja quijada, pero ya no la tenía, se había perdido en alguna parte, gastado su poder.

El hombre de negro se rió por encima de ellos, y el sonido rebotó a su alrededor y retumbó como el oleaje en una caverna de la orilla. El chico gritó y vaciló, convertido otra vez en un molino de viento, los brazos girando en el escaso aire.

El metal cedió y se desgarró bajo sus pies; los raíles se ladearon con un movimiento lento y perezoso. Él chico se lanzó hacia adelante y una mano voló como una gaviota en la oscuridad, arriba, arriba, hasta quedar suspendido sobre la sima; se balanceó sobre ella, sus oscuros ojos fijos en el pistolero y llenos de un ciego y perdido conocimiento definitivo.

—Ayúdeme.

Una voz resonante, atronadora:

—Ven ahora, pistolero. ¡O renuncia a atraparme nunca!

Todas las fichas sobre la mesa. Todas las cartas boca arriba, excepto una. El chico pendía en el abismo, una carta de tarot viviente, el ahorcado, el marino fenicio, el inocente perdido y a duras penas flotando sobre el oleaje de un mar estigio.

Espérame, espera un poco.

—¿Voy? —Una voz tan potente, le era difícil pensar, el poder de nublar la mente de los hombres...

Don't make it bad, take a sad song and make it better...

—Ayúdeme.

El caballete se ladeaba cada vez más; aullaba, se descomponía, iba cediendo...

—Entonces, te dejo.

—¡No!

Sus piernas lo transportaron en un repentino salto a través de la entropía que lo atenazaba, por encima del chico suspendido, en una precipitada zambullida en la luz que se le brindaba, la Torre fija en la retina de su ojo mental como un negro friso, y, de pronto, silencio;

desaparecida la silueta, desaparecidos incluso los latidos de su propio corazón, mientras el caballete cedía más y más, iniciando su lenta danza final hacia las profundidades, desprendidos sus soportes, agarrada la mano al rocoso e iluminado borde de la condenación; y, tras él, el chico hablando desde muy por debajo, demasiado por debajo, interrumpió el horrible silencio. —Váyase, pues. Existen otros mundos aparte de éstos.

El armatoste se desprendió de él, con todo su peso, precipitadamente. Al izarse y salir a la luz, a la brisa y a la realidad de un nuevo karma (Todas seguimos luciendo), volvió angustiado la cabeza, anhelando por un instante ser Jano... pero no había nada, sólo un silencio insondable, pues el chico no emitía sonido alguno.

Ya estaba arriba. Terminó de alzar las piernas y subió por una escarpadura rocosa, que daba a una llanura de hierba al pie de la ladera, hacia donde el hombre de negro le esperaba con las piernas separadas y los brazos cruzados.

El pistolero se puso en pie, tambaleándose, pálido como un muerto, con los ojos grandes e inquietos bajo la sudorosa— frente, y la camisa manchada del blanco polvo de aquel último y desesperado avance. Comprendió entonces que siempre tendría que estar huyendo de aquel asesinato. Comprendió que vendrían otras degradaciones del espíritu ante las cuales ésta le parecería infinitesimal y que, aun así, seguiría huyendo de ella por los pasadizos y a través de las ciudades, de cama en cama; huiría del rostro del chico y trataría de enterrarlo en coños o incluso en nuevas destrucciones, solamente para entrar en una habitación final y encontrárselo contemplándole a la luz de una vela. Se había convertido en el chico; el chico se había convertido en él. Era un wurderlak, un licántropo de su propia hechura, y en los sueños más profundos se convertiría en el chico y hablaría en extrañas lenguas.

Esto es la muerte. ¿Lo es? ¿Lo es?

Descendió con paso lento y bamboleante por la rocosa ladera hacia donde el hombre de negro le esperaba. Allí los rieles se habían desgastado bajo el sol de la razón y era como si jamás hubieran existido.

El hombre de negro se echó la caperuza hacia atrás, empujándola con los dorsos de ambas manos, y se rió.

—¡Vaya! —gritó—. No un final, sino el fin del principio, ¿eh? ¡Haces progresos, pistolero!

¡Haces progresos! ¡Oh, cómo te admiro!

El pistolero desenfundó con cegadora rapidez y disparó doce veces. Los destellos de sus armas oscurecieron al propio sol, y el trueno de las detonaciones rebotó en las rocosas escarpaduras a sus espaldas.

—Ahora —dijo el hombre de negro, riéndose—. Oh, ahora. Hacemos una gran magia juntos, tú y yo. No me matas más de lo que te matas a ti mismo.

Se retiró andando hacia atrás, de cara al pistolero, sonriendo.
—Ven. Ven. Ven.
Y el pistolero, con las botas despedazadas, le siguió hacia el lugar del consejo.

EL PISTOLERO Y EL HOMBRE DE NEGRO

1

El hombre de negro lo condujo a un antiguo campo de matanza para celebrar consejo. El pistolero lo reconoció de inmediato; un gólgota, un lugar de la calavera. Y blanqueadas calaveras los contemplaban imperturbablemente: reses, coyotes, ciervos, conejos. Aquí, el alabastrino xilófono de una hembra de faisán muerta mientras se alimentaba; allí, los minúsculos y delicados huesecillos de un topo, muerto quizá por un perro salvaje por puro entretenimiento.

El gólgota era un cuenco excavado en la descendente falda de la montaña y, más abajo, a alturas inferiores, el pistolero pudo ver algunas yucas y esmirriados pinos. Sobre sus cabezas, el firmamento era de un azul tan suave como no lo había visto en doce meses, y había un algo indefinible que hablaba del mar a no demasiada distancia.

Estoy en el Oeste, Cuthbert, se dijo en tono admirativo.

Y, naturalmente, en cada calavera, en cada redondel de ojo vacío, veía el rostro del chico.

El hombre de negro tomó asiento sobre un viejo tronco de madera y de hierro. Tenía las botas blanqueadas por el polvo y por la harina de huesos que recubría el lugar. Se había tapado de nuevo la cabeza, pero el pistolero distinguía con toda claridad la forma cuadrangular de la barbilla, y el color de la mandíbula.

Los sombreados labios se contrajeron en una sonrisa.

—Recoge leña, pistolero. Esta vertiente de la montaña es más suave, pero, a esta altitud, el frío aún es capaz de clavarle a uno un puñal en el estómago. Y estamos en un lugar de muerte, ¿eh?

—Te mataré —respondió el pistolero.

—No, no lo harás. No puedes. Pero puedes recoger leña para recordar a tu Isaac.

El pistolero no comprendió la referencia. Sin decir palabra, empezó a reunir leña como un vulgar ayudante de cocinero. La madera escaseaba. No había hierba del diablo en aquella vertiente, y aquel palo de madera y hierro no era combustible. Se había petrificado. Finalmente regresó con un gran brazado, polvoriento e impregnado de huesos desintegrados, como si lo hubiera rebozado en harina. El sol se estaba poniendo por detrás de las yucas más altas, y adquiría matices rojizos, que él contemplaba con funesta indiferencia por entre las negras ramas torturadas.

—Excelente —aprobó el hombre de negro—. ¡Cuán excepcional eres! ¡Cuán metódico! ¡Te saludo! —Se rió entre dientes, y el pistolero arrojó la leña a sus pies con un golpe que alzó nubes de polvo de huesos.

El hombre de negro no se sobresaltó ni retrocedió; sencillamente, comenzó a preparar el fuego. El pistolero contempló, fascinado, cómo cobraba forma el ideograma (esta vez, nuevo). Cuando estuvo terminado, parecía una pequeña y complicada chimenea doble de unos sesenta centímetros de altura. El hombre de negro levantó una mano hacia el cielo, recogiéndose la voluminosa manga hasta descubrir unos dedos finos y elegantes, y la bajó rápidamente, con el índice y el

meñique extendidos en el símbolo tradicional del mal de ojo. Hubo un destello de llama azul y el fuego quedó encendido.

—Tengo cerillas —explicó el hombre de negro con voz jovial—, pero he pensado que te gustaría la magia. Un regalo, pistolero. Ahora, prepara nuestra cena.

Se agitaron los pliegues de su túnica, y el cuerpo despellejado y limpio de un rollizo conejo cayó al suelo.

El pistolero espetó el conejo en silencio y lo puso a asar. Un sabroso aroma se alzó mientras el sol acababa de ponerse. Violáceas sombras se deslizaron, hambrientas, sobre la hoya que el hombre de negro había elegido para enfrentarse por fin con él. El pistolero sintió cómo las tripas le gruñían de hambre, sin parar, mientras el conejo se doraba. Pero cuando la carne estuvo cocida y sus jugos encerrados bajo la tostada superficie, tendió el espetón al hombre de negro, sin una palabra, y hurgó en su casi vacío hatillo para extraer un último trozo de cecina. La carne estaba salada, le dolía en la boca y sabía a lágrimas.

—Es un gesto vano —observó el hombre de negro, consiguiendo que su voz sonara enojada y divertida al mismo tiempo.

—Aun así —replicó el pistolero. Tenía minúsculas llagas en el interior de la boca, consecuencia de la falta de vitaminas, y el sabor de la sal le hizo torcer amargamente el gesto.

—¿Temes que se trate de carne hechizada?

—Sí.

El hombre de negro se echó la caperuza hacia la espalda. El pistolero lo contempló en silencio. En cierto modo, el rostro del hombre de negro le produjo una incómoda decepción. Era un rostro apuesto y de facciones regulares, sin ninguna de las marcas y señales que distinguen a una persona que ha pasado por pavorosas circunstancias y posee el conocimiento de grandes secretos ignotos. Tenía el cabello negro, apelmazado y cortado irregularmente. La frente era despejada; los ojos, oscuros y brillantes. La nariz carecía de rasgos distintivos. Los labios eran regordetes y sensuales. La tez, pálida, al igual que la del pistolero.

Este dijo por fin:

—Te imaginaba más viejo.

—No necesariamente. Soy casi inmortal. Habría podido adoptar un rostro más parecido al que tú esperabas, por supuesto, pero he elegido mostrarte aquel con el que nací. Mira, pistolero, el ocaso.

El sol ya se había ocultado, y el firmamento occidental ardía con una tétrica luz de horno.

—No verás otro amanecer durante lo que puede parecerte un tiempo muy largo —le advirtió con suavidad el hombre de negro.

El pistolero recordó el abismo bajo las montañas y luego alzó la vista al cielo, donde las constelaciones se extendían en profusas espirales.

—No me importa —respondió en voz baja—, de momento.

El hombre de negro barajó las cartas con vertiginosa rapidez. La baraja era muy grande, y complicado el dibujo del dorso de los naipes.

—Son cartas de tarot —decía el hombre de negro—. Una combinación de los arcanos habituales con otros diseñados por mí. Fíjate atentamente, pistolero.

—¿Por qué?

—Voy a leerte el futuro, Rolando. Se debe dar la vuelta a siete cartas, una por vez, y situarlas en conjunción con las otras. Han pasado más de trescientos años desde la última vez que hice esto. Y sospecho que nunca volveré a leer cartas como las tuyas. —El tonillo burlón se infiltraba de nuevo, como un soldado nocturno kuviano con el cuchillo de matar en la mano—. Eres el último aventurero del mundo. El último cruzado. ¡Cómo debe de complacerte eso, Rolando! Pero no te imaginas lo cerca que estás de la Torre, cerca en el tiempo. Mundos giran en torno a tu cabeza.

—Lee mi fortuna, pues —respondió ásperamente. Dio la vuelta a la primera carta.

—El Ahorcado —dijo el hombre de negro. La oscuridad le había devuelto la caperuza—. Pero aquí, sin relación con ninguna otra, significa fuerza y no muerte. Tú, pistolero, eres el Ahorcado, que no deja de avanzar trabajosamente hacia su objetivo sobre todos los fosos del Hades. Ya has arrojado al foso a un acompañante, ¿verdad?

Volvió la segunda carta.

—El Marinero. Fíjate en su lisa frente, en las mejillas sin barba, en los ojos doloridos. Se ahoga, pistolero, y no hay nadie que le eche un cabo. El chico. Jake. El pistolero hizo una mueca y no dijo nada.

Apareció la tercera carta: un mandril sonriente montado a horcajadas sobre el cuello de un joven. El joven tenía el rostro vuelto hacia arriba, y sus facciones componían una estilizada máscara de espanto y horror. Observando más atentamente, el pistolero vio que el mandril blandía un látigo.

—El Prisionero —explicó el hombre de negro.

La hoguera proyectaba movedizas y parpadeantes sombras en la cara de la víctima, de forma que ésta parecía moverse y contraerse con mudo terror. El pistolero desvió la mirada.

—Una pizca inquietante, ¿no es cierto? —comentó el hombre de negro, como si estuviera a punto de echarse a reír disimuladamente.

Volvió el cuarto naipe. Una mujer con un chal sobre la cabeza, hilando ante la rueca. Al pistolero, desconcertado, le pareció que sonreía astutamente y sollozaba al mismo tiempo.

—La Señora de las Sombras —observó el hombre de negro—. ¿No te da la impresión de que tiene dos caras, pistolero? Las tiene, en efecto. Un verdadero Jano.

—¿Por qué me enseñas precisamente éstas?

—¡No preguntes! —replicó el hombre de negro bruscamente, pero con una sonrisa—. No preguntes. Limítate a mirar. Considéralo un ritual sin sentido, si lo prefieres y te tranquiliza. Como la iglesia.

Se rió entre dientes y volvió el quinto naipe.

Un esqueleto sonriente aferraba una guadaña con óseos dedos.

—La Muerte —dijo el hombre de negro con sencillez—. Pero no para ti.

La sexta carta. El pistolero la miró y sintió una extraña y hormigueante

premonición en las entrañas. La sensación iba teñida de horror y de alegría, y la emoción en conjunto carecía de nombre. Le hizo sentir ganas de vomitar y de echarse a bailar al mismo tiempo.

—La Torre —anunció suavemente el hombre de negro.

La carta del pistolero ocupaba el centro de la formación, y otras cuatro ocupaban las esquinas, como satélites en torno a una estrella.

—¿Dónde va ésta? —quiso saber el pistolero.

El hombre de negro colocó la Torre sobre el Ahorcado, cubriéndolo por completo.

—¿Qué significa eso? —preguntó el pistolero. El hombre de negro no respondió.

—¡Dios te maldiga! No hubo respuesta.

—Entonces, ¿cuál es la séptima carta?

El hombre de negro descubrió la séptima. Un sol se alzaba en un luminoso cielo azul. Cupidos y duendes retozaban a su alrededor.

—La séptima es la Vida —declaró el hombre de negro—. Pero no para ti.

—¿En qué parte del diseño encaja?

—Eso no te corresponde a ti saberlo —dijo el hombre de negro—. Ni a mí.

Echó descuidadamente el naipe a la hoguera moribunda. La carta se chamuscó, se curvó y ardió con viva llama durante un instante. El pistolero sintió que su corazón flaqueaba, y que se le congelaba dentro del pecho.

—Ahora, a dormir —le indicó el hombre de negro, como sin darle importancia—. Tal vez soñar y todo eso.

—Voy a estrangularte —dijo el pistolero.

Tensó las piernas con salvaje y espléndida presteza, y se abalanzó hacia el otro hombre por encima del fuego. El hombre de negro, sonriente, creció ante sus ojos y se retiró por un largo y resonante corredor lleno de pilares de obsidiana. El mundo se llenó con el sonido de una risa sardónica mientras el pistolero caía, moría, dormía.

Soñaba.

El universo estaba vacío. Nada se movía. Nada era. El pistolero iba a la deriva, a la vez intrigado y divertido.

—Que haya luz —dijo despreocupadamente el hombre de negro, y hubo luz. El pistolero pensó, de un modo indiferente, que la luz era buena.

—Ahora, oscuridad por encima, y estrellas en la oscuridad. Y agua por debajo.

Así ocurrió. El pistolero derivaba sobre mares interminables. Por encima, las estrellas titilaban eternamente.

—Tierra —invitó el hombre de negro.

Y la hubo; ella misma se alzó sobre las aguas en interminables convulsiones galvánicas. Era roja, árida, agrietada y estéril. Los volcanes escupían incesante magma como gigantescos granos en la abombada cabeza de un adolescente feo.

—Vale —dijo el hombre de negro—. Ya es un comienzo. Que haya plantas. Árboles. Hierbas y campos. Los hubo. Aquí y allí vagaban dinosaurios que se gruñían, se bufaban y se devoraban el uno al otro, y quedaban atrapados en hirvientes y odoríferos pozos de brea. Por todas partes crecieron inmensas selvas tropicales. Helechos gigantescos saludaban al firmamento con sus cerosas hojas, sobre algunas

de las cuales se arrastraban curiosos escarabajos de dos cabezas. Todo esto vio el pistolero, y aun así se sentía grande.

—Ahora, el hombre —dijo en voz baja el hombre de negro, pero el pistolero caía... caía hacia arriba. El horizonte de aquella vasta y fecunda tierra comenzó a curvarse. Sí, todos decían que era curvado, todos los maestros le aseguraron que así había quedado demostrado mucho antes de que el mundo cambiara. Pero aquello...

Más y más lejos. Ante sus atónitos ojos se formaron continentes, y espirales de nubes los cubrieron. La atmósfera del mundo lo envolvía como una bolsa amniótica. Y el sol, alzándose sobre los hombros de la tierra... Profirió un chillido y se llevó un brazo ante los ojos.

—¡Que haya luz!

La voz que gritó ya no era la del hombre de negro. Era una voz gigantesca y resonante que llenaba el espacio, y los espacios entre los espacios.

—¡Luz!

Cayendo, cayendo.

El sol se encogió. Un planeta rojo surcado de canales pasó vertiginosamente ante él, con dos lunas orbitando furiosamente a su alrededor. Un cinturón de rocas giraba como un remolino. Un gigantesco planeta bullía de gases, demasiado grande para sostener su propio peso y, por lo tanto, achatado por los polos. Un mundo anillado destellaba con su ceñidor de heladas espéculas.

—¡Luz! Hágase...

Otros mundos, uno, dos, tres. Mucho más allá del último, una solitaria esfera de hielo y roca orbitaba en muerta oscuridad alrededor de un sol que apenas resplandecía más que una moneda

bruñida.

Tinieblas.

—No —dijo el pistolero y su voz sonó apagada y carente de ecos en la oscuridad. Era más oscuro de lo imaginable. Al lado de aquello, la más oscura noche del alma de un hombre era como el mediodía. Las tinieblas del interior de las montañas no eran más que una tiznadura en el rostro de la luz—. Basta, por favor, basta ya. Basta...

—¡LUZ!

—Basta. Basta, por favor...

Las propias estrellas comenzaron a encogerse. Galaxias enteras se reunieron y se convirtieron en manchitas sin mente. Todo el universo parecía contraerse hacia él.

—Jesús basta, basta, basta...

La voz del hombre de negro susurró sedosamente a su oído:

—Renuncia, pues. Desecha todo pensamiento de la Torre. Sigue tu camino, pistolero, y salva tu alma.

—¡NO! ¡NUNCA!

—ENTONCES, ¡HÁGASE LA LUZ!

Y la luz se hizo, aplastándolo como un martillo, una luz grande y primigenia. En ella pereció la conciencia... pero, antes, el pistolero aún alcanzó a ver algo de importancia cósmica. Se aferró a ello con un esfuerzo agónico y buscó su propio ser.

Huyó de la demencia que tal conocimiento implicaba y, con ello, regresó a sí mismo.

Todavía era de noche; la misma u otra distinta, aquello no había forma de saberlo. Se levantó del sitio en que había caído tras su demoníaco salto hacia el hombre de negro y miró en dirección al tronco de madera y de hierro sobre el que el hombre de negro se había sentado. Ya no estaba.

Le invadió una gran sensación de desespero —Dios mío, tener que empezar de nuevo—, y justo entonces el hombre de negro le habló a sus espaldas:

—Estoy aquí, pistolero. No me gustaba tenerte tan cerca. Hablas en sueños. —Se rió entre dientes.

El pistolero, que a duras penas había conseguido ponerse de rodillas, volvió la cabeza. Del consumido fuego sólo quedaban rojos rescoldos y cenizas grises, amontonados en el dibujo ya familiar de la leña quemada. El hombre de negro estaba sentado junto a los restos de la hoguera y se relamía con los grasientos residuos del conejo.

—Lo has hecho bastante bien —comentó el hombre de negro—. Jamás habría podido enviar a Marten una visión semejante. Hubiera regresado babeando.

—¿Qué era? —preguntó el pistolero. Fueron palabras confusas y temblorosas. Sentía que, si trataba de ponerse en pie, sus piernas se negarían a sostenerlo.

—El universo —explicó despreocupadamente el hombre de negro. Con un eructo, arrojó los huesos al fuego, donde refulgieron con malsana blancura. Sobre los bordes del gólgota, el viento silbaba con profunda melancolía.

—El universo —repitió el pistolero en tono inexpresivo.

—Quieres la Torre —dijo el hombre de negro. Parecía tratarse de una pregunta.

—Sí.

—Pero no la tendrás —añadió el hombre de negro, y sonrió con brillante crueldad —. Tengo una idea muy aproximada de lo cerca del borde que has estado. La Torre te mataría a medio mundo de distancia.

—No sabes nada de mí —protestó el pistolero con calma, y la sonrisa se borró de los labios del otro. —Yo hice a tu padre y yo lo hundí —declaró hoscamente el hombre de negro—. Llegué a tu madre por mediación de Marten y la tomé. Estaba escrito, y sucedió. Soy el último satélite de la Torre Oscura. Me ha sido concedido pleno poder sobre la Tierra.

—¿Qué he visto? —preguntó el pistolero—. Hacia el final... ¿qué era?

—¿Qué te ha parecido?

El pistolero guardó silencio, pensativo. Buscó su tabaco, pero ya no le quedaba. El hombre de negro no se ofreció a rellenar la petaca, ya fuera por magia negra o blanca.

—Había luz —dijo al fin el pistolero—. Una gran luz blanca. Y luego... —Se interrumpió y contempló al hombre de negro. Estaba inclinado hacia adelante y tenía inscrita en el rostro una emoción ajena, demasiado pronunciada como para negarla o desmentirla. Curiosidad.

—No lo sabes —concluyó el pistolero, y comenzó a sonreír—. Oh, gran

hechicero que da vida a los muertos. No lo sabes.

—Lo sé —replicó el hombre de negro—. Pero no sé... qué.

—Luz blanca —repitió—. Y luego... Una hoja de hierba. Una sola hoja de hierba que lo llenaba todo. Y yo era minúsculo. Infinitesimal.

—Hierba. —El hombre de negro contrajo los párpados. El rostro estaba demacrado y las facciones, tensas—. Una hoja de hierba. ¿Estás seguro?

—Sí. —El pistolero frunció el ceño—. Pero era morada. Entonces, el hombre de negro empezó a hablar:

—El universo —explicó— presenta una paradoja demasiado vasta para que una mente finita pueda abarcarla. Del mismo modo en que el cerebro viviente no puede concebir un cerebro no viviente —aunque tal vez crea que sí puede—, la mente finita no puede abarcar el infinito.

»E1 prosaico hecho de la existencia del universo frustra de por sí al pragmático y al cínico. Hubo una época, quizá cien generaciones antes de que el mundo cambiara, en que la humanidad había efectuado suficientes progresos técnicos y científicos como para arrancar unas cuantas esquirlas de la gran columna pétrea de la realidad. E incluso entonces, la falsa luminaria de la ciencia (del conocimiento, si lo prefieres) sólo brillaba en unos pocos países desarrollados.

»Aun así, a pesar del enorme incremento en el número de hechos conocidos, la comprensión era notablemente escasa. Nuestros padres, pistolero, triunfaron sobre la "enfermedad-que- pudre", a la que denominamos cáncer, casi vencieron el envejecimiento, llegaron a la luna...

—Eso no me lo creo —dijo, lisa y llanamente, el pistolero.

Ante aquello, el hombre de negro se limitó a sonreír y contestó:

—No hace falta que lo creas. —Y prosiguió—: Construyeron o descubrieron un millar de prodigiosas fruslerías. Pero toda esta riqueza de información no les dio una mayor comprensión, o muy poca. No se escribieron grandes odas a las maravillas de la inseminación artificial...

—¿La qué?

—Consiste en tener hijos a partir de un esperma congelado.

—Y una mierda.

—Como gustes... Aunque ni siquiera los antiguos fueron capaces de producir niños a partir de esta materia. O lo del «coche-que-se-mueve-solo». Pocos, si es que hubo alguno, parecían haber comprendido el Principio de la Realidad; todo nuevo conocimiento conduce siempre a misterios aún más pavorosos. Un mayor conocimiento fisiológico del cerebro hace que la existencia del alma resulte menos posible y a la vez más probable por la misma naturaleza de la búsqueda. ¿Te das cuenta? Claro que no. Estás envuelto en tu propia aura romántica, y te acuestas cada día en compañía de lo arcano. Pero ahora estás aproximándote a los límites, no de una creencia, sino de la comprensión. Estás cara a cara con la entropía inversa del alma.

»Pero vamos a lo más prosaico:

»El mayor misterio que presenta el universo no es la vida, sino el Tamaño. El Tamaño abarca la vida, y la Torre abarca el Tamaño. El niño, que se siente a gusto

con lo maravilloso, pregunta:

¿Qué hay más allá del cielo, papá? Y el padre contesta: La oscuridad del espacio. El niño: ¿Qué hay más allá del espacio? El padre: La galaxia. El niño: ¿Más allá de la galaxia? El padre: Otra galaxia. El niño: ¿Y más allá de las demás galaxias? El padre: Nadie lo sabe.

»¿Lo ves? El tamaño nos derrota. Para el pez, el lago en que vive es el universo. ¿Qué piensa el pez cuando es arrastrado por la boca más allá de los plateados límites de la existencia, hacia un nuevo universo donde el aire lo sofoca y la luz es una demencia azul? ¿Donde enormes bípedos sin branquias lo meten en una caja asfixiante y lo cubren de hierbas mojadas para dejarlo morir?

»O podríamos tomar la punta de un lápiz y ampliarla. Llegamos así a realizar un descubrimiento que nos aturde: la punta del lápiz no es sólida, sino que se compone de átomos que giran y orbitan como un trillón de planetas enloquecidos. Lo que nos parece sólido no es en realidad más que una floja red, sostenida por la gravitación. Si encogiéramos hasta el tamaño adecuado, las distancias entre estos átomos se convertirían en leguas, golfos, eones. Y los átomos están a su vez compuestos de núcleos y protones y electrones que giran a su alrededor. Podríamos dar un paso más, hasta las partículas subatómicas. Y luego, ¿qué? ¿Taquiones? ¿Nada? Claro que no. Todo en el universo desmiente la nada, sugerir una conclusión a las cosas es una imposibilidad.

»Si cayeras hacia el exterior, hacia el límite del universo, ¿encontrarías una cerca y carteles que indicaran CALLEJÓN SIN SALIDA? No. Quizás encontraras algo duro y redondeado, como el polluelo debe de ver el huevo desde el interior. Y si quebraras esa cáscara, ¿qué gigantesca y torrencial luz brillaría a través de tu agujero en el límite del espacio? ¿Atisbarías acaso por él y descubrirías que todo nuestro universo no es sino una parte de un átomo de una hoja de hierba? ¿Te verías quizás obligado a pensar que al prender fuego a una ramita estás incinerando una eternidad de eternidades? ¿Que la existencia no se yergue hacia un infinito, sino hacia una infinidad de ellos?

»Tal vez hayas visto qué papel desempeña nuestro universo en el plan de las cosas: el de un átomo en una hoja de hierba. ¿Podría ser acaso que todo lo que percibimos, desde el virus infinitesimal hasta la remota nebulosa de la Cabeza de Caballo[3], esté contenido en una mera hoja de hierba... que quizá sólo lleva existiendo uno o dos días en un sistema temporal ajeno? ¿Y si esta hoja fuese segada por la hoz? Cuando comenzara a morir, ¿se infiltraría la descomposición en nuestro propio universo y en nuestras propias vidas, volviéndolo todo amarillento, parduzco y marchito? Puede que eso ya haya comenzado a suceder. Decimos que el mundo ha cambiado; tal vez lo que queremos decir en realidad es que ha comenzado a secarse.

»¡Piensa en cómo nos empequeñece este concepto de las cosas, pistolero! Si hay un Dios que lo contempla todo, ¿administra Él acaso la justicia para una raza de mosquitos entre una infinidad de razas de mosquitos? ¿Verá su ojo cómo cae la golondrina, cuando la golondrina es menos que una mota de hidrógeno que flota inconexa en las profundidades del espacio? Y si en verdad lo ve...

¿cuál debe de ser la naturaleza de un Dios tal? ¿Dónde vive? ¿Cómo es posible vivir más allá del infinito?

»Imagínate las arenas del desierto de Mohame, que cruzaste para encontrarme, e imagínate un trillón de universos —no mundos, sino universos— encapsulados en cada grano de arena de ese desierto; y dentro de cada universo, infinidad de ellos. Nos erguimos sobre esos universos desde nuestro patético punto de observación en una hoja de hierba; con un golpe de tu bota puedes sumir en la oscuridad un billón de billones de mundos, en una cadena que nunca podrá completarse. »El Tamaño, pistolero... El Tamaño...

»Vayamos aún más lejos. Supongamos que todos los mundos, todos los universos, se reunieran en un solo nexo, una sola pilastra, una Torre. Una escala, quizás, hacia la propia Divinidad. ¿Osarías, pistolero? ¿Podría ser que, por encima de toda esta realidad sin límites, existiera una Habitación...?

»No osarías. No osarías.

—Alguien ha osado —replicó el pistolero.

—¿Y quien puede ser ese alguien?

—Dios —respondió el pistolero serenamente. Sus ojos relucían—. Dios ha osado... ¿O acaso la habitación está vacía, vidente?

—No lo sé. —Por las regulares facciones del hombre de negro cruzó una sombra de temor, blanda y oscura como un ala de buitre—. Más aún, no lo pregunto. Puede que no fuera prudente.

—¿Tienes miedo de caer fulminado? —preguntó irónicamente el pistolero.

—Quizá tenga miedo de que me pidan cuentas —contestó el hombre de negro, y por un tiempo reinó el silencio.

La noche iba a ser muy larga. La Vía Láctea se extendía sobre ellos con refulgente esplendor, pero terrorífica en su vacuidad. El pistolero trató de imaginar qué sentiría si aquel firmamento de tinta se rasgara y dejara pasar un torrente de luz.

—El fuego —dijo al fin—. Tengo frío.

El pistolero dormitó y al despertar vio que el hombre de negro lo miraba de una manera ávida y malsana. —¿Qué estás mirando?

—Te miro a ti, por supuesto.

—Pues no me mires. —Hurgó en las cenizas, destruyendo la precisión del ideograma—. No me gusta. —Se volvió hacia el este para ver si se atisbaba algún vislumbre de luz, pero aquella noche parecía no tener fin.

—¿Tan pronto buscas la luz?

—He sido hecho para la luz.

—¡Ah, muy cierto! ¡Y muy descortés por mi parte el haberlo olvidado! Pero aún tenemos mucho de qué hablar, tú y yo. Pues así me lo ha dicho mi amo.

—¿Quién?

El hombre de negro sonrió.

—¿Vamos a decir la verdad, entonces? ¿No más mentiras? ¿No más glammer?

—¿Glammer? ¿Qué significa eso? Pero el hombre de negro insistió:

—¿Habrá verdad entre nosotros, de hombre a hombre? ¿No como amigos, sino

como enemigos e iguales? Es una oferta que rara vez te harán, Rolando. Sólo los enemigos se dicen la verdad. Los amigos y los amantes se mienten interminablemente, atrapados en la telaraña de su sentido del deber.

—Digamos, pues, la verdad.

—Nunca había faltado a ella, durante aquella noche—. Empieza diciéndome qué significa glammer.

—Glammer es hechizo, pistolero. El hechizo de mi amo ha prolongado esta noche y seguirá prolongándola... hasta que nuestro asunto haya concluido. —¿Cuánto tiempo llevará eso?

—Mucho. Más no puedo decirte. Yo mismo lo ignoro. —El hombre de negro se acercó —al fuego, y las refulgentes ascuas proyectaron dibujos sobre su rostro—. Pregunta. Te diré lo que sepa. Me has atrapado; es justo. No creía que lo consiguieras. Y, sin embargo, tu búsqueda apenas ha empezado. Pregunta. Verás qué pronto llegaremos al meollo.

—¿Quién es tu amo?

—Nunca lo he visto, pero tú deberás verlo. Para llegar a la Torre, antes debes llegar a él, el Extraño Sin Edad. —El hombre de negro sonrió secamente—. Debes matarlo, pistolero. Pero creo que no era eso lo que deseabas preguntarme.

—Si nunca lo has visto, ¿cómo es que lo conoces? —Se me apareció una vez, en sueños. Vino a mí como un mozalbete, cuando yo vivía en un país lejano. Hace mil años, o cinco o diez. Vino a mí en los días en que los antiguos aún no habían cruzado el mar. En un país llamado Inglaterra. Hace muchos siglos me imbuyó mi sentido del deber, aunque hubo diversas tareas entre mi juventud y mi apoteosis. Tú eres una de ellas, pistolero. —Contuvo una risita—. Ya lo ves, alguien te ha tomado en serio.

—Este Extraño, ¿carece de nombre?

—Oh, sí lo tiene.

—¿Y cuál es su nombre?

—Maerlyn —dijo en voz baja el hombre de negro, y en algún lugar de la oscuridad hacia el este, donde se alzaban las montañas, un desprendimiento de rocas subrayó sus palabras y un puma aulló como una mujer. El pistolero se estremeció, y el hombre de negro se encogió de miedo—. Pero tampoco creo que fuera eso lo que deseabas preguntarme. No está en tu naturaleza el pensar con tanta anticipación.

El pistolero conocía la pregunta, había estado royéndolo toda la noche y, le parecía, desde años atrás. La pregunta temblaba en sus labios, pero no la formuló... aún no.

—Este Extraño, este Maerlyn, ¿es un satélite de la Torre, como tú mismo?

—Mucho mayor que yo. Se le ha concedido el vivir hacia atrás en el tiempo. Él se oscurece. Él tintura. Está en todos los tiempos. Pero aún hay alguien más grande que él.

—¿Quién?

—La Bestia —susurró el hombre de negro, temeroso—. El guardián de la Torre. El originador de todo glammer.

—¿Y qué es? ¿Qué hace esta Bestia...?

—¡No preguntes más! —gritó el hombre de negro. Su voz aspiraba a la severidad, pero se deshizo en una súplica—. ¡No lo sé! No quiero saberlo. Hablar de la Bestia es hablar de la ruina de la propia alma. Ante la Bestia, Maerlyn es como yo soy ante él.

—¿Y después de la Bestia están la Torre y lo que la Torre contiene?

—Sí —susurró el hombre de negro—. Pero nada de todo esto es lo que tú deseas preguntar. Cierto.

—Muy bien —asintió el pistolero, y a continuación formuló la pregunta más vieja del mundo—: ¿Nos conocemos? ¿Nos hemos visto antes en algún lugar?

—Sí.

—¿Dónde? —El pistolero se inclinó hacia adelante con impaciencia. Se trataba de su destino. El hombre de negro se cubrió la boca con las manos y se rió como un chiquillo.

—Me parece que ya lo sabes.

—¡¿Dónde?! —Se puso en pie, y sus manos se posaron en las gastadas culatas de sus revólveres.

—Con éstos no, pistolero. Éstos no abren puertas; sólo las cierran para siempre.

—¿Dónde? —repitió el pistolero.

—¿Debo darle una pista? —preguntó el hombre de negro a las tinieblas—. Sí, creo que debo dársela. —Miró al pistolero con ojos que ardían—. Hubo un hombre que te dio un consejo. Tu instructor...

—Sí, Cort —le interrumpió el pistolero.

—El consejo era esperar. Fue un mal consejo. Pues ya entonces los planes de Marten contra tu padre estaban en marcha. Y cuando tu padre regresó...

—Lo mataron —concluyó el pistolero, vacío de expresión.

—Y cuanto tú volviste y lo viste, Marten se había ido... Se había ido hacia el oeste. Sin embargo, en el séquito de Marten había un hombre, un hombre que lucía los ropajes de un monje y la cabeza afeitada de un penitente...

—Walter —susurró el pistolero—. Tú... Tú no eres Marten. ¡Eres Walter! El hombre de negro esbozó una sonrisita.

—Para servirte.

—Tendría que matarte ahora mismo.

—Eso no sería justo. Después de todo, fui yo quien te entregó a Marten tres años más tarde, cuando... —Entonces, ¡me has manipulado!

—En cierto modo, sí. Pero ya no, pistolero. Ha llegado el momento de compartir. Luego, por la mañana, echaré las runas. Soñarás. Y entonces deberá comenzar tu verdadera búsqueda.

—Walter —repitió el pistolero, atónito.

—Siéntate —le invitó el hombre de negro—. Te contaré mi historia. La tuya, creo, será mucho más larga.

—No suelo hablar de mí mismo —masculló el pistolero.

—Aun así, esta noche debes hacerlo. Para que ambos podamos comprender.

—Comprender, ¿qué? ¿Mi propósito? Ya lo conoces. Mi propósito es encontrar la Torre. Lo he jurado.

—Tu propósito, no, pistolero. Tu mente. Tu lenta, tenaz y laboriosa mente. En toda la historia del mundo no ha existido otra como ella. Quizás en toda la historia de la creación.

—Ha llegado la hora de hablar. La hora de las historias.

—Pues habla.

El hombre de negro sacudió la voluminosa manga de su túnica. Un paquete envuelto en papel de aluminio cayó al suelo y reflejó las brasas moribundas en sus numerosos pliegues.

—Tabaco, pistolero. ¿Quieres fumar?

Había rehusado el conejo, pero no pudo rehusar aquello. Abrió el paquete con dedos anhelantes. En su interior había tabaco finamente picado y también hojas verdes para envolverlo, asombrosamente húmedas. Hacía diez años que no veía un tabaco así.

Lió un par de cigarrillos y les cortó los extremos con los dientes para que fluyera el sabor. Acto seguido, le ofreció uno al hombre de negro, que lo aceptó. Ambos recogieron del fuego sendas ramitas encendidas.

El pistolero prendió su cigarrillo y aspiró una profunda bocanada del aromático humo, con los ojos cerrados para mejor concentrar los sentidos. Exhaló con lenta y morosa satisfacción.

—¿Es bueno? —inquirió el hombre de negro.

—Sí. Muy bueno.

—Disfrútalo. Puede ser el último cigarrillo que fumes en mucho tiempo. El pistolero recibió la advertencia sin inmutarse.

—Muy bien —dijo el hombre de negro—. Para empezar, debes comprender que la Torre ha existido siempre, y siempre ha habido muchachos que conocen su existencia y que la codician más que el poder, el dinero o las mujeres...

Conversación hubo, toda una noche de conversación y sólo Dios sabía cuánto tiempo más, pero luego el pistolero recordó muy poco de ella... y a su mente, curiosamente práctica, poco le pareció de importancia. El hombre de negro le dijo que debía dirigirse hacia el mar, que no distaba más de treinta kilómetros de nada hacia el oeste, y que allí sería investido con el poder de invocar.

—Pero eso tampoco es del todo exacto —añadió el hombre de negro, arrojando su cigarrillo hacia los restos de la fogata—. Nadie desea investirte con ninguna clase de poder, pistolero; está en ti, sencillamente, y yo no estoy obligado a decírtelo, en parte por el sacrificio del chico y en parte porque es la ley, la ley natural de las cosas. El agua debe correr cuesta abajo, y tú debes saber. Invocarás a tres, según tengo entendido... pero, en realidad, ni me interesa ni quiero saberlo.

—Los tres —musitó el pistolero, pensando en el Oráculo.

—Y entonces comenzará la verdadera diversión. Pero, para entonces, hará mucho que yo me habré ido. Adiós, pistolero. Ya he cumplido mi tarea. La cadena sigue en tus manos. Cuida de que no se te enrosque en torno al cuello.

Impulsado por algo ajeno a él, Rolando observó:

—Tienes otra cosa más que decirme, ¿no es cierto?

—Sí —respondió el hombre de negro, y sonrió al pistolero con aquellos ojos sin profundidad y extendió hacia él una de sus manos—. Que se haga la luz.

Y hubo luz.

Rolando despertó junto a las cenizas del fuego y se encontró diez años más viejo. La negra cabellera raleaba en las sienes y se había vuelto gris como las telarañas al final del otoño. Los surcos de la cara eran más profundos, y la tez más áspera.

Los restos de la madera que él mismo había recogido estaban petrificados, y el hombre de negro era un riente esqueleto envuelto en una podrida túnica negra, otro montón de huesos en aquel osario, otra calavera más en el gólgota.

El pistolero se puso en pie y miró a su alrededor. Contempló la luz, y vio que la luz era buena. Con rápido ademán, tendió la mano hacia los restos de su acompañante de la noche anterior... una noche que, de algún modo, había durado diez años. Arrancó la quijada de Walter y la embutió descuidadamente en el bolsillo de atrás de sus tejanos, como adecuado sustituto para la que había perdido en las montañas.

La Torre. En algún lugar, más adelante, estaba esperándole. El nexo del Tiempo. El nexo del Tamaño. Echó de nuevo a andar hacia el oeste, dándole la espalda: al amanecer, rumbo al océano, sabedor de que había llegado a una importante transición en su vida, y de que la había superado.

—Te quería, Jake —dijo en voz alta.

La rigidez de su cuerpo comenzó a disolverse y anduvo cada vez más deprisa. Al caer la tarde, había llegado ya al final de la tierra. Se sentó en una playa que se extendía interminablemente a derecha e izquierda, desierta por completo. Las olas batían incansables contra la orilla, azotándola una y otra vez. El sol poniente dibujaba una gran franja dorada sobre las aguas.

Allí tomó asiento el pistolero, el rostro vuelto hacia la menguante luz. Soñó sus sueños y vio salir las estrellas, no se alteró su resolución, ni flaqueó su corazón; los cabellos, ya más finos y grises, ondeaban en torno a la cabeza, y las pistolas de su padre, con culatas de sándalo, reposaban suave y mortíferamente sobre sus caderas. Estaba solo, pero en modo alguno juzgaba que la soledad fuera una cosa mala o innoble. La oscuridad envolvió al mundo y el mundo cambió. El pistolero esperaba el momento de invocar y soñaba sus largos sueños sobre la Torre Oscura, a la que un día llegaría, a la hora del crepúsculo, y a la que se acercaría, blandiendo su olifante, para librar una inimaginable batalla final.

EPÍLOGO

Este relato, que es casi completo por sí mismo (¡pero no del todo!), constituye la primera estrofa de una obra mucho más larga, titulada La Torre Oscura. Parte del trabajo que sigue a este fragmento está ya terminado, pero todavía queda mucho más por hacer: mi breve resumen de la acción sugiere una longitud definitiva de unas 3.000 páginas, tal vez más. Probablemente eso parezca indicar que mis proyectos para esta narración han superado los límites de la mera ambición para entrar en el terreno de la chifladura..., pero pídanle a su profesor de inglés favorito que les cuente alguna vez qué planes tenía Chaucer para Los cuentos de Canterbury. Aunque, claro, tal vez Chaucer estuviera loco.

Al ritmo con que el trabajo ha venido desarrollándose hasta este momento, tendría que vivir aproximadamente 300 años para completar la historia de la Torre; tardé doce años en escribir esta sección —El pistolero y la Torre Oscura—. Se trata de la obra que más tiempo me ha tomado, con mucho... aunque sería más sincero expresarlo de otro modo: es la obra inacabada que durante más tiempo ha permanecido viva y viable en mi propia mente. Y si un libro no está vivo en la mente del escritor, entonces es que está tan muerto como una boñiga de caballo de un año de antigüedad, por más que las palabras sigan desfilando sobre la página.

La Torre Oscura comenzó, creo, porque heredé una resma de papel durante el semestre de primavera de mi último año en la facultad. No era una de las habituales de papel de hilo, ni siquiera una de esas coloreadas de «hojas recicladas» que suelen utilizar muchos escritores noveles porque la resma de papel coloreado (y a menudo con grandes fragmentos de pasta sin disolver flotando en su interior) es tres o cuatro dólares más barata.

La resma de papel que yo heredé era de un verde brillante, casi tan gruesa como una cartulina y de un tamaño sumamente excéntrico: unos diecisiete o dieciocho centímetros de ancho por veinticinco de largo, si no recuerdo mal. En aquella época yo estaba trabajando en la biblioteca de la Universidad de Maine y un día, de forma completamente inexplicable y sin justificación alguna, aparecieron varias resmas de este papel en diversas tonalidades. La que luego sería mi esposa, Tabitha Spruce, se llevó una de las resmas (de un azul huevo de petirrojo) a casa, y el tipo con el que por entonces salía se llevó otra (amarillo correcaminos). Yo me quedé la verde.

Tal como fueron las cosas, los tres resultamos ser auténticos escritores, una coincidencia casi demasiado grande para ser considerada simple coincidencia en una sociedad donde literalmente decenas de miles (quizá centenares de miles) de estudiantes universitarios aspiran al oficio de escritor y donde apenas son unos cientos los que en verdad lo consiguen. Yo he publicado media docena de novelas, más o menos; mi esposa ha publicado una (Small World) y está trabajando duramente en otra aún mejor; el tipo con el que por entonces salía, David Lyons, ha llegado a ser un excelente poeta y fundador de la editorial Lynx Press, de Massachusetts.

Quizá fuera el papel, amigos. Quizá fuera un papel mágico. Ya saben, como en una novela de

Stephen King.

Sea como fuere, es posible que quienes lean esto no lleguen a comprender cuán llenas de posibilidades parecían aquellas quinientas hojas de papel en blanco, aunque me parece que en este mismo instante debe de haber bastantes lectores que están asintiendo para sí con perfecta comprensión. Los escritores que publican pueden disponer de todo el papel en blanco que se les antoje, desde luego; se trata de su herramienta de trabajo. Incluso les permite desgravar impuestos. De hecho, pueden tener tanto papel que, al final, todas esas hojas en blanco son capaces de comenzar a ejercer una maléfica influencia sobre ellos. Escritores mejores que yo han hablado del mudo desafío de toda esa superficie blanca, y sabe Dios que algunos de ellos, intimidados, se han visto reducidos al silencio.

La otra cara de la moneda, y en especial para un escritor joven, es el júbilo casi profano que todo ese papel en blanco puede producir: te sientes como un alcohólico delante de una botella de whisky con el precinto aún sin arrancar.

Por entonces yo vivía en una acogedora cabaña junto al río, no lejos de la universidad, y vivía solo. El primer tercio de la anterior narración fue escrito en un imponente e inviolable silencio que ahora, con niños alborotadores en casa, dos secretarias y un ama de llaves que siempre opina que parezco enfermo, me resulta difícil recordar. Los tres compañeros de cuarto con los que comencé el curso habían suspendido todos. Hacia marzo, cuando se desheló el río, me sentía como el último de los diez negritos de Agatha Christie.

Estos dos factores, el desafío de aquel papel verde sin tocar y el profundo silencio (salvo por el goteo de la nieve que se fundía y corría cuesta abajo hacia el Stillwater), fueron más responsables que ninguna otra cosa de que diera comienzo a La Torre Oscura. Hubo un tercer factor pero, sin los dos primeros, creo que jamás hubiera llegado a escribir este relato.

El tercer elemento fue un poema que me había sido asignado dos años antes, en una asignatura de segundo curso que trataba de los primeros poetas románticos (¿y qué mejor época para estudiar poesía romántica que en el segundo curso de la universidad?). Casi todos los demás poemas se habían borrado ya de mi memoria, pero éste, espléndido, denso e inexplicable, persistía... y aún persiste. El poema era «Childe Roland», de Robert Browning.

Había jugado con la idea de intentar una larga novela romántica que reprodujera la sensación, ya que no el sentido exacto, del poema de Browning. La cosa se había quedado solamente en juego, porque tenía mucho más por escribir: mis propios poemas, cuentos, artículos de prensa y Dios sabe qué.

Sin embargo, durante aquel semestre de primavera, mi vida creativa, hasta entonces tan atareada, conoció una especie de pausa. No era una incapacidad de escribir, sino la sensación de que ya era hora de dejar de hacer el ganso con un pico y una pala y ponerme a los mandos de una enorme y potente apisonadora de vapor; la sensación de que ya era hora de ponerme a excavar en la arena e intentar sacar

algo grande de ella, aunque el esfuerzo resultara en un fracaso abismal.

Y así, una noche de marzo de 1970 me encontré sentado ante mi vieja Underwood de oficina, con la «m» desportillada y la «O» mayúscula mal alineada, escribiendo las palabras que dan comienzo a esta historia: El hombre de negro huía a través del desierto, y el pistolero iba en pos de él.

En los años que han transcurrido desde que tecleé esta frase, sin que el disco de Johnny Winter consiguiera apagar del todo el sonido de la nieve derretida que corría cuesta abajo, he comenzado a encanecer, he engendrado hijos, he enterrado a mi madre, me he aficionado a las drogas y las he abandonado, y he aprendido unas cuantas cosas acerca de mí mismo, algunas lamentables, otras desagradables y la mayoría sencillamente divertidas. Como el propio pistolero sin duda observaría, el mundo ha cambiado.

Pero durante todo este tiempo jamás llegué a olvidar por completo el mundo del pistolero. El grueso papel de color verde se perdió por el camino, pero aún conservo unas primeras cuarenta páginas del manuscrito original, que incluyen las secciones tituladas «El pistolero» y «La estación de paso». El papel fue reemplazado por otro de aspecto más profesional, pero recuerdo aquellas curiosas hojas verdes con más cariño del que jamás podría expresar en palabras. Volví al mundo del pistolero cuando El misterio de Salem's Lot iba mal («El oráculo y las montañas») y describí el triste fin del joven Jake poco después de haber visto cómo otro chico, Danny Torrance, escapaba de otro mal paso en El resplandor. En realidad, la única época en que mis pensamientos no se volvieron ni siquiera de vez en cuando al seco pero atractivo mundo del pistolero (a mí, al menos, siempre me ha parecido atractivo) fue cuando habitaba en otro que me parecía absolutamente igual de real: el postapocalíptico mundo de The Stand. Escribí el último fragmento de los presentados en este volumen, «El pistolero y el hombre de negro», hace menos de dieciocho meses en el oeste de Maine.

Creo que probablemente debo a los lectores que me han seguido hasta aquí una especie de resumen («la trama», dirían aquellos grandes poetas románticos del pasado) de lo que viene a continuación, pues es casi seguro que moriré antes de completar toda la novela... o epopeya... o como queráis llamarla. La triste realidad es que me resulta imposible hacerlo. Quienes me conocen saben bien que no soy una gran luminaria intelectual, y quienes han leído mis libros con cierta medida de aprobación crítica (hay unos cuantos, los tengo sobornados) probablemente estarían de acuerdo en que lo mejor de mi obra ha salido del corazón y no de la cabeza... o del estómago, lugar donde se origina la más potente escritura emocional.

Todo esto viene a querer decir que nunca estoy del todo seguro de adónde me dirijo, y en este relato eso es aún más cierto que de costumbre. Por la visión de Rolando, cerca del final, sé que su mundo está ciertamente moviéndose, porque el universo de Rolando existe en el interior de una sola molécula de una hierba que se marchita en algún cósmico solar vacío (creo que esta idea probablemente se la debo a Clifford D. Simak, en Un anillo alrededor del Sol; por favor, Cliff, ¡no vayas a demandarme!), y sé también que el invocar consiste en llamar a tres personas de

nuestro propio mundo (tal como el hombre de negro llamó al propio Jake), que se unirán a Rolando en su búsqueda de la Torre Oscura.

Y esto lo sé porque algunos fragmentos del segundo ciclo de relatos (titulado «La invocación de los tres») ya están escritos.

Pero, ¿y el turbulento pasado del pistolero? Es tan poco lo que sé, Dios mío. ¿La revolución que acaba con el «mundo de luz» del pistolero? No lo sé. ¿La confrontación final de Rolando y Marten, que ha seducido a su madre y matado a su padre? No lo sé. ¿Las muertes de los compatriotas de Rolando, Cuthbert y Jamie, o sus aventuras durante los años que transcurren entre su mayoría de edad y su llegada al desierto, donde lo encontramos por primera vez? Tampoco lo sé. Y está la chica, Susan. ¿Quién es ella? No lo sé.

Salvo que, muy dentro de mí, lo sé. Dentro de mí sé todas estas cosas, y no necesito argumento, resumen ni esquemas (los esquemas son el último recurso de los malos escritores de ficción, que darían lo que fuera por estar escribiendo tesis doctorales). Cuando llegue el momento estas cosas —y su relación con la búsqueda del pistolero— fluirán con tanta naturalidad como las lágrimas o la risa. Y si este momento no llega nunca, bueno, como dijo Confucio, hay quinientos millones de chinos comunistas a los que les importa un pimiento.

Una cosa sí sé: en algún momento, en algún instante mágico, habrá un crepúsculo violáceo (¡un crepúsculo hecho para el romance!); Rolando encontrará su Torre Oscura y se acercará a ella, blandiendo su olifante... y, si alguna vez llego allí, vosotros seréis los primeros en saberlo.

STEPHEN KING
Bangor, Maíne

Notas

[1] La canción procede de My Fair Lady y es un juego de rimas con dobles sentidos utilizado para aprender a pronunciar. Su traducción sería: La lluvia en España cae principalmente en el llano. / Hay alegría y también dolor /pero la lluvia en España cae principalmente en el llano. /Bonito-vulgar, chiflado-cuerdo. /Las costumbres del mundo todas cambiarán / y todas las costumbres seguirán igual /pero si estás loco, o solamente cuerdo, /la lluvia en España cae principalmente en el llano. / Paseamos enamorados pero volamos encadenados / y los aviones en España caen principalmente con la lluvia.

[2] En castellano en el original.

[3] Cabeza de Caballo: Nebulosa conocida astronómicamente como NGC 2024. Es difícilmente visible, salvo con potentes instrumentos. Se halla en la región de Orión.